

¿Quién es Nicolás?



¿Quién es Nicolás?

Autobiografía

Nicolás Fernando Niglia

Contenido

Volver a empezar.	5
Nace una Esperanza.	19
Juan.	37
Cómo explicarle.....	49
Miedo al cambio.....	53
Señales	67
Por fin el nuevo día.	71
Dar para recibir.	74
Mis primeros pasos.	87
La traición	112
Sanando mis heridas con mamá.	118
El último adiós.....	138
El presente, 2023	149

1era Parte

Volver a empezar.

El lado derecho de la cama era mi lugar, a un metro aproximadamente del borde derecho de la cama estaba la ventana que daba al parque de mi casa, la cual cubría totalmente una persiana black out que no dejaba pasar ni un rayo de luz, la oscuridad era absoluta.



Persiana black out como la de mi habitación de entonces.

Esa noche el entusiasmo me embargaba, minutos antes, recostado en la reposera en el parque de mi casa, contemplando la constelación de Orión, como solía hacer los últimos meses antes de ir a dormir; surgió la idea de comenzar a escribir un libro en el cual describiría el error que había cometido al empeñarme en conseguir los logros que muchos anhelaban pensando que la consecuencia de ello sería la felicidad. No solo se trataba de comenzar a escribir este libro sino, más importante aún, era el hecho de haberme dado cuenta que ese no era el camino hacia la felicidad.

Como niño el día anterior a la navidad, ansioso por que pasara de una vez la noche, así fui a la cama en esa oportunidad sin una gota de sueño. Y así, en ese estado de efervescencia, mirando el techo con ojos redondos, iba escribiendo en mi

mente ese libro, pensaba en cuestiones superficiales como el color de la tapa, la tipografía de las letras del título y el título de aquel libro.

Interrumpió mi diálogo mental una luz que desbordaba la persiana black out, eran pasadas las 23hs de ese miércoles 11 de agosto de 2004. Veía aquella luz de reajo, sin enfocarla directamente, por lo cual no distinguía exactamente su naturaleza, pensaba que era alguno de mis amigos que eran vecinos de aquel barrio que estarían haciéndome alguna broma con algún tipo de reflector potente. No le di más atención que esa, seguía enfrascado en mis pensamientos relacionados al libro que comenzaría a escribir al día siguiente.

Pero la luz seguía desbordando la cortina, empujándola lentamente y, fue eso, precisamente, el percatarme de que la luz empujaba la cortina, lo que llamó mi atención y la burbuja mental en la cual se estaba proyectando mis pensamientos se desvaneció inmediatamente. Entonces, miré hacia esa luz, no era simple luz, era una masa de luz blanca, como plasma, que tenía vida, era alguien. Esa masa de luz creaba un aura azul eléctrico y a su alrededor destellaban pequeñas chispas que invadía todo el volumen de mi habitación.

Enseguida el miedo se apoderó de mí y lo primero que pensé, sabiendo que de algún modo ese ser entendía mi pensamiento, fue: "no lo voy soportar". Mi corazón se aceleró, sentí mucho, pero mucho miedo. Asumí que moriría, mi cuerpo no iba a tolerar ese impacto que ya me estaba desbordando, así como había desbordado al black out elevándolo unos 20° aproximadamente.

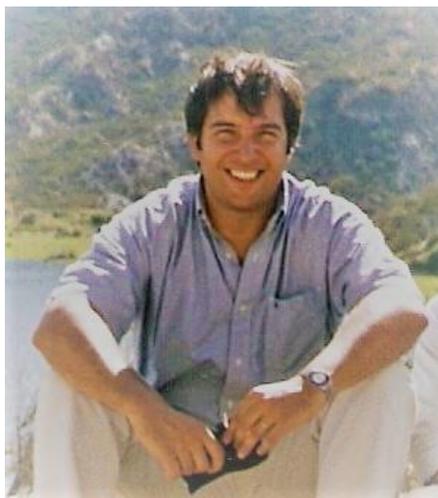
Esa masa de luz albergaba a más de un ser, más de una identidad. Pues, de pronto percibí una presencia femenina que me tomó con sus brazos por mi espalda y por la parte de atrás de las rodillas, como rescatista, me elevó unos centímetros y me hizo saber que estaría bien, que no tuviera miedo. Su presencia era conmovedora, solté un llanto muy profundo y con él se fue el pánico, me solté por fin.

De pronto, imágenes muy veloces comenzaron a manifestarse en mi pantalla mental, pero tenía los ojos abiertos y sin embargo, al mismo tiempo y como superpuesta a la imagen de mi dormitorio se proyectaban estas imágenes del pasado, de un pasado con el que de algún modo sentía una relación, como si fueran vidas pasadas.

La primera imagen fue la de un hombre mitad mono y mitad humano tal cual lo somos hoy y una voz en off daba explicación acerca de las imágenes que se iban proyectando, datos muy concretos y sencillos; por ejemplo, con la imagen de ese homínido escuché “el primero”, luego, “20,000,000, 20,000 y 2,000 años”, el tiempo de la preparación, del desarrollo y de la consciencia. A todo esto, otra voz superpuesta a la primera, repetía “YO SOY”, “YO SOY”, “YO SOY”

Muy bien, antes de continuar con este relato, abro un paréntesis aquí y voy a contarte cómo era mi vida antes de aquel suceso, para que entiendas la implicancia que tenía todo eso en una persona como la que yo era por entonces.

En el año 2004 llevaba cuatro años de casado y tenía dos hijas, Camila de tres años y Lara de un año. Trabajaba en una empresa mediana de telecomunicaciones, era Gerente General, vivía en un barrio privado llamado “La Barra Village” en la localidad de Belén de Escobar, Partido de Escobar, Provincia de Buenos Aires.



Año 2004 unos meses después de aquel suceso.

Mi vida estaba consagrada a ganar dinero, a proveer. La madre de mis hijas, mi esposa de entonces, Débora, dedicaba su tiempo a ser mamá, así lo habíamos acordado antes de casarnos. La vida que llevábamos era costosa, el requerimiento de dinero era alto, pero lo conseguía invirtiendo todo mi tiempo y atención en ello.

Los días domingo era el único día que tenía libre, en el que podía desconectarme del trabajo, aunque no siempre lo lograba. El domingo era el día de invitar amigos a la casa, hacíamos asado y a veces jugábamos Golf por las mañanas. Los temas de conversación siempre tenían como eje “negocios”, “dinero”, “oportunidades de inversión”. Esto era mi vida, en ella no había tiempo ni espacio para pensar en nada más, no había Dios, ni analizábamos el sentido de la vida y mucho menos qué o cuál era la verdad.



Practicando el swing en un driving en Punta del Este, Uruguay.

Argentina acababa de vivir una situación política y económica muy grave, un golpe de Estado había ocurrido a finales del año 2001 y eso había convulsionado al país y deterioró significativamente la economía. Todo esto creaba un ambiente de inseguridad jurídica, política, económica y social que mantenía a todos en un proceso de estrés crónico. La consigna era “sálvese quien pueda” y esto nos convertía a todos en depredadores o presas. Mi esfuerzo cotidiano era el de no convertirme en presa, pero no me sentía del todo cómodo en la posición de depredador.

En el año 2004 ya había pasado lo peor de esta situación; pero no estábamos tranquilos aún, había que seguir nadando para alejarnos del naufragio que aún podía succionarnos y cuyos ecos seguían sonando. La mejor manera para prevenirse de una nueva crisis como aquella, era convertirse en más salvaje de lo que la misma crisis era y mucho lo estaban logrando. Esto me inquietaba profundamente, no era un escenario en el cual me sentía muy cómodo o, mejor dicho, no me sentía nada cómodo.

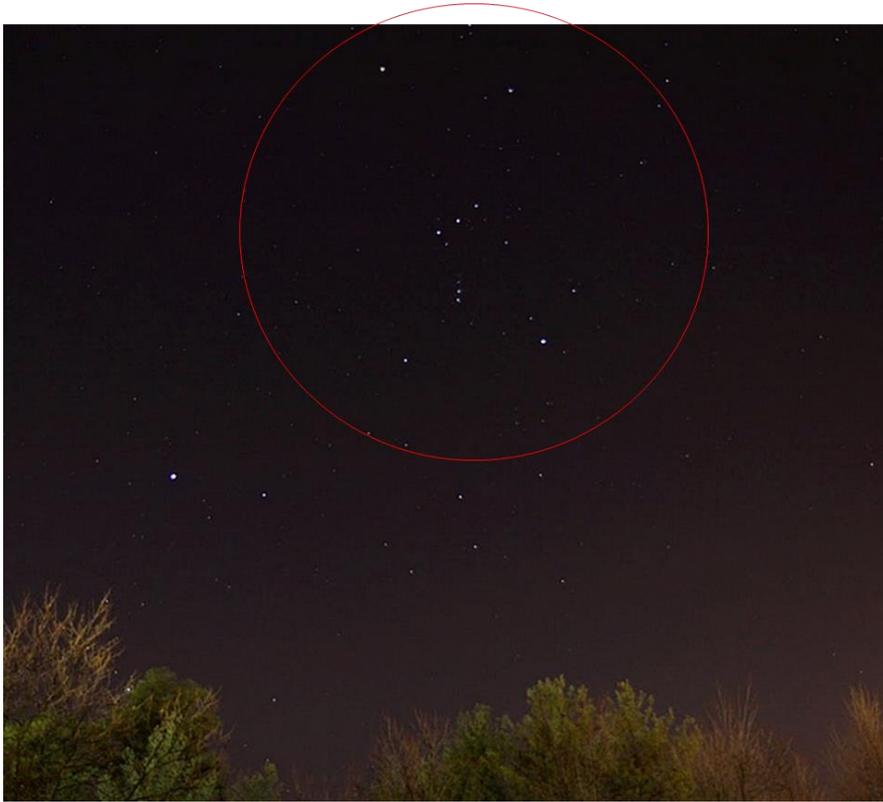
Algunos de mis amigos de entonces estaban relacionados a mis actividades comerciales, “amistades convenientes”; con quienes me vinculaba solo por temas de negocios, contactos comerciales en común, etc.; cada uno de nosotros era una relación comercial conveniente para el otro; y si dejábamos de lado los negocios, entonces nada nos vincularía. Todo esto provocaba un vacío que crecía día a día.

Pero mi casa era mi refugio en aquella selva en la que se había convertido mi vida; caminar descalzo por el parque, el cual cuidaba con esmero, era una de mis terapias favoritas; cuidar el césped también lo era y disfrutaba el aroma que emergía de él, a tierra húmeda, a césped recién cortado.

Uno de los efectos de aquella crisis de 2001 fue que instaló un miedo profundo e inestabilidad en las personas, nadie confiaba en nadie y ninguno estaba tranquilo con respecto al porvenir. Esto no excluía a mi esposa por supuesto. Los temas de conversación con Débora eran muy similares a los que tenía con el resto de aquellos amigos de negocios, siempre era el dinero el protagonista, por lo cual, la cena en mi casa era para mí como una “cena de negocios” así como los almuerzos que a diario compartía con personajes de la vida empresarial y del mismo modo me sentía con mi esposa cada noche, cuidando mis palabras, anticipando al otro para comprender a dónde quería llegar, etc. muy estresante.

Procuraba terminar de cenar rápido y mientras ella bañaba a las niñas y las acostaba y dormía, yo me iba al parque, me recostaba sobre una de mis reposeras y con una medida de Johnnie Walker etiqueta negra en mi mano, la cual degustaba lentamente en mi paladar, contemplaba el cielo sobre mí, principalmente la

constelación de Orión, la cual, por alguna razón que no podía explicar entonces, me llamaba poderosamente la atención y me invadía de tranquilidad al observarla.



Constelación de Orión

Prácticamente todas las noches del 2004 repetía esta misma rutina luego de cenar. Sencillamente me recostaba sobre la reposera y contemplaba Orión, eso era todo, sin pensar demasiado. Sin saberlo, sin proponérmelo así, estaba comenzando a meditar, a aquietar mi mente y ganaba mucha calma y claridad noche a noche.

Un día dejé de lado a mi amigo Johnnie Walker, algo me indicó que no bebiera más alcohol y menos en ese momento en el cual sintonizaba con Orión. Así lo hice, entonces, cada noche, me recostaba en la misma reposera, observando el cielo, entrelazando los dedos de mis manos sobre mi abdomen y así permanecía observando. Todo esto era previo al suceso del 11 de agosto, era “la preparación”.

Algunas noches, sin motivo aparente, me emocionaba y soltaba el llanto, tratando de que mi esposa no lo advirtiera mientras iba y venía por la casa llevando a una niña, trayendo a otra de un cuarto a otro. Entonces, una de esas noches, mientras observaba el cielo, la atención se dirigió hacia esa escena, Débora yendo de un cuarto a otro, llevando a las niñas, haciendo sus cosas. Como una obra de teatro, y me sentí espectador de mi propia vida, ajeno a aquella realidad en la cual yo era un simple proveedor anónimo, distante.

Comprendí que mi vida no era mía, que no me representaba, no era a mi imagen y semejanza, sino que era la vida que muchos pretendían alcanzar con la esperanza de que en ella se obtendría la felicidad, la realización personal. Casarme con una hermosa mujer, tener bellas hijas, un puesto ejecutivo, amistades exitosas en los negocios, golf, socializar en sitios y con gente exitosa (es decir, con dinero); era la ecuación de la felicidad y realización personal, lo que muchos soñábamos mientras éramos estudiantes universitarios. Pues bien, lo había conseguido, sin embargo, el resultado no era el esperado, no solo no era feliz ni me sentía realizado, sino todo lo contrario, me sentía vacío, ajeno, ausente y nada representado por aquella realidad.

Este sentimiento iba creciendo cada noche, en cada experiencia de contemplación de Orión, en cada meditación involuntaria se profundizaba y aclaraba esta idea: “mi vida no era mía, no era mi expresión, no era para mí, estaba muerto en vida”. Entonces, comenzó a surgir una leve inquietud, ganas de vivir, de Ser...

Pero me sentía atrapado en aquel error, sentía que mi vida había sido un error que me costó mucho tiempo desperdiciado para llegar a donde había llegado sin obtener lo que esperaba; pero salirme de él no era fácil. Me sentía decepcionado no solo por el tiempo que había dedicado a ello, sino por la persona en la que me había convertido, alguien superficial, tan distinto al que siempre había sido, sensible, profundo, introspectivo.

De pronto, como si despertara de un sueño, como si saliera de una borrachera y recuperara la noción de la realidad; me estaba dando cuenta de que me había convertido en alguien al que era tan ajeno como a aquella realidad, y eso provocó un fuerte rechazo también hacia mí, hacia la persona en la que me había convertido para agradar a otros, para encajar. Una nueva mirada había surgido, tal vez, la mirada real, la propia, la que estuvo ennegrecida tanto tiempo, ahora, abría los ojos y comenzaba a ver.

Conforme surgía este sentimiento, iba perdiendo determinación como “depredador” y esto era percibido por quienes pretendían mi puesto en la empresa como una oportunidad de acecho. En un contexto como aquel, un depredador con escrúpulos se vuelve un delfín entre tiburones. Pero esto no sucedía solo en mi contexto laboral, mi esposa se convirtió también en depredadora y yo en presa. Ella no aceptaba el cambio que se estaba dando en mí persona; como una respuesta automática a mi nueva actitud ella aumentaba su ira y sus agresiones hacia mí a medida que yo me cuestionaba cada vez con más determinación si era aquella la vida que quería vivir; Débora reclamaba al que yo era antes, el depredador, el ambicioso, el proveedor consagrado “al bienestar de la familia”.

“¿Qué te pasa?, reaccioná, me estás preocupando” era ésta una de sus frases cotidianas, su respuesta a mis “pensamientos en voz alta”, los que dejaba salir en ocasiones en las que me preguntaba y le preguntaba, “qué sentido tenía nuestra vida, a dónde queríamos llegar, cuánto dinero sería suficiente...” Jamás pudimos entablar un diálogo en este sentido, lo único que obtenía era su rechazo y negación. “No te olvides que tenés dos hijas y una familia que mantener” era otra de sus muletillas, a través de las que pretendía regresarme al que era, al tiburón.

Pero lo cierto e inevitable era que me estaba volviendo un tiburón vegetariano. Un depredador con escrúpulos, en mi interior se estaba desarrollando un conflicto de intereses que me tenía bloqueado, distraído, absorto. Eso sí, cada noche, tal cual una terapia, tenía mi sesión de “contemplación de Orión” y allí y solo allí conseguía calma, paz, claridad.

Me quería ir de ese mundo, quería salirme de esa película, pero no sabía cómo ni hacia dónde. Me sentía como personaje de una película que se había metido en otra y no encajaba en su rol, no encontraba su medida en aquella realidad.

Orión era “mi amante”, a quien visitaba sin que nadie más se enterara, era mi momento de intimidad. Lloraba, desahogaba, a veces dormitaba en un sueño profundo pero que no duraba más de cinco minutos, era como un reinicio lo que estaba sucediendo. Una de esas noches, ya aproximándose la noche del 11 de agosto; estaba allí en ese estado de contemplación de Orión y de pronto un rocío muy fino comenzó a descender sobre mí cargado con aromas de flores. Como una lluvia de microgotas de agua, muy pero muy finas y suaves. Me emocioné sin saber por qué, me sentí arropado por ese rocío.

Cada noche se hacía más largo el tiempo que transcurría allí en la reposera, al punto que cuando iba a mi cama a dormir Débora ya estaba en un sueño profundo. La relación entre ambos estaba muy tensa y no teníamos ganas de nada juntos, por lo cual, ya no me esperaba. Y esto me tranquilizaba, llegar a mi habitación y darme cuenta de que estaba dormida era para mí un alivio, era una pelea menos que tendríamos, pero al mismo tiempo sabía que esto así no podía durar mucho más tiempo, pero ¿y mis hijos? Si no hubiera sido por ellos no hubiera llegado a esa instancia en mi matrimonio.

Una de esas noches vino a mi mente un recuerdo vinculado a mi madre, a la relación poco afortunada que teníamos y que yo asociaba por entonces con lo que estaba viviendo con mi esposa. Cuando tenía doce años aproximadamente mi interés eran las pirámides de Egipto, estaba apasionado con eso y con la Atlántida. A mi madre eso le inquietaba, pues, según ella y de acuerdo a las costumbres, un niño de esa edad debía estar enfocado en otras cosas, por ejemplo, en tener novia, en querer tener su primera vez en el sexo, etc. Entonces, mi madre, me llevaba con mi primo Bruno quien es mayor que yo por cinco años y quien estaba enfocado en mujeres, en fiestas, en las cosas de “un niño normal”.

Mi madre me llevaba los fines de semana con mi primo para que “me hiciera hombre”. En una ocasión, llegamos a la casa de mis abuelos maternos, en la misma que vivía mi primo Bruno, era viernes por la noche, mi primo estaba con sus amigos, ellos tenían unos diecisiete años y yo unos doce. Mi madre me llevó hasta donde estaban ellos, en el frente de una casa a unos metros de la casa de mis abuelos y les dijo “aquí se lo traigo al (insulto), a ver si lo avivan...”

Me sentí humillado, violentado, avasallado por la persona más importante en mi vida, mi madre. Y así, del mismo modo que a mis doce años me sentía en ese 2004 con respecto a la que era mi esposa, por quien trabajaba a diario para darle la vida que llevaba y a mis hijas. Ese sentimiento me desmoronó por dentro, me vi repitiendo historias, la misma escena, pero con diferente actriz.

“Esto no esta bien” pensé, mientras me sentaba en la reposera blanca. “Tengo que hacer algo con mi vida, algo por lo que valga la pena vivir, algo que me guste” me dije. Lloraba, desahogaba, soltaba... yo mismo me había convertido en mi principal verdugo, yo mismo había consentido todo ese maltrato, tratando de agradar primero a mi madre, luego a mi esposa y sin que nada de lo que hiciera fuera suficiente alguna vez.

Mi madre se burlaba de mi pasión por las pirámides de Egipto y por Atlántida cuando era niño, mi esposa se burlaba de mi búsqueda de sentido para una vida que no tenía sentido alguno, una vida de esclavitud, de esclavitud no de mi esposa, sino de esclavitud hacia una vida que prometía felicidad, pero nunca, lo que uno daba, era suficiente y había que dar siempre un poco más... y la felicidad siempre quedaba para después, un después que era como el horizonte, cuanto más rápido corría hacia ella más rápido se movía el horizonte manteniendo siempre su lejanía.

La relación con mi madre no era buena para ninguno de los dos, ni yo era el hijo que ella deseaba ni ella era la madre que yo necesitaba. Teníamos momentos de paz juntos, claro, y ella intentó más de una vez acercarse “a mi mundo”. De hecho, cuando yo tenía 11 años, mi madre nos inscribió en un curso de Control Mental Método Silva. Francamente no sé cuál era su verdadera intención, ¿por qué

alguien llevaría a su hijo de 11 años a un curso de esos? pero lo hizo y a mí me encantó la idea.

En aquel curso, impartido por una mujer venezolana o colombiana, no recuerdo; pasaron cosas extrañas como por ejemplo el último día del curso, luego de una de las meditaciones, al terminarla, esa señora me miró y me dijo algo así como: “unos seres se hicieron presentes, tienen que ver contigo, me dieron un mensaje para ti, el mensaje es que no tengas miedo, que no temas, que ellos están, que te observan a diario y que esta noche te visitarán...”

El peor momento del día para mí, en aquella época, era la noche. La oscuridad me aterraba pues jamás me sentía solo, percibía “presencias” y eso me inquietaba mucho. Cuando esta señora dijo aquello, lejos de tranquilizarme, me inquietó aún más, pero esta vez, no solo era inquietud, sino que también había profunda curiosidad. Asumí que “esos seres que me visitarían” serían extraterrestres y que vendrían desde el cielo. Por lo cual, luego de cenar me quedé sentado en el balcón de mi casa esperando con la mirada fija en el cielo.

Ya muy tarde mi madre se percató de que estaba allí aún y fue por mí y de una manera no muy educada me sugirió que me fuera a mi cuarto. Desilusionado me fui una vez más a vivir el peor momento del día, encerrarme en mi cuarto solo, pero sintiéndome observado, acompañado. Sin darme cuenta que, tal vez, esa compañía que percibía todas las noches eran esos seres que simplemente me estaban diciendo “sí, estamos aquí, pero no temas”...

Los intentos que hizo mi madre para que tuviéramos una mejor relación no consiguieron su propósito y no la culpo. Como suele suceder, cuando uno se hace padre comienza a comprender a los suyos. No era un hijo normal, ni fácil, ni tranquilo. A pesar de mi introversión, de mi casi autismo, era muy inquieto mentalmente y no me conformaba con poco, me revelaba a la imposición caprichosa, si no me explicaban las cosas, si no las entendía entonces no obedecía, era un pinche cerebritito jajajaja.

Cuando era preadolescente, para satisfacer a mi madre y al mundo, decidí renunciar a mis gustos, dejé de lado todo aquello de las pirámides de Egipto, de Atlántida y mi interés por el esoterismo; y me fui convirtiendo en “uno hijo normal”. Y esa noche en mi casa, en mi parque, me di cuenta de que había hecho lo mismo para agradar a mi esposa. Y a causa de eso estaba otra vez en la misma situación, era un extraño en mi propia vida y mi vida era extraña a mí. Entonces decidí cambiar el rumbo, salir de esa actitud que, evidentemente, no me había resultado pues no había agradado ni a mi madre ni a mi esposa.

Esa noche, en un estado de convulsión interna, de conmoción profunda, decidí dar un golpe de timón a mi vida, salir de ese modo de vida en el que quería agradar a mi madre, luego a mi esposa y nunca a mí. Entonces me pregunté: “¿Qué me gustaría hacer?, ¿qué es lo que hoy haría solo por el hecho de hacerlo, porque me hace feliz hacerlo?, ¿qué es eso?” y no tuve una respuesta inmediata y eso me inquietó aún más. Sentí que me había traicionado, que yo había sido mi verdugo, me sentí muy enojado conmigo mismo, pero decidido a cambiar la historia a partir de ese momento.

La noche siguiente, era la noche del 11 de agosto de 2004, en mi reposera blanca, contemplando Orión como cada noche hacía, recordé que cuando era adolescente escribía cuentos de ficción, lo cual me hacía muy bien, me abstraía de mi realidad y viajaba a otra más estimulante. Entonces, esa noche tomé la decisión de volver a escribir, iba a escribir un libro. Luego comprendería que las historias de ficción que escribía en mi juventud no eran ficción sino recuerdos de un pasado remoto.

Esa noche me comprometí conmigo mismo a retomar eso que tanto bien me hacía: escribir. Pero ¿de qué escribiría?, hacía tanto tiempo que no conectaba con esa parte profunda, hacía tantos años que no miraba esos recuerdos de Egipto, de Atlántida. Había censurado ese aspecto en mí.

De pronto surgió la idea; sí, escribiría un libro, pero no de aquellos temas, sino de uno más útil y práctico; escribiría acerca de lo que me había sucedido a mí, para que a nadie más le sucediera, y como una manera de ganar la batalla, de darle sentido a la derrota, de transmutar aquella situación de fracaso que estaba experimentando en una valiosa victoria. Cuando de un fracaso aprendes, lo conviertes en victoria, y esto es lo que haría, convertir aquel fracaso en mi victoria, en aprendizaje.

Pensaba en “los tiburones” que estaban merodeando a mi alrededor ambicionando mi puesto, “no saben lo que les espera” me decía casi con compasión por ellos. Escribiría acerca del espejismo que se crea en muchos, por lo cual buscan lo que yo había conseguido, también creyendo que alcanzaría la realización personal, la felicidad; ¡y no!, no hay nada de eso. Escribiría para desenmascarar esa mentira, ese espejismo, esa trampa.

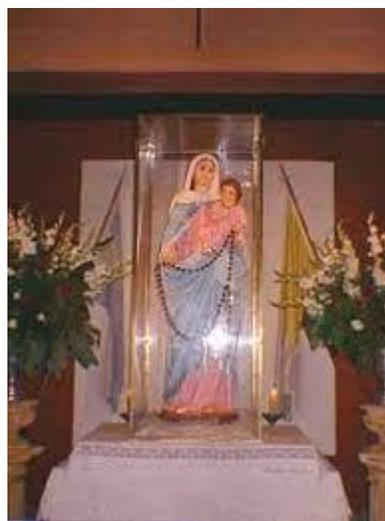
¡WOWWWW! de pronto y como si fuera la erupción de un volcán, surgió un entusiasmo inusitado, después de muchos años ¡volvía a ser yo! En este momento en el que estoy escribiendo esto y recordando aquello, siento ganas de abrazar a ese Nicolás que se puso de pie rápidamente dejando la reposera blanca y fue a su habitación a dormir para que comenzara cuanto antes el siguiente día, el cual sería el primer día de mi nueva vida, una vida consagrada a mí, a quién soy. ¡Qué ganas de abrazarte Nicolás!, ¡qué ganas de decirte gracias por haberme liberado, por haberte atrevido! pues, sabías que no sería fácil, pero tampoco era fácil la vida que llevabas, aprovecho este momento (y lo comparto) para decirte-me ¡GRACIAS Nicolás!

2da Parte

Nace una Esperanza.

La masa de luz blanca y sus destellos chispeantes por toda la habitación seguían allí, intensa, avanzando lentamente como una presencia con consciencia y personalidad o, mejor dicho, con varias personalidades que emergían de ella y me observaban y se comunicaban conmigo. No veía ojos mirándome, pero me sentía observado e intimidado.

Esa personalidad femenina que me sostuvo mientras duraba todo aquello y que remedió aquella sensación de no soportarlo; por alguna razón la asocié a la Virgen María. Sí, yo sé que esto puede ser una asociación lógica por lo que había experimentado en marzo del año anterior, en 2003, en el Santuario de la Virgen del Rosario de San Nicolás. Déjame contarte esta historia...



Así lucía por entonces el Santuario de la Virgen del Rosario de San Nicolás cuando en marzo de 2003 decidí ir para pedir ayuda.

En diciembre de 2001, se desató en Argentina un golpe de Estado que desestabilizó a todo el país, política, económica y socialmente. Sectores enteros de la industria, como el de las telecomunicaciones, la importación de mercaderías, etc. se cayeron en pedazos. Me quedé sin empleo, en la calle y sin empresas, del sector en el cual me había capacitado, dispuestas y capaces de darme empleo, los despidos eran masivos.

Luego de varios años de especializarnos en el negocio de las telecomunicaciones muchos debimos reinventarnos y, así, unos fueron al sector de los seguros y, de ser especialistas en telecomunicaciones se convirtieron en vendedores de seguros de vida y retiro.

Otros, muchos, se fueron del país con destino a Italia, España, Australia, E.E.U.U., México y otros países más. Yo me quedé en Argentina, en el año 2001 tenía una hija recién nacida, una casa que acababa de comprar y estaba pagando la hipoteca, en fin, estaba muy enredado en compromisos como para hacer las maletas e irme.

La debacle que sufrió el país nos pegó muy duro, de pronto estaba desempleado y sin porvenir, había ido a algunas entrevistas de trabajo, pero nada, el sector de las telecomunicaciones estaba derrumbado, los pocos operadores que quedaban activos estaban achicando sus estructuras y gastos.

Todo el 2002 fue un año de incertidumbre, de trabajos aislados, específicos, empresas grandes y medianas que se estaban desmantelando me contrataban para deshacerse de equipos, de servicios y así ganaba comisiones en esas tareas, pero eran muy esporádicas y no sabía cuándo volvería a conseguir dinero otra vez; por lo cual debía ser lo más austero posible con lo que obtenía, hacer lo que todos estaban haciendo, es decir, achicar gastos, reducir la estructura a su mínima expresión. Pero esto no lo entendía mi esposa, quien estaba acostumbrada a una vida y a un nivel de gasto que ya no era posible sostener.

La presión venía de afuera y de adentro, no tenía descanso. Un día, un miércoles también, era marzo de 2003, desperté ese día y solo me quedaban veinte pesos en mi haber, un solo billete de veinte pesos argentinos era mi liquides. Equivalía a medio tanque de gasolina del auto o un poco más tal vez.

No sabía qué hacer, a quién recurrir. Con mis padres no tenía relación fluida, nunca tuve buena relación con ellos; además, estaban peor de lo que yo estaba, mi padre había perdido mucho dinero y estaba en una depresión profunda. El país estaba en un profundo caos y bajo la consigna del "*sálvese quien pueda*".

Ese miércoles desperté temprano, mi mente no paraba, estaba al borde de rendirme, de colapsar. Miraba mi casa, mi pequeña hija, otra en camino, cómo haría para sostener todo eso, cómo haría para cumplir mis compromisos económicos, la hipoteca de la casa y la vida que llevábamos. Las discusiones con Débora a causa de esto eran diarias y cada vez en mayor intensidad, su negación a aceptar los planteos de reducción del gasto terminaban en reacciones violentas de su parte; en dos ocasiones intentó golpearme sin éxito pues esquivé el golpe y me salí de la situación para evitar una reacción de mi parte que podría canalizar toda la frustración que cargaba, hubiera sido un desastre. Débora estaba jugando con fuego y yo caminaba al borde del abismo...



Año 2003, junto a Débora y mi hija Camila.

Unos años antes, con mi padre y un amigo especial de la familia, un verdadero Maestro y Guía Espiritual, Juan; visitamos el Templo de la Virgen del Rosario de San Nicolás. Regresábamos de un viaje a la provincia de Córdoba y Juan sugirió desviarnos hacia el templo y fuimos sin dudarlo.

Había muchísima gente ese día y yo decidí esperarlos afuera, no entré al templo por la cantidad de gente y porque no tenía ningún motivo para hacerlo en aquel entonces. Esto ocurrió en el año 1999 aproximadamente, casi cuatro años atrás contando desde ese miércoles de 2003.



Templo de la Virgen del Rosario de San Nicolás.

Recordé que Juan nos había hablado de lo importante de ir a ese templo, que era como ir a visitar a nuestra “madre” del alma, por supuesto, se refería a la Virgen de San Nicolás.

Pero antes de continuar, pues no todos conocen la historia de ese templo, compartiré una breve reseña al respecto de ello para que entiendan por qué era importante y lo es aún.

Historia del Templo de la Virgen del Rosario de San Nicolás:

San Nicolás de los Arroyos se encuentra en la provincia de Buenos Aires, República Argentina, a 230 Km. de la Capital Federal, a orillas del Río Paraná. Ciudad donde en 1852 se acordó la fundación de la Asamblea Constituyente, por eso conocida como “Ciudad del Acuerdo”, o también como “Ciudad del Acero”, por la industria metalúrgica, pues allí se encuentra uno de los altos hornos más grandes de América Latina, pero será luego conocida como la “Ciudad de María”.

La ciudad lleva el nombre de un Santo nacido hacia el año 270, a quien se ha levantado mayor cantidad de iglesias en el mundo, después de la Santísima Virgen. San Nicolás defendió valientemente en el Concilio de Nicea el misterio de la maternidad divina de María.

En esta ciudad que lleva su nombre, el día 25 de septiembre de 1983 la Virgen se aparece a Gladys Quiroga de Motta, en su habitación, mientras rezaba el rosario.

La Virgen estaba vestida de azul, tenía el Niño en brazos y un rosario en la mano. La Santísima Madre hizo un gesto, como para darle el rosario a Gladys.

La aparición fue muy breve, como una especie de anunciación.

Gladys es una mujer de pueblo, sencilla, esposa de un operario metalúrgico y madre de dos hijas. Nunca había experimentado nada similar. El día anterior había visto iluminarse el rosario que tenía colgado en su habitación. Algunos vecinos lo vieron también. Allí comenzó a rezar el rosario, y al día siguiente se produjo la primera aparición.

Durante algún tiempo, en varios lugares de Buenos Aires varias familias atestiguaron este fenómeno en sus propias casas.

Gladys no acostumbraba a escribir. Asistió a la escuela primaria hasta cuarto grado. Sin embargo, fue dejando testimonio por escrito de los mensajes y los hechos que cambiaron su vida y la de muchos.

El 28 de septiembre y el 5 de octubre de 1983 nuevamente la Virgen se le aparece a Gladys mientras reza el rosario. La Madre repite el gesto de tenderle el suyo. La Virgen no había hablado todavía.

El 7 de octubre, fiesta del Rosario, sintió el anuncio interior que había aprendido a reconocer, cerró los ojos, vio una luz, y en ella a la Santísima Virgen, real y llena de vida, sosteniendo en sus manos un gran rosario. Gladys le preguntó qué esperaba de nosotros. La imagen se borró y apareció la visión de un templo. Con ello comprendió que María quería estar entre nosotros.

El 13 de octubre, día de la última aparición de Fátima, la Virgen habla por primera vez: “Has cumplido. No tengas miedo. Ven a verme. De mi mano caminarás y muchos caminos recorrerás.”

Luego del mensaje la Virgen agrega una cita de la Biblia, la palabra de Dios que ilumina toda palabra. Con este texto la alienta a cumplir su misión, a llevar sus mensajes, aunque se presenten dificultades. A partir de allí comienza a recibir otros mensajes en forma frecuente. El 19 de octubre le dijo: “Rebeldes son los injustos y humildes los servidores del Señor. Buscad ayuda, se te dará. No temáis. Nada te pasará. El Señor nada deja librado al azar.”

El 25 de octubre Gladys va por segunda vez, desde que comenzaron las apariciones, a la ciudad de Rosario, sede del arzobispado, ciudad consagrada a Nuestra Señora del Rosario. Ese día, exactamente a un mes de la primera aparición, la Virgen se le aparece y le tiende un rosario blanco: “Recibe este rosario de mis manos y guárdalo por los siglos de los siglos. Contenta estoy porque eres obediente. Y alégrate porque Dios está contigo.”

Los mensajes continúan, con frecuentes referencias a las Sagradas Escrituras. Es que María conduce a la palabra de Dios y de esta manera continúa su invitación, como lo hiciera a los servidores de Caná: “Hagan todo lo que él les diga”. Éste es un hecho nuevo y singular en la historia de las apariciones marianas.

En noviembre la Virgen le da varios mensajes, donde recuerda su cercanía, su protección y ayuda: “Cuando lo necesitéis, acudid a mí, yo te responderé. Feliz

estoy contigo, digna eres de mi confianza. Gloria al Señor. De mi presencia tenéis sed, de mis manos comerán. Tened paciencia, todo a su debido tiempo llegará. Tu espíritu, del Espíritu Santo alimentado está.”

Gladys siente entonces un gran aroma a rosas, una de las frecuentes manifestaciones marianas. La Virgen le dice: Aquél que huele el perfume de mis rosas, conmigo camina. Gloria al Señor.

El 15 de noviembre de 1983, Jesús le habla a Gladys por primera vez: “Soy el sembrador, la cosecha será grande”

El mismo día la Virgen dice: “Soy patrona de esta región. Haced valer mis derechos.”

Este mensaje nos recuerda que la parroquia de San Nicolás había sido encomendada desde el principio a Nuestra Señora del Rosario. La imagen, hoy venerada en el Santuario, había ocupado un lugar destacado en la catedral inaugurada en 1884. Luego de ser bendecida por el Papa León XIII, fue traída desde Roma y donada para este lugar. Después de distintas ubicaciones en la catedral y a raíz de su deterioro, fue depositada la imagen en el campanario, a la espera de una reparación que nunca llegaba.

En 1983, el 27 de noviembre, día de la Medalla Milagrosa y primer día de la Novena a San Nicolás, el Padre Pérez, confesor de Gladys y párroco de la catedral, se dio cuenta de que la imagen de Nuestra Señora del Rosario que por largo tiempo había estado en la catedral y se encontraba ahora en el campanario, coincidía con la descripción de Gladys. Entonces condujo a Gladys hasta el campanario, quien reconoció inmediatamente la imagen de la aparición, aunque le faltaba una mano y el rosario. En ese momento se le apareció la Virgen María frente a la imagen: “Me tienen olvidada, pero he resurgido. Ponedme allí, porque me ves tal cual soy. No os apenéis, ya me tendrán. Quiero estar en la ribera del Paraná. Poneos firmes. Allí viste mi luz. Que no flaqueen tus fuerzas. Gloria al Altísimo Padre.”

El Padre Pérez hizo reparar la imagen y colocó en sus manos y en las del Niño Jesús un nuevo rosario.

Nuestra Madre ha elegido un lugar de bendición, cerca del río. Allí quiere recibirnos: Cerca de ti quiero estar. El agua es una bendición. Quiero poder recibirlos en un día no muy lejano en la casa que he elegido.

Ante la pregunta de Gladys, de si debía ser capilla o santuario, la Virgen le da una respuesta a través de las Sagradas Escrituras. Le dice que lea Éxodo, capítulo 25, versículo 8º que dice: “Me harán un santuario y habitaré en medio de ellos”.

En la noche del 24 de noviembre, unos días antes del reconocimiento de la imagen que estaba en el campanario, Gladys se dirigió con un grupo de personas al lugar que la Santísima Madre eligiera para construir su Templo. Y al tiempo que les mostraba el sitio donde veía la aparición, un fuerte rayo de luz cayó sobre el lugar pareciendo hundirse en el suelo. Una niña de nueve años vio también ese rayo.

Al día siguiente la Virgen dijo a Gladys: “El Espíritu Santo es tu guía. Debes obedecer. Elegido está el lugar de mi morada. Todo queda en vuestras manos.”

Aproximadamente a los tres meses de la primera aparición, un rayo de luz iluminó por segunda vez el lugar del Santuario.

Vuestra Madre os pide su morada. No quiero esplendores. Quiero sí una casa espaciosa. No olvidéis el santuario, ya que será el santuario del Señor. El tiempo pasará más esto perdurará.

Continúo con el relato de lo ocurrido ese miércoles de 2003.

...entonces, recordé aquella experiencia en la cual yo no había ingresado al templo ni había experimentado nada especial, pero recordaba las palabras de Juan en cuanto a que debíamos ir a visitar a nuestra Madre del Alma...

Y era eso lo que necesitaba en ese momento de desesperación, ir a la casa de mi Madre del Alma a pedir ayuda, respuestas, guía; porque estaba totalmente perdido y sin rumbo.

Como he dicho, tenía solamente veinte pesos en mi haber, suficientes para ir y regresar y luego, pues que fuera lo que Dios quisiera. No tenía más ideas ni soluciones, era mi última carta, me jugaba a todo o nada.

Alrededor de las 08:00hs AM partí para San Nicolás, unos 200 Km de mi casa en Belén de Escobar. Tardé casi dos horas hasta el pueblo de San Nicolás, el templo quedaba del otro lado de esa pequeña ciudad, debía cruzar toda la urbanización y no recordaba cómo pues nunca había ido solo hasta allí. Como todo pueblo había muy poca gente en la calle, nadie a quién preguntar, y en ese año aún no existía el GPS al alcance de todos como existe hoy.

De pronto, ya luego de dar varias vueltas a ciegas dentro de San Nicolás y con el temor de consumir más combustible del que tenía para regresar; apareció un hombre como de unos cincuenta años, con jeans, remera polo azul y pelo peinado con gel todo hacia atrás a la antigua. Caminaba a paso ligero como llegando tarde a algún sitio, detuve el auto sin bajar el vidrio sino solo un poco como para que aquel hombre escuchara mi voz, en la Argentina de ese entonces no se podía confiar en nadie, la inseguridad estaba en su pico máximo.

“Disculpe, buenos días, el templo de la Virgen, ¿cómo puedo llegar?” le dije al tiempo que detenía su marcha y se acercaba al auto sonriente. Me dijo: “estás cerca, pero tenés que dar varias vueltas, no hay camino directo, si querés voy con vos y te indico”. Se encendieron mis alarmas, la sugestión que cargaba por tanta noticia de secuestros y robos me tenía muy susceptible; intentando no ser descortés, le dije: “no, gracias, solo dígame mas o menos cómo debo hacer para llegar” Sonrió y me indicó con mucha amabilidad, punto seguido continué mi andar.

Pero algo extraño en aquel sujeto llamaba la atención, miré por el espejo retrovisor y ya no lo vi, pensé que tal vez se habría metido en alguna casa, pero no había pasado ni dos segundos desde que me puse en marcha y miré por el espejo. Me pareció raro, ese hombre se había desvanecido. Me inquieté más, pero, al mismo tiempo me decía “Nicolás, vas a enloquecer, solamente entró a una casa y es todo...” pero otra voz me decía “¿y si era un ángel que me indicaría el Camino ¡y yo lo rechacé!?”

Decidí aquietar mi mente y enfocarme en llegar al templo. Por suerte encontré letreros que indicaban cómo llegar. Efectivamente había que dar muchas vueltas, pero al fin llegué. El estacionamiento, el cual tiene una superficie de unas cuantas hectáreas, estaba vacío totalmente. Dejé el auto allí y fui caminando hacia el templo. Entré y solo estaba una señora de pie frente a la vitrina dentro de la cual estaba la estatua de la Virgen. Esperé tal cual paciente en una sala de espera a que me toque mi turno de ir allí frente a la Virgen “a que me atienda”. No sabía a qué iba, pero era el único lugar al que podía ir a pedir ayuda.

La señora terminó su diálogo con la estatua y se retiró lentamente. Me puse de pie y llegué frente a la vitrina. “¿Qué procede?” pensé. Apoyé mi mano derecha sobre el cristal a la altura de los pies de la estatua, los cuales estaban al nivel de mi cintura o un poco más arriba aún. Miré sus pies y fui levantando la mirada lentamente hasta llegar a su rostro mientras pensaba “ayúdame, madre mía, ¿no sé qué hacer!”.

Cuando por fin nuestras miradas se encontraron, no vi ojos fríos de una estatua, era una mirada viva la que me veía y fue allí cuando sentí como un rayo que entraba en mí y me desvanecí como una bolsa de papas. Todo mi peso se desarticuló sostenido por el suelo. La primera sensación fue de enojo, nunca supe si era mío o de ella; claro, ella no puede estar enojada, suponía por entonces. ¿O sí? Tal vez le estaba fallando, tal vez estaba haciendo todo mal, no lo sabía.



Luego de esa sensación fugaz de enojo que solté con un llanto profundo, vino un alivio inconmensurable. No tenía fuerzas para ponerme de pie, no quería moverme de allí, estaba soltando años, siglos, eones de carga, quién sabe todo lo que solté ese día.

Un gesto que me llamó mucho la atención fue el hecho de que en ningún momento despegué mi mano derecha del cristal, estaba como pegado a él. Me di cuenta de ello cuando quise ponerme de pie y necesité de esa mano para hacerlo, entonces solté el cristal y me puse de pie.

Seguía en shock, no podía conducir el carro así. Entonces decidí sentarme en los bancos que estaban allí y recé dos veces seguidas el Rosario, jamás en mi vida lo había rezado ni una vez.

Un muchacho que hacía la limpieza fue testigo de todo esto, pero no mostró inquietud alguna, tampoco se acercó a mi cuando me desvanecí sobre el suelo, imagino que estaba acostumbrado a esos dramas.

Sentía mucha gratitud, como un reencuentro, un profundo desahogo y mucha, pero mucha emoción que no cesaba de brotar en llanto. Lloraba, lloraba, lloraba... y así me fui hacia el auto, llorando y sin entender qué me pasaba, mezcla de alegría y desconcierto. Subí al auto y salí del estacionamiento. Veía a la gente, a los pocos que estaban allí en el mercado frente al templo donde venden artículos de santería, que elevaban sus brazos mirándome, no entendía qué sucedía hasta que me di cuenta que iba por una calle en sentido contrario, estaba en shock realmente y dudé si podría tomar la carretera y llegar a mi casa, pero quería irme, quería comenzar mi nueva vida... así me sentía.

Por entonces no tenía trabajo, como ya he relatado. Ni siquiera tenía idea de cómo o qué hacer para ganar algo de dinero. Los pocos que podían emplearme se aprovechaban de la necesidad de todos los que estaban en situación como la mía y pagaban muy pero muy poco y pedían mucho a cambio. No era pereza ni orgullo, no me alcanzaba ese dinero que me ofrecían y mi esposa no aceptaba otro tipo de vida distinto del que llevaba y sí, tal vez estaba muy rígido yo también en mi postura.

Quiero aclarar que no rechacé ninguna oferta concreta de trabajo, todo eran especulaciones de personas que me decían que no estaban tomando gente pero que eventualmente podrían tener una vacante para una función por la cual pagarían tanto dinero, pero requerían tiempo completo. Aclaro esto pues si me hubieran ofrecido algo concreto hubiera dicho que sí al menos para salir de la urgencia, pero eso no ocurrió.

Iba conduciendo en la carretera, no paraba de llorar y de decir “gracias”. Lloraba y lloraba, desahogaba emociones que quien sabe de cuándo las traía en la espalda. Frustraciones en un vínculo complicado con mis padres, luego con mi esposa, con el trabajo, con el país, con la vida... todo eso y más estaba saliendo. De pronto me llamó un director de una cooperativa de teléfonos, me preguntó si había conseguido trabajo y le dije que no, me propuso tener una entrevista para ver qué podíamos hacer. Me puse muy contento, sentí que por fin la tormenta estaba pasando ya. Surgía una esperanza.

Luego me llamó otra persona, también del mundo de las telecomunicaciones. Me dijo que tenía inversores que querían comprar una empresa mediana de telecomunicaciones, que pensara si se me ocurría alguna y que estableciera contacto con sus dueños. De pronto todo se estaba activando, ¡aleluya! La gratitud que sentía era gigante, cantaba alabanzas a mi Madre del Alma, que inventaba e improvisaba allí mismo, hacía tiempo que no cantaba con tanta alegría.

Me sentía como cuando era niño y estaba en mis momentos de lectura de un libro que me habían regalado acerca de las pirámides de Egipto, estaba apasionado, hipnotizado, no pensaba en nada más, me sentía de otro mundo y en un mundo paralelo.

A pocos kilómetros de mi casa pensé: “no puedo aparecer así, con ojos hinchados, sin dinero y sin nada en claro y decir que gasté los últimos veinte pesos en ir a una iglesia”, mi esposa me mataría, ella no era creyente. Entonces me fui a la casa de mis padres, en Capital Federal, Avda. Cabildo y Monroe. Llegué y no había nadie, tenía llaves así que pude entrar de todos modos. Encendí la tele en un gesto automático y me senté.

Estaba en el canal de CNN, en ese momento estaban bombardeando Irak. Sentí una angustia profunda, no pude soportarlo, apagué la tele y me inquieté un poco, “¡qué me está pasando!” Estaba experimentando una susceptibilidad inusual, respiré y puse el foco en otra cosa, para distraerme esperando que con el tiempo se pasaran los efectos del shock.



E.E.U.U. inició su ataque a Irak el jueves 20 de marzo de 2003, esta es la imagen que transmitió CNN en vivo.

Luego de un rato y ante las insistentes llamadas de mi esposa, decidí regresar y enfrentar la situación, pero tenía esperanzas basadas en la reunión que llevaría a cabo el día siguiente en la cooperativa de telecomunicaciones y en la búsqueda de una empresa de telecomunicaciones mediana para ser adquirida por estos inversores, transacción que si se realizaba me aportaría algo de dinero por supuesto. Con estas novedades llegué a mi casa y Débora también se entusiasmó y cambió su actitud, de pronto se había producido un “cese al fuego”.

De la reunión en la cooperativa no surgió nada, aquella persona quería enterarse de chismes del sector, me invitó un café, me ilusionó con algunas posibilidades futuras, pero pronto advertí que aquello era solo para obtener información del mercado, dado que yo tenía muchos contactos en ese sector. Me

fui desilusionado, pero no del todo, aún estaba vigente la otra posibilidad y me enfoqué totalmente en aquella.

Recordé una empresa mediana a la cual había proveído conexión y servicios IP en su momento, cuando yo trabajaba en una empresa grande del sector; busqué el contacto del que era el Gte. Gral. y lo hallé, le escribí un correo para no demostrar demasiado interés y me respondió rápidamente informándome que ya no estaba en la empresa, que se había ido debido a serios problemas surgidos por un conflicto que aquella empresa había tenido con un operador principal, Telefónica de Argentina y que sus dueños estaban pensando en cerrarla; esta persona tuvo la amabilidad de darme los datos de los dueños con quienes me contacté enseguida.

Le escribí al accionista mayoritario, Guillermo Y (no diré su apellido completo por razones de respeto a su familia). Pronto me escribió su secretaria y tuvimos una reunión. En ella le expliqué que representaba a inversores que querían comprar una empresa como la suya, que si estaba dispuesto a venderla. La respuesta fue afirmativa y comenzamos el proceso de fijar un precio. Tuvimos varias reuniones más, Guillermo advirtió mi experiencia y conocimiento en el sector, por la cual no rebatió mis argumentos. Le expliqué por qué su empresa valía lo que yo le estaba ofreciendo y aunque no pudo rebatirme el planteo no estuvo de acuerdo en vender tan bajo. La situación se había atorado allí, ¡sonaban las alarmas de nuevo en mí mente!

Mi contacto, quien me llamó mientras yo regresaba de San Nicolás diciéndome que tenía compradores de una empresa mediana de telecomunicaciones, con quien por supuesto me había reunido varias veces antes de ir a las reuniones con Guillermo Y; me llamó esos días y me dijo “flaco, tengo malas noticias, esta gente no va a comprar nada en Argentina, están mirando otra plaza...” Se me apagaron todas las luces de esperanza, estaba otra vez sin nada a la vista.

Pero ya no era el mismo, algo mantenía encendido mi entusiasmo, percibía que había una jugada que no estaba viendo aún. Sentía que estaba cerca de algo, pero no entendía qué. Tiempo al tiempo...

Esa noche, en mi casa, caminando por el parque, descalzo como me gustaba hacerlo y mirando el cielo, quería hablar con mi Madre del Alma, sentía que ella me estaba mirando no sé desde donde pero allí estaba, atenta, como una madre que no quita su mirada del hijo. Hablé en voz alta y le dije “por favor dame una mano, dame una señal ¿qué debo hacer? No quiero perder esta oportunidad, ¡no puedo desperdiciarla!” y de pronto, una voz en mi consciencia me dijo: “el juego no termina sino hasta que tú te sales...” Entonces, en un segundo pasé de ser insolvente, desocupado y pobre a ser el potencial comprador de una empresa de telecomunicaciones, de solo recordarlo me sale la risa, qué locura, pero así fue. Pues, si no había inversores y si la empresa no tenía quién la gestionara, ¡BINGO! Era mi gran oportunidad de “comprarla”.

Al otro día lo llamé a Guillermo Y, fui a verlo, pero ni siquiera cuando estaba entrando a la sala de juntas sabía qué planteo le haría. Era una locura, caminaba sintiendo que estaba en una cuenta regresiva y no se me ocurría aún ningún planteo sensato. Hablamos de temas sin importancia, como introducción y como suele hacerse en estos casos, midiéndonos, adivinándonos. Vi sobre las estanterías de su biblioteca que tenía fotos con presidentes de EE. UU., con Margaret Thatcher, y otros personajes relevantes, entonces decidí jugar con honestidad, que era la carta que siempre me salvaba de toda situación, inclusive en los negocios donde no suele haber honestidad alguna.

“Guillermo, no hay compradores, se retiraron de la mesa” le dije así, como si no me importara, como cumpliendo con él y honrando su tiempo. El mensaje fue “vine hasta aquí solo para decirte personalmente gracias por tu tiempo y que ya no hay compradores”. Guillermo se echó hacia atrás apoyando su espalda en su sillón y pensó un segundo sin desconectarse del tema.

Me miró y me dijo: “Nicolás, te voy a contar cómo surgió esta empresa. Todos los sábados juego tenis con un grupo de amigos en el Jockey Club, todos de mi edad aproximadamente (Guillermo tenía por entonces unos sesenta años) ellos eran del sector del petróleo, como yo, allí nos conocimos casi todos y allí ganamos mucho dinero. Pero ellos estaban en la nueva moda, en negocios de

telecomunicaciones, internet y todo eso. Así que, para no sentirme un viejo dinosaurio con olor a petróleo, decidí invertir unos millones en montar esta empresa, sin intención de ganar dinero pero tampoco de exponerme y de perder dinero. Para hacerlo mejor, me puse como presidente de la empresa, lo cual jamás había hecho con ninguna de mis empresas y negocios, para mi esto era un juego; pero me equivoqué. Con toda esta crisis de Argentina, la empresa tuvo problemas financieros y mi nombre estaba allí. ¿Me entiendes a dónde quiero llegar?” me preguntó.

“Creo que sí” le respondí, entonces, prosiguió: “Nicolás, no me importa ganar dinero con esa empresa, el último pozo de petróleo lo vendí me rindió 30.000.000 de dólares, ¿me entiendes? Solamente quiero salir ileso de este tema, quiero desafectarme de esta empresa y por eso no puedo cerrarla ni venderla, necesito resucitarla, entonces, decime vos, ahora, cómo podés ayudarme, te escucho...”

Guillermo era un hombre típico de negocios, norteamericano residente en Argentina, muy tiburón jajaja, muy directo y práctico iba al punto sin vueltas y si no le convencía tu planteo no te dejaba concluirlo, se ponía de pie y amablemente te saludaba indicándole a su secretaria que te guiara hasta la salida. Considerando esto, fui muy claro y preciso en mi respuesta: “Guillermo, te entiendo perfectamente y sí hay una salida. Necesito cuarenta y cinco días de auditoría total del negocio, lo haré yo mismo, y cumplido ese plazo te hago un planteo de negocio teniendo como objetivo principal desafectarte de toda exposición vinculada a la empresa.”

Se puso de pie, pero no para despedirme, sino para cerrar el trato. No habíamos dicho cuánto serían mis honorarios, pero acepté el apretón de manos y le dije “te escribo hoy mismo y te hago llegar mis condiciones, seguramente no tendrás inconveniente con ellas”, sonrió asintiendo con su cabeza y su secretaria, amablemente, me guio hasta la salida.

Llegué a mi casa en un estado de efervescencia que no podía ocultar. Débora no tardó en contagiarse, estábamos celebrando algo, pero ni ella ni yo sabíamos exactamente qué. Pero la nube de tormenta se estaba alejando. Cuando mi esposa me preguntó cuánto dinero ganaríamos, no supe responderle pero evité mostrar

duda o temor, le dije: “lo suficiente para estar bien”. En realidad, ni yo sabía cuánto dinero le pediría, necesitaba pensar bien en aquello para no desperdiciar esa oportunidad.

Esa noche, una vez más, descalzo salí a caminar por mi parque mientras regaba el césped. Hablaba con mi Madre del Alma, como si estuviera caminando a mi lado. Estaba feliz, pero sobre todo, me sentía muy acompañado, su presencia era muy notable para mí.

En mayo de 2003 comencé la auditoria, cuarenta y cinco días después presenté un plan de negocio que fue aceptado, me convertí en Gerente General de esa empresa, negocié los acuerdos con Telefónica de Argentina y otros proveedores, desarrollamos nuevos productos, salimos a flote... Guillermo estaba feliz, puso a otra persona como presidente, salió del problema. ¡Misión cumplida, la tormenta había pasado!

Todos estábamos felices, Guillermo, mi esposa, yo. El pasado reciente de pronto desapareció de mi mente. Olvidé a mi Madre del Alma, olvidé mis diálogos con ella por las noches, estaba muy ocupado en mi rol de Gte Gral. Comencé a jugar Golf, Guillermo me invitaba a sitios y reuniones, confiaba en mis opiniones aún en negocios que no tenían que ver con las telecomunicaciones. Así transcurrió ese año 2003, creciendo y gozando en un país que lentamente iba dejando atrás la gran crisis del 2001 y 2002.

3era Parte

Juan.

Esa presencia femenina que percibí que salía de la masa de luz blanca que me rodeaba en mi habitación, esa noche del 11 de agosto de 2004, para mí era la Virgen del Rosario de San Nicolás, ¿quién más podía ser? A quién había olvidado encandilado por tanto “éxito” repentino. Lloraba, claro, pero esta vez por tristeza por haberme apartado de su lado, porque me sentía desviado una vez más, tentado y encandilado por las falsas luces del mundo. Pero me sostuvo con esa ternura infinita y mi corazón dejó de latir como loco, como queriéndose salir del cuerpo.

Luego de que la calma me abrazara y sostenido en los brazos de esta presencia femenina, me enfoqué en las imágenes. El homínido que me mostraban, “el primero”, el “YO SOY” que se repetía en el aire, en esa voz en off. Y muchas escenas en las que seguramente había participado en vidas pasadas pero que no podía relacionar claramente con mi vida actual. Indígenas rodeándome, sitios naturales, montañas; pero una de todas esas escenas me llamó la atención más que ninguna; fue aquella en la que estaba hablando con Adolf Hitler, en un patio interno de un edificio de época, todo gris cemento.

Él estaba vestido con un traje beige y corbata marrón; su mirada era apagada, solemne, como resultado de recibir una mala noticia o una orden que él no aceptaba con alegría. Dio un paso hacia atrás, giró y se dirigió a una puerta que estaba detrás de él sobre dos escalones. Por alguna razón, esa corta escena me llamó mucho la atención, más que todas las demás, también históricas, pero aquella tenía algo especial.

No todo era visible, es decir, no todo lo veía, también llegaba información sin imagen. Mientras estaba en ese trance mi cuerpo sudaba demasiado y temblaba cada vez más, como si estuviera sufriendo una descarga eléctrica. Mientras tanto, la masa de luz blanca me rodeaba y seguía emitiendo chispas del mismo cuerpo. Todo el cuarto estaba efervescente.

Entonces pensé en Débora, quien dormía como si nada. Todo ese alboroto y ella allí totalmente dormida. Eso me tranquilizaba pues si acaso despertara, ¿qué haría? La presencia femenina que me sostenía respondía a todas mis inquietudes casi inmediatamente, como si leyera mis pensamientos y siempre brindándome paz, enseguida regresé la atención a aquella experiencia confiando en que Débora no despertaría.

Todo aquello fue como si me contaran la historia del mundo, desde el primer hombre hasta hoy, pero lo más dramático fue el futuro. Eso me hizo estallar en angustia y llanto, más que cuando vi las imágenes en CNN del bombardeo sobre Irak. Sentí mucha pena por mis hijas, por haberlas traído a este mundo, entonces recordé a Juan, el amigo de la familia, el Guía Espiritual que un día mi madre trajo a casa para “limpiarla de malas energías” y quien me dijo que yo no debía tener hijos en esta vida. Y sí, claro, debo contarte esta historia para poder continuar.

Cuando tenía veintiún años, año 1991, trabajaba con mi padre en su concesionaria de autos. Estaba apenas analizando qué hacer con mi vida, luego de un intento fallido de ser militar. Acababa de irme de baja del Colegio Militar de la Nación y no tenía muy en claro qué hacer con mi vida por entonces. Mientras lo decidía, trabajaba con mi padre y estudiaba Licenciatura en Administración de Empresas, una carrera para los que no tienen en claro cuál es su vocación, pero quieren aprender algo que les sirva para tener cierta ventaja competitiva en el mercado laboral.

Un día miércoles, también (evidentemente los miércoles son clave en mi vida), mi padre me dijo: “hoy nos vamos temprano a casa, tu madre va a llevar a una persona que va a limpiar la casa y necesita que estemos toda la familia”. Mi reacción fue de sorpresa y pero de aceptación, me interesaba la idea. Mis padres no se llevaban muy bien, supongo que mi madre quería “limpiar” su mala relación con él, hacer alguna magia para que la quiera como ella quería ser querida.

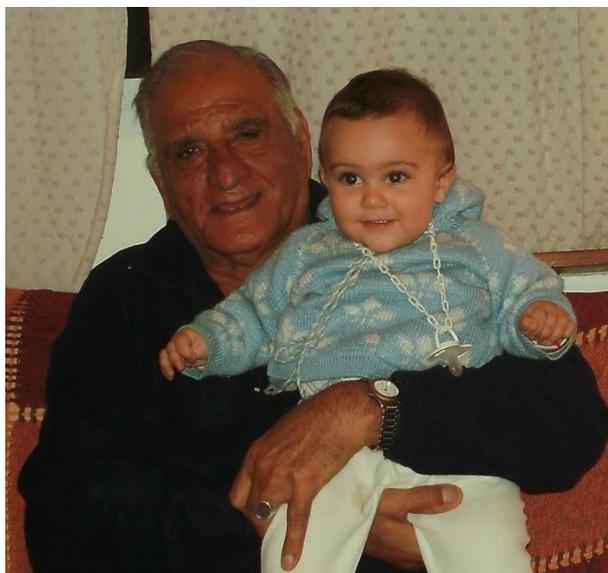
Llegamos a la casa alrededor de las 07:00hs PM; en treinta minutos debía llegar Juan. En esa época no existían aún los celulares, toda comunicación era por teléfono fijo, por lo que si tomabas mal la dirección a donde ibas, o buscabas un teléfono público o un locutorio para hablar y corregir el dato o te regresabas a tu casa; o, como hizo Juan, “adivinabas a donde era”. Pues mi madre le había dado la dirección de la casa anterior, o algo así, y Juan llegó cuarenta minutos después de la hora prevista y adivinando...

Juan era un hombre de piel morena, 1,90 m de altura, torpe en sus movimientos pero con un corazón y energía de un niño bueno. Siempre sonreía, siempre te abrazaba, buscaba contacto y te miraba a los ojos sin decirte nada, como buscando algo adentro de ti. Hacía silencio, tú te quedabas quieto, casi sin respirar, timorato, y de pronto Juan explotaba en una sonrisa y frotaba su mano en tu corazón diciéndote “estás bien hermanito!”

Fueron muchas las anécdotas con Juan, con quien tuve contacto hasta su muerte en 2016. Fue uno de mis principales maestros en esta vida, de los encarnados claro.

Ese mismo día, ese miércoles que Juan vino por primera vez, hizo su trabajo chamánico, limpió la casa, pero, fundamentalmente se ganó el cariño de todos. Juan se hizo parte de nuestra vida; ya no como Chamán, sino como amigo, pero de vez en cuando mi padre o mi madre le pedían su “servicio” a lo que él respondía con mucho entusiasmo y por amistad, no pedía dinero sino amor.

Por supuesto, mi padre lo ayudó con trabajo, lo empleó en la concesionaria de autos, le daba tareas sencillas para no regalarle el dinero y respetar su dignidad. Lo admirábamos mucho, era alguien especial sin dudas. Mis tíos y todos los que lo conocían en las reuniones que hacíamos en casa, encuentros de familia en los que habíamos agregado a Juan; todos los que lo conocían lo requerían, le pedían su servicio, su Gracia.



Juan con mi hermano Franco en brazos, año 2009.

Por supuesto, estaban los detractores de siempre, los que solo veían la parte humana de Juan, y lo que ellos no entendían o no querían ver, era que todos la veíamos humano, pero también veíamos esa otra parte extraordinaria que aquel humano tenía y que lo hacía particular.

En una de aquellas primeras charlas que tuve con Juan, a mis 22 años aproximadamente; él me dijo: *“tu vida comenzará cuando tengas 35 años, hasta entonces, observa todo como detrás de una ventana, no te cases, no todos deben casarse, no tengas hijos, no has venido para eso... solo observa y espera tu momento, el momento de Dios en tu vida.”*

Era muy joven, inmaduro, no le hice caso por supuesto. “No miré la vida detrás de una ventana”, me enlodé en varios asuntos, quería cambiar el mundo, mi mundo, por eso había ingresado al Colegio Militar de la Nación, pero no era ese el camino, mi camino. Luego de mi paso por el Colegio Militar de la Nación y antes de conocer a Juan, formé parte de una agrupación política, en la cual estaban algunos militares veteranos de la Guerra de las Malvinas a quienes yo admiraba. Allí conocí varias personas y tuve una perspectiva del mundo que de otro modo no hubiera conseguido jamás.



Yo en mayo de 1989.

Esto fue en el año 1990 cuando yo tenía 20 años. Allí apareció en mi vida otra de las personas que dejaron su huella. Su nombre era Marita Rondeau, viuda de un personaje importante de la escena política argentina. Era solicitada por algunas personas de esta agrupación política debido a sus contactos, era una mujer que “abría puertas” como se decía entonces.

Una tarde estábamos en un café de la esquina de la calle Paraná y Marcelo T de Alvear, en Buenos Aires. Éramos unas diez personas de la agrupación y Marita. Entonces, uno de ellos, creo que Miguel, le dijo: “Marita, me lees las manos a ver que dicen...” y ella muy entusiasmada, más que cuando se le solicitaba algo del mundo de la política, dijo “claro, ven junto a mí”.

Me sorprendió que esa señora, muy de abolengo, viuda de don fulano, estuviera leyendo las manos como gitana. Me quedé sorprendido, pero, al a vez, intrigado y curioso.

Cuando concluyó la lectura de las manos de Miguel, solo quedaba yo en la mesa, el resto ya se habían retirado. Quiero aclarar que era el más joven de esa agrupación y me respetaban porque había estado unos años en el Colegio Militar de la Nación y no todos tenían ese antecedente y, en una agrupación en la que los máximos referentes eran exmilitares, pues tenía cierta ventaja en el trato y consideración especial.

Marita mi miró y me preguntó si estaba esperando a que también leyera mis manos. Le respondí que no, que no estaba allí por eso y, como si leyera mi mente, me dijo: “¿pero quieres que te lea las manos verdad?”. Me reí y le dije que sí, claro, se me notaba la intención y la curiosidad por saber qué surgiría de ello.

Mientras me acomodaba en la silla junto a la de ella, Marita me contaba que su verdadera pasión era la Angeología, dialogar con los ángeles, una cualidad que ella había descubierto desde muy pequeña. Me notó un poco nervioso, no era de exponerme a esas cosas, y me dijo: “relájate, nada malo te va a pasar...”

Este rechazo a “esas cosas” era por el temor de ser juzgado como cuando era niño y hablaba de los temas que me importaban, de las pirámides de Egipto, de la Atlántida, los extraterrestres, lo esotérico. Había reprimido esos temas pues me había ido muy mal debido a ello, no quería ser el raro, el marginal, me daban miedo no los temas en sí sino ser otra vez juzgado del mismo modo y rechazado.

Miró mi mano en silencio unos segundos, como si tuviera dificultad para leerlas, eso pensé al menos. De pronto levantó su mirada hacia la mía y me dijo: “has tenido un accidente en el agua, ¿lo recuerdas?” Y francamente no recordaba ninguno. Volvió a mirar y me dijo, “no, espera, no lo has tenido aún, lo vas a tener, pero no te hará daño alguno, será una anécdota nada más en tu vida”. Luego me decía otros detalles que no me importaban demasiado realmente, entonces fui al grano: “Marita, dime qué ves con respecto al dinero en mi vida”, ella sonrió y dirigió su mirada a mi mano. Luego de unos segundos volvió la mirada hacia mí y me dijo: “no veo dinero en tu vida, pero, sin embargo, serás un hombre importante” A lo cual respondí: “¿cómo se puede ser importante sin tener dinero?” y con gentileza quitó mi mano de sus manos y le dije que debía retirarme, que ya era tarde.

Marita se puso de pie conmigo y me acompañó hasta el ómnibus que tomaría para regresar a mi casa. En el camino me fue diciendo cosas, con cierto interés, supongo que como resultado de lo que había leído en mi mano. Entre ellas me dijo que debía hablar con mi Ángel de la Guarda, que él no intervendría en mi vida sino solo cuando yo se lo pidiera. Luego me dijo, “lee el evangelio de Juan, el dialogo de Jesús en la última cena... léelo” y se despidió de mí.

Esa noche tomé la Biblia que me había regalado mi abuela materna, la cual nunca había usado, pero estaba allí en mi cuarto, como esperando aquel momento; y leí lo que Marita me había sugerido, el evangelio de Juan. Mientras lo leía, una emoción profunda me embargó, sentí que algo entró en mi cuerpo y me emocionó, sentí una alegría profunda, como cuando te encuentras con alguien luego de mucho tiempo.

Emocionado y asustado como estaba, fui hasta la sala de la casa en donde estaba el teléfono fijo (no había celulares aún) y llamé a Marita a su casa. Ella feliz de lo que me estaba sucediendo repetía “yo lo sabía Nicolás, lo sabía, qué alegría me da”. Estaba muy confundido, entonces ella, para aliviarme me propuso vernos al otro día y me daría algunas explicaciones del caso.

Esa misma noche, ni bien terminé la charla por teléfono con Marita, llegaron mi madre y mi hermana Silvana, al verme ambas se detuvieron y mi madre me preguntó: “¿estás bien? Te veo raro, tenés aspecto de cura...” No sé qué vio mi madre, pero muy lejos no estaba...

Así fue, al otro día nos encontramos con Marita, ella estaba más entusiasmada que yo, decidió que debía presentarme a un Diputado Nacional que ella conocía para que me ayudara “en mi tarea de vida”. Pensé que ese diputado nos sacaría corriendo de su despacho, ¿qué interés puede tener un diputado en un joven de 20 años por que Marita vio algo en mi mano?

La cuestión es que fuimos a ver a este diputado. Era “Chacho” Jaroslavski, diputado por la provincia de Entre Ríos. Llegamos a su oficina, la cual estaba ubicada a metros de la Avda, Corrientes, en Buenos Aires; adentro había un mundo de gente esperando reunirse con él. Pero Marita fue directamente a la secretaria del diputado, la saludo con mucho cariño, el mismo que recibió ella de aquella joven mujer y, enseguida nos hizo pasar con Jaroslavski. Entendía la importancia y respeto del que gozaba esa mujer en el mundo de la política y por qué era utilizada por la gente de la agrupación política donde yo la había conocido.



Diputado Jaroslavski

Una vez allí, sentados frente al Diputado, Marita comenzó a hablar primero de otros temas. El diputado la trataba con mucho respeto y confianza, como si se conocieran de toda la vida. Pero, de vez en cuando me miraba a mi de reojo como preguntándose “¿y este qué?”.

Entonces Marita, como recordando que yo estaba allí, me miró, sonrió y comenzó a presentarme. Le dijo “te presento a Nicolás, es un joven especial, debes considerarlo.” A lo cual el diputado respondió con un gesto, me miró y me dijo: “qué sabes hacer, por qué sos especial?” Y no supe qué decirle, simplemente miré a Marita y me enredé en palabras sin sentido... no sé qué hacía allí, para qué estaba frente a un diputado, en fin... me sentí muy incómodo.

Salimos de allí y Marita, como si la reunión hubiera sido todo un éxito, me dijo: “ya te conoce”. No supe qué significaba eso. Al año siguiente de aquella reunión, Chacho dejó de ser diputado y salió de la escena nacional, no sé si por problemas de salud o qué. Unos años después murió.

Mi relación con Marita terminó cuando me alejé de aquella agrupación política y de la política en general, por todo lo que vi allí y me dio asco. Ni la milicia, ni la política serían el medio adecuado en el cual me desarrollaría, entonces, ¿cuál? Esta era la pregunta que me hacía por entonces. Al año siguiente fue cuando apareció Juan en mi vida y pensé que tal vez él me daría una señal, y me la dio, pero fui sordo y ciego, en realidad, estaba muy joven e inmaduro, dominado por la testosterona y por los miedos, no quería volver a vivir lo que había vivido en mi infancia y adolescencia.

Pero Juan siempre estuvo allí, para darme la respuesta que necesitaba, para recurrir a donde yo estuviera y darme su compañía sin más. Estaba en los cumpleaños, en los asados del domingo y siempre me daba unas palabras, esas precisas que necesitaba escuchar. Así estuvo junto a mi hasta el 2016 que decidió irse a Ganímedes (como él me anticipó) donde, según él, me espera para reencontrarnos y tener esas charlas tan interesantes que tuvimos en los últimos tiempos.

Como anécdota significativa y como factor común entre Marita Rondeau y Juan, debo destacar lo siguiente: cualquiera podría creer que entre la sugerencia de Marita de leer el evangelio de Juan y la aparición de Juan en mi vida un año después no hay relación alguna sino solo casualidad. Pero, dado que Juan no se llamaba “Juan” sino Alfredo Ávila y su apodo era Juan precisamente por Juan el Evangelista, considerarlo solo una casualidad requiere un esfuerzo intelectual enorme.

Creo que, efectivamente, entre la sugerencia de Marita de “leer a Juan” y la aparición de Alfredo Ávila, “Juan”, un año después sí existe una relación clara y lógica. Debía leer a Juan, debía escucharlo, pero no lo hice del todo, no al principio, luego sí, conforme iba viviendo mis experiencias y revelaciones fui más atento a Juan y tuvimos una relación muy enriquecedora.

Lo extraño, extraño su presencia, sus consejos, su apoyo incondicional, aunque a veces lo siento tan cerca. Me queda la anécdota de la última vez que lo vi, antes de que partiera de este mundo. Fuimos con mi padre a su casa, esto fue en 2015. Dado que no nos respondía el teléfono. Llegamos a su casa y estaba al cuidado de un sobrino. Juan estaba muy mal, ya no veía, no se podía poner de pie, sus labios violetas anticipaban un final cercano.

Cuando escuchó mi voz y la de mi padre, como solía hacer, respondía con una sonrisa y con un comentario gracioso. Intentó hacer lo mismo de siempre pero no pudo. Mi padre tiene como una de sus características no enfrentar la realidad cuando ésta le duele, y es muy bueno para negar y evadir. Eso hizo en aquella oportunidad, él le hablaba como siempre, como si Juan estuviera tal cual el primer día que llegó a casa. Le pedí con gentileza a mi padre que me hiciera lugar, que se corriera. Me acerqué a Juan y casi al oído le dije: “Juan, ¿qué puedo hacer por ti?” Con poca fuerza me dijo: “hermano, puedes hacer mucho, solo alíviame”

Entonces, puse mi mano izquierda sobre su pecho sin hacer contacto y me consagré al Altísimo y a mi Madre del Alma, les pedí por aquel hombre que tanto bien había hecho a tantos, que por favor le dieran alivio. Juan expulsó una tos fuerte y grave, su cuerpo se tensionó como queriendo soltar algo. Enseguida me miró, esta vez con ojos abiertos y me dijo “Gracias, pero me duele mucho el hombro, lo tengo fracturado, me caí y no pude ir al hospital...” Sin darme cuenta, cuando él me miró para hablarme, puse mi mano derecha sobre su hombro fracturado, sin saberlo. Entonces, cuando Juan me dijo eso, le pregunté “¿cuál hombro Juan?” y recuperando su maravilloso humor me dijo: “ese que me estás apretando con tu mano!” Y largó una suave carcajada. Mi Maestro se estaba apagando, pero su estirpe estaba intacta.

Pensé que era un chiste lo de su hombro, pero su sobrino allí presente me confirmó el suceso. Me miró y me dijo: “quisimos llevarlo al hospital, pero no había turnos para que lo atendieran, nos dieron turno para dentro de un mes” Pensé en mi país, por qué tiene que ser así Argentina. Era cierto, su hombro estaba fracturado, justo donde había apoyado mi mano derecha y, quien sabe si al interceder por su alivio la misma energía llevó esa mano para ayudar también con su fractura.

Estuvimos allí unos minutos más, mi padre seguía en negación. Seguí trabajando sobre Juan, hasta que me miró de nuevo y me dijo: “Gracias hermano, ya está hecho, ya me siento mejor”. Entonces nos fuimos, lo dejamos descansar, así lo pidió. Al poco tiempo murió, pero me alegró saber que luego de esa visita se levantó, iba solo al baño, guiado por su sobrino debido a la ceguera, pero había recuperado cierto ánimo. Sé que lo hizo solo para que yo me sintiera útil, para darme ese empujón que él siempre me daba cuando me decía “cree en ti”. ¡Gracias Juan!

4ta Parte

Cómo explicarle...

Fue mucha información la que recibí esa noche del 11 de agosto de 2004, en aquel extraordinario suceso que cambió definitivamente mi vida. Y durante el proceso intuía que luego no recordaría todo lo que estaba experimentando, algo me lo hacía saber así, inclusive como un alivio. Pero sí me quedaron sensaciones muy desagradables en cuanto al futuro. Lo primero que sentí luego de aquella experiencia fue un compromiso irrenunciable por difundir lo que había visto, de lo que me había enterado. Tenía ganas de pararme frente al mundo y decirle a todos “¡¡¡vamos por el camino incorrecto!!!” Entendí a Juan el Bautista, el que gritaba en el desierto “enderezad la senda...”.

En un momento de aquel proceso, de aquella masa de luz blanca surgió otra presencia, esta vez notablemente masculina. Se puso a mi derecha, cerca de mi oído y me dijo: “Esta es mi verdad, quien quiera oír, que oiga...” ni bien concluyó esa frase, algo sucedió que hizo que todo se acelerara. La masa de luz se intensificó y la persiana volvió a elevarse más de los 20° en que estaba sostenida sobre aquel cuerpo de luz blanca.

Sentí que aquella masa de luz venía sobre mí y me asusté mucho, sentí que me llevaría o algo así y no quería ir a ningún lado. Entonces a medida que la cortina se elevaba al punto tal que su borde inferior estaba al alcance de mi mano, si estiraba el brazo derecho podía tocarla, y así lo hice en una reacción automática, involuntaria. Sentí una gran descarga eléctrica que me sacudió y me arrojó contra el respaldo de la cama quedando sentado.

Justo en ese instante despertó Débora y la masa de luz blanca desapareció y la cortina quedó agitándose como luego de un temblor. Débora, con ojos desorbitados mirándome como si hubiera hecho algo malo, me increpó preguntando: “¿qué paso, estás bien?!” No sabía qué decirle, además de que ni bien desapareció la masa de luz, sentí un dolor tremendo en el cuerpo, en todo el cuerpo. La cama estaba empapada con mi sudor y yo deshidratado. La lengua se

me iba hacia atrás y me costaba regresarla a su posición normal, creo que tenía principios de convulsión.

Débora, entre el llanto y el espanto, me gritaba “¿qué hago?” “¿llamo al médico?” y allí reaccioné, como si hubiera dicho la palabra clave. Le dije que no, que no llamara al médico, que llamara a Juan, que él sabría cómo ayudarme. Ella me dijo, “¡¡¡son las 3 AM de la madrugada!!!” lo cual me sorprendió pues sentí que todo aquello había durado unos minutos, sin embargo, fueron horas.

Bajamos al living comedor, allí llamamos a Juan. Me sentía realmente muy mal, en parte por la deshidratación que sufría, por el espanto de lo acontecido y por lo recibido en la experiencia, lo cual me tenía muy angustiado. Pensaba en mis hijas y lloraba. Por suerte Juan respondió el llamado, Débora intentó explicarle algo, pero enseguida le pedí el teléfono y hablé con él.

Cuando acerqué el teléfono a mi oído escuché la risa típica de mi Maestro; pensé “no entendió la gravedad de lo que me acaba de suceder” Pero sí lo había entendido y mucho más que yo. Entonces, cuando intenté hablarle comencé a temblar, sentía mucho frío y no podía hablar claramente. Juan me interrumpió y me dijo “hermanito, te han contactado, tu tiempo a llegado, hoy has nacido, dedica tu vida a Dios y no te preocupes por nada, ah! Y no digas nada a nadie de esto, pensarán que estás loco. Tómate un té, hidrátate y vete a dormir, mañana será otro día...” y así colgó.

La tranquilidad de Juan me tranquilizó, como solía suceder. Débora me hizo un té e intenté dormir. Francamente tenía miedo de apagar la luz y cerrar los ojos. Temía que aquello volviera a ocurrirme. De vez en cuando abría repentinamente los ojos como para sorprender y anticipar cualquier intento de la masa de luz por ingresar de nuevo a través de la ventana. Por suerte el cansancio y la tensión de todo aquello me había agotado y pronto me dormí.

Al otro día, la cosa se puso peor. Pero esta vez no se trataba de la masa de luz o de presencias sin cuerpo, sino de mi esposa. Me exigía explicación, temía que me estuviera volviendo loco, y yo también...

Estaba presenciando la gestación de una nueva vida, lo cual involucraba la muerte de la vida anterior, del que había sido hasta ese momento. Tal cual mi querido Maestro Juan me había anticipado años antes, yo no debía casarme ni tener hijos, no venía para eso... y lo entendí en aquella situación, tarde... Por ello, en la negociación del divorcio cedí todo lo que Débora me pedía, a cambio de paz, lamentablemente no cumplió con su parte.

Merece un libro aparte describir mi relación con Débora, a quien sinceramente no culpo de nada a pesar de todo lo que hemos vivido. Y lo voy a explicar de la siguiente manera. El que se equivocó fui yo, no debía casarme. Y como no debía casarme y muy posiblemente, aunque por razones diferentes, ella tampoco, los dos cometimos un error al hacerlo y pagamos las consecuencias.

Todo lo malo que Débora me pudo haber hecho fueron las consecuencias de mi desobediencia, por lo cual, no la culpo de nada y, en cambio, le agradezco su implacable manera de empujarme hacia mi destino pues, si hubiera sido tibia, probablemente no estaría hoy aquí en donde estoy.

5ta Parte

Miedo al cambio.

Los días siguientes al suceso del 11 de agosto de 2004, fueron muy particulares. Luego de aquella experiencia muchas cosas habían cambiado en mí. Gustos de comidas, rechazo a cierta ropa; pero, sobre todo, un profundo rechazo a mi imagen. Me miraba en el espejo y sentía que estaba viendo a un extraño. Entonces, decidí hacer un cambio, dejé de afeitarme y de cortarme el cabello. Dejé de usar ropa de marca, costosa, presunciosa. Y me compré ropa de campechano, ropa de campo, la que se usa en la vida rural, y ropa barata.



El antes y el después.

El día siguiente, el 12 de agosto de 2004, estaba realmente muy confundido. Sabía que ya no seguiría trabajando en la empresa, tenía algunos problemas con Guillermo Y quien no quería cumplir algunos compromisos que había asumido conmigo como retribución por el cumplimiento de ciertos objetivos que había alcanzado.

Ese día no podía tomar ninguna decisión, tenía un sentimiento muy extraño, como que todo era nuevo pero conocido a la vez. Me quedé todo el día en estado contemplativo, en calma, pero con la inquietud de saber cómo seguiría mi vida. Algo en mí me anticipaba que no podría seguir tal cual como había vivido hasta el día anterior.

Tenía aún la Biblia que me había regalado mi abuela, pensé que allí podría encontrar respuesta; sin embargo, lo que en realidad me estaba sucediendo era que extrañaba aquellas presencias que surgieron de la masa de luz blanca. Cuando me fui a mi parque y sentado en el césped me puse a leer la Biblia, el evangelio de Juan; exploté en un llanto cargado de nostalgia. Extrañaba esa energía que había percibido, la energía femenina y la masculina, esta última la asociaba con Jesús pues, aunque esa voz no se presentó a sí misma, por alguna razón supe o supuse que era ÉL quien me hablaba y quien estaba allí.

Leer el evangelio de Juan era como llamarlo por teléfono, conectar con su energía, me emocionaba y me alegraba profundamente. Pero, mi esposa me sorprendió en ese estado de conmoción y se largó a llorar, no por lo mismo que lloraba yo, sino por miedo. Me dijo entonces: “vos no sos el hombre con el que me casé... no sé quién sos, estoy muy asustada...” y aunque en ese momento no supe entenderla, no pude ponerme en su lugar; tiempo después me di cuenta de que esa mujer estaba aterrada y desbordada por la circunstancia; no sabía cómo manejar esa situación. Pero yo tampoco... desastre en puerta...

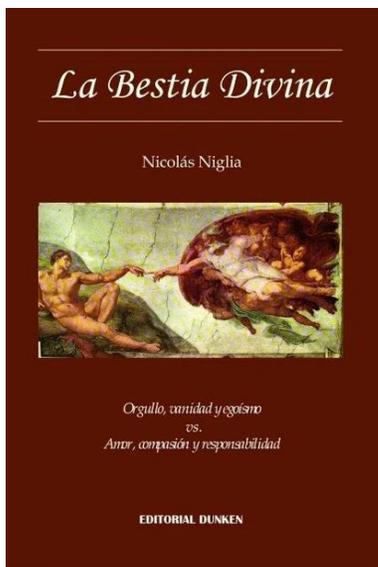
El día viernes 13 de agosto de 2004, le pedí a Débora que me llevara a la empresa, iba a renunciar. Y así fue. En el camino, observaba el paisaje, los autos, algo que veía a diario los últimos meses, sin embargo, me parecía todo nuevo, como si lo viera por primera vez. Sin dudas estaba viendo con una nueva mirada, sin filtro, sin velo, lo cual me daría una cualidad significativa que al día de hoy conservo, la claridad para ver... pero, por lo mismo, atravesaría momentos muy desagradables en el futuro.

Cuando regresábamos a la casa, luego de haber firmado mi renuncia. Mi esposa me preguntó, con total sensatez: “qué haremos ahora, ¿cómo vas a conseguir dinero?” Y mi respuesta no fue la que ella esperaba, no fue la respuesta que tranquilizaría a ninguna esposa y mucho menos a ella. Mi respuesta fue: “No lo sé, pero sí sé, que no volveré a trabajar, que no contribuiré más con este mundo y con este error en el que vivimos...” Simplemente hizo silencio y condujo hasta la casa.

En su cabeza, seguramente se estaba concibiendo un plan... que luego aplicaría sin piedad alguna y, repito, la entiendo, estaba desbordada, asustada... aunque, todo tiene un límite. Pero, el que había atravesado todos los límites lógicos había sido yo.

Quiero decir que Débora sí intentó algunas alternativas antes de poner en práctica su plan. Supongo que tenía alguna esperanza de que yo “volviera a la normalidad” Y, quiero ser totalmente honesto, yo también tenía la misma esperanza e, inclusive, hice el intento más de una vez de regresar a mi vida anterior. Pero no pude, “no me dejaban”, cada vez que lo intentaba, todo salía mal...

Mientras todo esto pasaba, mientras mi matrimonio pendía de un hilo, mientras hacía algunos intentos de tener trabajos no muy comprometidos, free lance, mientras todo esto ocurría, yo escribía a diario, hojas y hojas... explicaba temas de los que nunca había hablado y como si los supiera de toda mi vida. Bolsas de residuo de esas negras grandes, llenas de hojas escritas. Escribía sin saber para qué, lo hacía para “aliviarme” pues cuando venía un tema debía escribirlo para liberar mi mente y así podía enfocarme en otros temas y salir de ese ostracismo en el que caía cada vez que sintonizaba un tema. De día, de noche, era enloquecedor y, sinceramente, en un momento pensé que terminaría loco.



Como solución a ese tema, decidí escribir y publicar un libro en el cual transmitiría el mensaje y así me liberaría de la tarea. Fue así como escribí y publiqué mi primer libro: “*La Bestia Divina*”, Editorial Dunken, Argentina. Mi expectativa era que una vez publicado ya podría regresar a mi vida anterior, a caminar descalzo por mi parque, a estar con mis hijos, a comer asados con mis amigos y familia... pero no, Dios tenía otros planes...

El año 2004 fue el año en el que se concibió mi nueva vida, aún no había nacido el nuevo YO, sino que, a partir de este suceso del 11 de agosto, comenzó a gestarse algo en mí. Fueron necesarios algunos años más para que surgiera el producto de esta gestación, para que comenzara a vivir plenamente en la nueva lógica; años que no fueron nada fáciles, en los que estuve inmerso en una lucha entre regresar al que era y complacer así a todos, o soltarlos y soltarme a lo que la vida me estaba intentado llevar. Mientras yo vivía en ese dilema, afuera de mí todo se desmoronaba sin que pudiera evitarlo, como un simple espectador sin capacidad de intervenir en ello.

Se desmoronaba mi matrimonio, mis relaciones comerciales y laborales por lo cual cada vez me era más difícil ganar dinero; se desmoronaba mi relación con la familia, amigos; todos me veían como al leproso, con lástima algunos, con miedo otros y con alegría de que lo que a mí me estaba sucediendo no les sucedía a ellos.

El 31 de octubre de 2004 mientras dormía sucedió otro hecho significativo, pero no de la magnitud del ocurrido el 11 de agosto. Esa noche, mientras dormía, soñé que algo, un motor, como una turbina de un avión me estaba aplastando en la cama con el aire que emitía, al punto de que mi cuerpo se sentía muy pesado, tanto que no podía moverlo por la fuerza del aire que empujaba contra mí esa turbina.

Desperté de la pesadilla y, ¡sorpresa! No era pesadilla, estaba sucediendo. Me asusté mucho, comencé a rezar el Padre Nuestro y casi en la mitad del rezo, aquella fuerza que me tenía aferrado bajó su intensidad y pude voltearme hacia mi derecha. Cuando lo hice, al fin desapareció. Quedé en shock unos minutos, era muy temprano, de madrugada, aún no clareaba el cielo. Pensé, “¿otra vez, hasta cuándo!?”. No sabía si aquello había sido bueno o malo.

Entonces, recordé una escena de lo sucedido el 11 de agosto. Mientras estaba en ese transe recibiendo información, sostenido por la presencia femenina; las paredes y el techo de mi habitación ondeaban como si fuese aquello el reflejo en el agua. Como si mi habitación estuviera sumergida en agua y todo se moviera al ritmo ondeante del líquido.

Mientras observaba ese fenómeno, vi pasar sobre mí algo como si fueran sombras, como si fluyeran nadando, desplazándose como peces en el agua sobre mí. No las sentí como algo bueno, ni malo, solo las observaba allí pasando sobre mí.

No sabía qué pensar acerca de lo ocurrido esa noche del 11 de agosto, tampoco acerca de lo ocurrido esa noche del 31 de octubre. Qué eran esas sombras, si debía preocuparme, hacer algo, en fin. Lo cierto es que no me gustó nada ver eso flotando en mi habitación sobre mí, aunque no lo sentí como una amenaza, tampoco me pareció algo bueno. Me inquietaba la idea de que aquello siguiera allí sin que yo pudiera verlo. Sin embargo, enseguida pensé que al rezar el Padre Nuestro esa fuerza como de una turbina sobre mí había desaparecido. ¿Había encontrado la manera de lidiar con esas cosas?

No le dije nada a Débora, la situación estaba ya muy mal como para agregar otra piedra en el zapato. Estuve todo el día pensativo, introspectivo y eso empeoró la situación con mi esposa, quien ya me daba por loco, por perdido; y no tuvo mejor idea que proponerme la internación en un psiquiátrico.

¡Fue horrible! No el hecho de la propuesta de Débora, la cual era totalmente comprensible para alguien que no cree en nada. Lo horrible era sentirme en peligro en mi propia casa. Las miradas de mi familia eran las mismas con las que ves a un caso perdido. Me sentí amenazado allí, pero ¿a dónde ir?, ¿qué hacer?

Como un acto de negociación implícita, le dije a Débora que iría a un psiquiatra, pero no a un psiquiátrico. Pedí turno con un profesional en el Hospital Austral, donde usualmente realizaba mis chequeos médicos, donde habían nacido mis hijas, un lugar que sentía conocido y, además, administrado por la Iglesia, lo cual me hacía suponer que estaría protegido de “las sombras negras”. Pues, nunca más lejos de la realidad...

Esta decisión trajo calma en mi relación matrimonial y en mi familia, se les notaban gestos de alivio, de esperanza. Para mí era “comprar tiempo”, no tenía esperanzas de que un psiquiatra entendiera lo que me estaba pasando y mucho menos que pudiera ayudarme realmente.

En mi intención de complacer a todos para no perderlo todo, me aislé de las personas que, tal vez, podrían haberme contenido; por ejemplo Juan. Si hablaba con Juan, entonces, mi esposa y mi familia no sentirían que estaba sanándome de aquel shock místico sino todo lo contrario, entonces, corté todo contacto con Juan y eso me aisló “de mi manada” y fui presa fácil. No solo perdí contacto con Juan, tampoco leía la Biblia, otra de las cosas que me hacía bien, tampoco rezaba.

Fui al Psiquiatra, comencé a contarle lo que me estaba sucediendo sin hablarle del hecho del 11 de agosto. Tenía miedo de que no me dejara salir de su consultorio o del hospital y me encerraran, temía que Débora hubiera alertado al médico y que me estuvieran esperando para encerrarme, en fin, mi mente estaba alborotada, sentía que el mundo estaba en mi contra, a todos los veía como sospechosos, ¡algo realmente enloquecedor!

Aquel médico escuchaba todo lo que le decía, pero no daba crédito a nada de ello, mientras yo hablaba él tomaba nota. Estaba claro que no creería nada si le contaré lo sucedido; ya había publicado el libro “La Bestia Divina”; entonces, le pregunté: “Doctor, ¿usted cree que uno puede acceder a información o a una perspectiva nueva y escribir un libro de ello como resultado de lo que usted me dice que tengo?” Entonces, dejó de escribir y levantó su mirada, sorprendido, no esperaba un comentario así. Y me dijo: “¿Usted escribió un libro?” Le respondí que SI y quiso saber de qué trataba ese libro, entonces, quedé en llevarle un ejemplar la siguiente sesión.

Lo del libro había sorprendido al Dr. y me daba algo de crédito antes de que me diagnosticaran una enfermedad mental o un trastorno de personalidad como había sugerido el profesional. Pero, entre toda mi confusión y desorden, la siguiente sesión olvidé llevar el libro y, peor aún, de camino al hospital, en una librería compré un libro del Papa Ratzinger. No sé por qué lo había comprado, supongo que por esa

necesidad de hallar una respuesta a lo que me estaba sucediendo. Quiero aclarar que por entonces sentía que mi única defensa contra esas entidades y sucesos era el Padre Nuestro, lo cual creaba cierta empatía con la Iglesia, quería acercarme para sentirme protegido.

La cuestión es que cuando entré al consultorio y el Dr. me vio con ese libro en la mano, recordando que habíamos quedado en que llevaría mi libro, me miró y me preguntó si ese era el libro que yo había escrito, así como quien le pregunta a un loco, con suavidad para que el loco no se enfade. Enseguida recordé que debía llevarle mi libro y sentí sudor frío recorriendo mi espalda, pánico. Pensé que ahora sí me encerraría no por loco sino ¡por estúpido! “Nicolás, qué te pasa” me increpaba en mis pensamientos.

Por suerte, aquel era un hospital administrado por la Iglesia Católica, el Opus Dei precisamente. Y el Papa no era una figura rechazada sino todo lo contrario, allí mismo vendían ese tipo de libros. Entonces, apelando a mi destreza comercial, tomé el control de la situación y le dije: “Dr. no sé que me está pasando, pero quiero salir de esto rápido, supongo que Dios podrá darme una respuesta en este libro o, quizá, a través suyo. Me pongo en sus manos, quiero regresar a mi trabajo, a mi vida...” La mirada del médico cambió, como si de pronto me viera como a un ser humano y no como a un engendro.

Me dijo: “Nicolás, quédate tranquilo, sigue mis indicaciones y pronto estarás bien” Me recetó antidepresivos y ansiolíticos. Por supuesto, decidí tomarlos para mantener la paz en mi casa y con mi familia, como “pago para que no me encierren en un loquero”. Los primeros dos meses me sentí relajado, en calma, estaba drogado...

El año 2005 fue un año de nada... me la pasé drogado todo ese año. No escribía nada, no leía la Biblia, nada... era un ente. Había conseguido un empleo muy sencillo con un exjefe que tenía agencia de venta de celulares, era franquicia de Claro. Vendía celulares a comercios y empresas pequeñas y medianas, ganaba lo suficiente como para vivir.

2006 no fue mejor, ese estado de nada, de somnífero, de desconexión me tenía muerto en vida. Entonces, comencé a inquietarme, a recordar el suceso del 11 de agosto y a preguntarme “¿qué estoy haciendo con mi vida?” No estaba a gusto en ese estado, me daba lástima de mi mismo.

Débora comenzó a inquietarse a causa de que mi situación no mejoraba, era un ente sin reacción, pero ella me prefería así que “leyendo la Biblia”. A diario me increpaba como a un niño diciendo: “¿estás tomando los remedios?” Me sentí como si ya estuviera atrapado en un psiquiátrico, tenía que salir de aquello, pero, el costo era muy alto...tenía miedo a lo desconocido que me aguardaba, debo admitirlo.

Venía en camino mi tercer hijo, Augusto. En el peor momento de mi vida venía mi hijo varón. Tenía el corazón roto, no podía ser; ¿qué padre le estaba dando? Dios... ¡qué dolor sentía, qué frustración e impotencia!

Recordé a Juan, necesitaba de su ayuda, necesitaba sus palabras. Recordé que me había dicho que mi vida comenzaría a mis 35 años, pues bien, en el 2006 estaba viviendo mis 35 años. ¿Qué vida estaba comenzando? Más bien, sentía que mi vida se estaba acabando, quise tirar la toalla más de una vez.

Pues sí, efectivamente, mi vida se estaba acabando, pero la vida vieja, la del que ya no tenía más margen en mi vida; un nuevo YO debía emerger y estaba viviendo un parto difícil. Pero fue difícil porque yo lo hice así. Por no soltarme, por miedo a perderlo todo, por culpa y por no haber escuchado a Juan cuando me dijo “no te cases, no tengas hijos, mira la vida como detrás de una ventana hasta que llegue tu tiempo...”

Tenía que morir al que era para nacer al nuevo que estaba gestándose en mí. Pero no era nada fácil. Comprendí, entonces, por qué Juan me había dicho años atrás que no debía tener hijos ni casarme, que no venía a eso a esta vida. Sentí que había jodido mi plan de vida, que me había fallado a mí mismo. Habiendo recibido el mensaje, las señales, no hice caso y allí estaba, pagando las consecuencias.

Ese mismo año Débora tomó la decisión de divorciarnos y en 2006 aplicó su plan muy efectivo. El jueves 9 de noviembre de 2006, cumplía mis 36 años; mi esposa había sugerido el día anterior ir a visitar a un abogado amigo que podría aconsejarnos qué hacer al respecto de nuestra situación. Su plan era convencerme de poner la casa como “bien de familia” para que así yo no pudiera reclamar su venta y mi mitad correspondiente del dinero.

La cuestión es que la visita a ese abogado era una treta para que yo firmara la cesión de la casa como bien de familia y así, Débora se quedaría tranquila que yo no podría reclamar la venta. Lindo regalo de cumpleaños me tenía guardado mi esposa...pero esto era apenas el principio de una serie de jugadas que ella tenía muy bien planificadas y que fueron muy efectivas, por cierto, pues yo seguía entre dos mundos...ni aquí ni allá...

Cuando estábamos allí, frente al abogado, yo estaba adormecido por los antidepresivos y ansiolíticos, pero no tonto del todo; comencé a descubrir el plan y me enojé, por supuesto. No hice nada violento, no podía, aunque quisiera, estaba super drogado. Pero sí les hice saber que me había dado cuenta y, en ese preciso momento, cuando termine de decirles que no firmaré nada, Débora, que estaba a mi derecha sentada en una silla junto a la mía, giró hacia mí y ¡casi me hago encima! no vi su cara sino una cara gris, con ojos negros y boca muy pequeña.

¡Eso no era mi esposa! Me levanté como eyectado de la silla y me fui sin decir nada y con las piernas temblando del miedo. Salí a la calle y lloraba, me sentía amenazado por todos lados, acorralado, perseguido. “Qué carajos está pasando, mierda” decía entre dientes.

A partir de allí, el diálogo con la que era mi esposa se terminó. Solamente le dije “Me iré de la casa cuando tenga un sitio al que ir, vendámosla, repartimos el dinero y ya, si no, deberás esperar a que consiga un lugar digno, esta es mi casa, yo la compré y te regalé la mitad, sé al menos respetuosa de eso.” Pero no sirvió. Dormía en la habitación de mi hijo Augusto quien era muy pequeño por esos días, dormía en una cuna y yo en el suelo a su lado.

Augusto y yo éramos muy apegados, en esas noches él no podía dormir en su cuna estando yo a su lado, en el suelo. Me arrojaba sus ositos como reclamo y hasta que no lo llevaba conmigo no se calmaba. Pero al día siguiente, si acaso me quedaba dormido y no lo regresaba a su cuna, y si su madre nos sorprendía a los dos durmiendo en el suelo, me regañaba y me preguntaba “¿cuándo pensás irte?” Según ella yo le estaba haciendo un daño al niño por hacerlo dormir en el suelo conmigo, pero no tenía más remedio, mi hijo no se dormía y gritaba y me arrojaba cosas hasta que lo alzaba.

Intenté más de una vez dejar los antidepresivos y ansiolíticos, pero me di cuenta tarde de que no se podían suspender de un día para otro sin pagar las consecuencias. Los dejaba unos días y los retomaba cuando comenzaba a sentirme mal.



Augusto y yo, año 2006.

Bajo denuncias de todo tipo y confabulada con otras personas, mi suegra entre ellas; me hicieron salir de la casa. Pensé que lo mejor era renunciar, aceptar la derrota en aquella batalla para no perder la guerra.

Pensé en mis hijos, en el calvario que estaban viviendo a causa de los espectáculos que la madre armaba a diario para “juntar testigos de maltrato”. Imagínate estar en una habitación, haciendo nada y que tu esposa, en otra habitación comenzara a gritar como si le estuvieras pegando para que los vecinos escuchen. Al principio me reía de lo ridículo que era todo eso, pero luego de hablar con un amigo que era abogado y que éste me dijera que aquello no era ridículo sino que esa mujer estaba asesorada; entonces dejé de reír y me lo tomé en serio pero, ¿qué podía hacer?

Débora quería la casa, eso es todo. Dejándosela terminaba el problema. Entonces, empaqué mi ropa y cargué todo en el Mercedes Benz 280 del año 1978, un auto clásico en perfecto estado que había comprado como regalo para mi hijo Augusto, para entregárselo cuando él cumpliera sus 18 años. Cargue “el auto viejo” como le decía Débora y por lo cual fue lo único que no me reclamó, y me fui bajo insultos y amenazas, frente a los guardias del barrio a los cuales habían llamado por un supuesto ataque de mi parte en contra de Débora.

Me fui de una manera deshonrosa, mirado con enojo por mis vecinos, miraban a un violento golpeador de mujeres frágiles e indefensas. Nada más lejos de la realidad. Estaba drogado, adormecido, anestesiado, estaba muerto en vida. Y sí, estaba muerto, el que había sido estaba agonizando y con él agonizaba todo su mundo; ahora debía dejar el lugar para que surgiera el nuevo, el que se había estado gestando para ese momento precisamente.

Hablé con mi abogado y le dije que cediera mi parte de la casa a Débora, que eso sería “mi firma de la paz” si acaso eso me traía la paz que necesitaba. Solamente quería ver a mis hijos periódicamente, sin restricciones, sin chicanas. Firmamos el divorcio bajo esas condiciones, pero, pocas semanas después, Débora volvió al ataque.

Entendí, entonces, que no se trataba solamente de una esposa reclamando lo que consideraba suyo, esta mujer (o lo que estuviera adentro suyo) quería destruirme, entretenerme, distraerme, tenerme bajo su yugo para que no pudiera pensar, vivir, ser. Me hacía denuncias de todo tipo, hablaba con los propietarios de las casas donde rentaba diciéndoles que era un estafador, un loco, etc. Me causaba problemas con todo el mundo jugando el rol de la víctima, llorando su tragedia “haberse casado con un violento”.

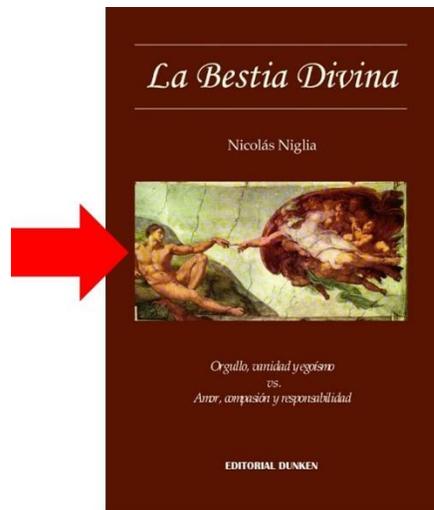
Recordé ese rostro horrible de Débora cuando estábamos con su abogado amigo. Pensé que estaría poseída, manipulada por alguna entidad, no sabía que pensar. No sabía si aquel rostro horrible tendría que ver con las sombras que pasaban flotando la noche del 11 de agosto del 2004, o con la turbina que me aplastaba la noche del 31 de octubre de ese mismo año. No sabía qué pensar. Hablé con Juan y le conté de aquello, me dijo que no era ella, que ya no era ella, que soltara todo, que no luchara por mantener nada, que no respondiera sus llamados... Y, pensé “¿y mis hijos?” “Olvídate de tus hijos por un tiempo” fue su respuesta. No pude aceptarlo... una vez más iba a complicar las cosas.

Pasé unos meses en la casa de mi hermana, desde noviembre de 2006 hasta marzo de 2007 momento en que me instalé en el departamento de mi madre. Dormiría en un sillón, pero Nancy, quien vivía con mi madre, se fue a casa de una amiga y me dejó su cuarto. Allí comencé los primeros pasos de mi nueva vida. Y hubo una señal que me dio calma.

Resulta que la tapa de mi libro “La Bestia Divina” tiene en ella la imagen de la obra de arte de Miguel Ángel más conocida en el mundo; la cual vi en el suceso del 11 de agosto, por eso la puse como tapa del libro. Pues bien, sobre el sillón donde dormiría estaba la misma imagen. Cuando la vi me sentí “en casa”, sentí que había dado ese paso que tanto había demorado, que debía dar; sentí que estaba naciendo a mi nueva vida, sentí alivio. Por supuesto, ni bien vi esa imagen allí le tomé una foto, sabía que no era casualidad. Mi madre acababa de rentar ese departamento y yo no lo conocía; y esa imagen ya estaba allí, no era de mi madre.



Este es el departamento, mi sillón y la imagen en la pared. Año 2007.



La tapa de mi primer libro, con la misma imagen, publicado en 2004.

6ta Parte

Señales

Mi madre decidió dejarme solo en su departamento, ella, divorciada de mi padre, estaba en un noviazgo y yo allí estorbaba. Entonces decidió mudarse con su pareja. Entonces, debía hacerme cargo de la renta y con todo lo ocurrido en 2006 me había quedado sin trabajo y sin dinero y sin idea de cómo conseguirlo, solo tenía mi “auto viejo”.

Estaba sin un centavo y sin expectativas de conseguir dinero pronto. Mis amigos me daban algo de dinero semanalmente para que comiera y para que pudiera ir un día a la semana a ver a mis hijos a los llevaba al aeropuerto a ver despegar y aterrizar a los aviones, entretenimiento sin costo; también los llevaba al lago público a dar de comer maíz a los patos y gansos; a simplemente caminar por el lago y estar allí, juntos, conviviendo; eventualmente les compraba helado, palomitas, cosas así. Ellos felices, yo por dentro me sentía el papá más pobre del mundo, pero, ellos no entendían lo que estaba sucediendo y disfrutaban la experiencia.



Lagos de Palermo, Buenos Aires, mis tres hijos año 2007.

No tenía dinero para pagar la renta del depto. Entonces, cuando el dueño vino a cobrar, el primer mes que estuve sin mi madre allí, no sabía qué decirle, cómo evitar que me desalojara. Lo hice pasar y le conté la verdad. Le dije que no tenía dinero, que me acababa de divorciar y que estaba anestesiado por los medicamentos y peor aún, dado que ya no los tomaba porque no tenía con qué pagarlos, eso me estaba ocasionando dolores de cabeza, náuseas y mareo pues los antidepresivos son adictivos, no los puedes dejar de un día para el otro.

Pero me comprometí a lo siguiente, le dije: “Si me esperas a que termine el contrato, en marzo de 2008, yo vendo el auto y te pago todo” Claro, ¿qué dueño te va a dejar más de seis meses sin que le pagues y con solo la promesa de que al finalizar el contrato venderás tu único activo para pagarle? Pues, este dueño sí me creyó.

Jorge Río es su nombre, tendría por entonces casi mi edad. Antes de decirme que “sí” me contó su historia. Me dijo: “Nicolás, me fui a Italia con una mano atrás y otra adelante como consecuencia de la crisis del 2001, llegué a limpiar baños allí. Unos años después, tenía mi propia empresa de mantenimiento y limpieza, hoy hago la limpieza de 143 McDonalds en Italia, gracias a ello me he comprado varias propiedades como inversión en Argentina, esta es una de ellas. Sé donde estás hermano, y no te preocupes, en marzo del 2008 nos vemos.”

Ese día me sentí bendecido y amparado una vez más. Otra señal de que estaba en el lugar correcto. Aprovecho para decirte Jorge Río querido hermano, no te volví a ver luego del día en que te pagué todo como había quedado. Desde mi corazón te envío un abrazo amoroso lleno de gratitud hacia ti, lo dejo aquí para que se repita y se multiplique cada vez que alguien lea esto. ¡Gracias hermano!

Por fin tenía resuelto donde vivir. Comía arroz con menudos de pollo gracias a la ayuda económica de mis amigos que eventualmente se acercaban y me dejaban algo de dinero. Quiero destacar aquí otra situación particular con un amigo de un amigo, con quien nos habíamos visto dos o tres veces no más; pero con quien teníamos una sintonía especial, el “Flaco” Esteban. Nunca habíamos tenido contacto directo sino siempre a través de un amigo en común, Alfredo.

En ese año 2007, el Flaco Esteban se contactó conmigo directamente y me invitó a cenar, le conté todo lo que me había pasado, cómo había llegado hasta esa instancia. Estaba sorprendido, él nos conocía, a mi exesposa y a mí desde antes de casarnos. La cuestión es que ese año, casi semanalmente, el Flaco Esteban me invitaba a cenar, pasaba por mí, me comentaba sus temas, yo le daba mi opinión, mi visión y perspectiva del asunto y así transcurrió ese año, e convertí en una especie de “consejero”. Pero cada regreso de cada cena, el Flaco me pedía un favor, me decía; “Nicolás, necesito que me hagas un favor, acéptame esta ayuda, no lo tomes a mal, sé que lo necesitas, cuando puedas me lo regresas” y me daba dinero, tanto como para vivir toda la semana. Su gentileza, su respeto, su integridad, también a ti mi querido Flaco, te digo eternamente GRACIAS hermano.

Cerrar la etapa anterior de mi vida, 37 años; no era fácil. El año 2007 fue el año de la despedida del viejo YO. Fue difícil realmente pero aliviador a la vez. Por un lado, sentía que lo había perdido todo, pero por otro lado sentía que me había liberado de todo lo que no me dejaba ser YO. Ese año enterré al viejo Nicolás, quien estaba muerto en vida en realidad. Y comenzó a nacer el nuevo YO.

7ma Parte

Por fin el nuevo día.

Un día del año 2007, estando en el depto en el que rentaba mi madre y que ahora era solo para mí, llegó mi hermana quien venía esporádicamente a visitarme. Estaba preocupada por mí, me veía mal, según ella, y me dijo: “Conozco una señora que puede ayudarte, ella me ayudó a mi con algunos temas, estuvo en la India, es sacerdotisa Ganesha...y ya le hablé de vos.” La miré y le pregunté si cobraba, cuando mi hermana me dijo que sí, que claro que cobraba, le dije, “entonces, no puedo ir, no tengo dinero” me resistí y tenía la excusa correcta.

Mi hermana se enojó: “no seas cerrado” me dijo. Lo era, aún quedaban vestigios del viejo YO. Entonces, días después, mi hermana regresó y me dijo que había hablado con esa señora y que ella no me cobraría, que quería conocerme y hablar conmigo. Para no ir, le dije a mi hermana que no tenía dinero para gasolina, entonces ella me dio el dinero para la gasolina y me dijo: “andá por favor Nicolás, necesitas ayuda”... y fui.

Esos días vivía bajo los efectos de la abstinencia, había dejado de consumir el medicamento antidepresivo porque no tenía el dinero para comprarlo. Los efectos de suspender el tratamiento eran muy feos, como un dolor de muela. Nauseas, mareos, dolor de cabeza. Así me sentía en ese día cuando fui a ver a Estela, la Sacerdotisa Ganesha con quien me conectó mi hermana.

Cuando por fin llegué a la casa de Estela, vi salir a una señora muy gorda con un perrito blanco muy pequeño. Apenas podía pasar por el ancho de la puerta. La miré y ella me miró y se sonrió, me hizo una seña que no entendí y que luego comprendería. Me estaba indicando que le daba una vuelta al perro y regresaba. Era ella, claro.

Cuando regresó, fui detrás de ella y toqué el timbre, abrió la puerta y subí. Estaba esperándome con la puerta abierta de su depto. y ni bien salí del ascensor, me dijo muy sonriente: “Bienvenido Maestro, te quería conocer, por fin se ha dado”. Me reí sarcásticamente, miré hacia atrás como simulando que le hablaba a otro; y le dije: “¿Maestro?, mi vida es un desastre, ¿qué clase de maestro soy...?”

Se rio y me invitó a que pasara con un gesto mientras me decía que me calmara, que pronto entendería todo, que ella me explicaría lo que me estaba sucediendo. Y así fue. Esa mujer fue otra de las personas importantes en mi vida. No exagero si digo que me sacó del hoyo en el que estaba a causa de mi terquedad y de no querer soltar el pasado, fundamentalmente a mis hijos. Y todo alimentado por mi obstinada incredulidad.

Esta incredulidad y el rechazo que aún persistía en mí fue consecuencia de lo mal que lo pasé en mi infancia y adolescencia a causa de expresar mis particularidades, mi pasión por las pirámides de Egipto, Atlántida, el esoterismo. Todo ello me había traído muchas dificultades de integración con el entorno social y, evidentemente lo tenía muy oculto y reprimido.

...continuo con el relato acerca de Estela.

Todo el 2007 me ayudó, me dio sesiones, terapias, meditaciones, limpiezas... según ella me quitaba dragones y otras entidades anidadas en mí en todo ese tiempo que estuve "dormido" y como árbol de frutos al que tantos van a comer, así esas entidades estaban anidadas en mí y me confundían, me alteraban, me distraían. Estela no me cobró un centavo jamás. Fue siempre muy atenta y amable conmigo y disfrutaba nuestras charlas, con ella comencé a hablar de los temas que no me atrevía a compartir con nadie y me di cuenta de que no era "el único loco" jajajaja.

¡¡¡GRACIAS ESTELA!!!

8va Parte

Dar para recibir.

Se aproximaba marzo de 2008, concluía el contrato de alquiler del depto. tenía que vender el auto y pagar más de seis meses de renta. Y luego, ¿a dónde iría? Sin auto, sin departamento a donde vivir. Comencé a buscar trabajo, a finales de 2007 conseguí un empleo como vendedor de teléfonos Nextel; no pude vender ni uno, mis destrezas comerciales estaban ausentes, me di cuenta de que no podía mentir a nadie, no podía vender lo que yo no compraría... renuncié días después.

Tenía un serio problema, esta nueva versión de mí no podía vender sino solo lo que yo mismo compraría, no podía mentir. Las alternativas se acotaban demasiado. Por otro lado, al quedarme sin auto, cómo haría para ir por mis hijos, dado que ellos vivían en un barrio privado al que sin auto era difícil acceder. Todo se complicaba, pero ya algo había cambiado en mí desde que iba con ESTELA, confiaba cada vez más en mí.

Sabía que lo iba a resolver y aunque no tenía idea de cómo lo haría, asumía que el problema ya estaba resuelto, que la solución pronto se dejaría ver. Y así era, ¡puro milagro!

Fui a hablar con los dueños de una inmobiliaria ReMax que tenían su zona comercial en donde vivían mis hijos. Les propuse ser vendedor de sus propiedades en esa zona, lo cual me tendría cerca de los niños. Me dijeron que sí, pero sin sueldo, sino solo a comisión por lo vendido o rentado. Acepté.

El auto se lo vendí a mi padre, me pagó la mitad y con ese dinero cancelé la deuda con Jorge Río. La otra mitad me la pagaría cuando se lo entregara pues, acordé con él que me pagara la primera mitad pero que me permitiera tener el auto un tiempito más. Claro que aceptó. Eso me permitió trabajar en aquel barrio como vendedor de guardia los sábados, trabajo que comencé en enero de 2008, me quedaban dos meses hasta la entrega del depto. en marzo. Tenía que conseguir nueva vivienda ¡urgente!

Cuando llegué a ese barrio en el que haría la guardia como vendedor, un sábado, el guardia, de nombre Raúl, me indicó el sitio en el cual estaba la “casa modelo”; era una casa amoblada pero no habitada que se usaba de Show Room, para la venta de casas que serían del mismo modelo que esa. Cuando entré a esa casa, amoblada, con jardín y piscina y frente a ella vi un árbol gigante, pensé “qué bonito lugar para vivir con mis hijos, para que tengan piscina y ese árbol para trepar...” toda esa tarde soñaba con eso. El siguiente sábado lo mismo...

Entonces, se me ocurrió proponerle a Sergio, el dueño de la inmobiliaria, que me permitiera rentarle esa casa y que me lo descontara de mis comisiones, además, al instalarme allí habría un vendedor permanente en ese barrio.

Pero Sergio no quiso y lo entiendo, por supuesto. Pero no me dijo “no”, me dijo “si claro, déjame hablar con el dueño y te respondo en unos días.” Y cuando días después le pregunté si había hablado con Gabriel, el dueño, me dijo que sí pero que Gabriel no estaba de acuerdo. Sabía que me estaba mintiendo. Entonces, en mi corazón dije: “Señor, tú sabes que esa casa me resolvería varios temas, haz lo que sea necesario para que yo esté allí pronto”.

El siguiente sábado, al llegar, Raúl el guardia del barrio, me dijo: “Nico, no te duermas, mirá que está Gabriel (el dueño) dando vueltas por el barrio”. Entré rápidamente, dejé el auto en la casa modelo y fui a caminar para cruzármelo. Pero no lo vi. Entonces regresé a la casa y me senté en el jardín esperando que Raúl me enviara interesados para mostrarles la casa y contarles de los beneficios de construir allí.

Sentí voces acercándose y me asomé, era Gabriel, el dueño, hablando con Alberto, el arquitecto. Salí a su encuentro y lo saludé, me presenté: “Hola Gabriel, quería conocerte, soy el vendedor de guardia de ReMax, quería decirte que tienes un excelente producto aquí, en un año yo podría venderte todo esto” Gabriel no salía de su asombro, dio un paso hacia mí dejando detrás de él al arquitecto y me preguntó: “¿y cómo harías para vender todo esto en un año?” Entonces le conté mi historia laboral en el rubro inmobiliario, el cual era totalmente cierto, pues, además, ya no podía mentir.

Había trabajado como gerente en una inmobiliaria muy conocida de esa zona, aunque muy pocos meses debido a mi estado de “adormecimiento” causado por antidepresivos y ansiolíticos; eso antes del divorcio. Conocía muy bien el sector de barrios privados; y le conté algunas consideraciones del tema para mejorar su oferta.

Terminé mi monólogo diciéndole como conclusión: “debo vivir aquí, debe haber presencia permanente de un vendedor.” Entonces, Gabriel, cambiando su gesto de entusiasmo al de decepción me dijo: “Nicolás, pero aquí solo hay casas con sus dueños, puros lotes y solo esta casa modelo sin habitar, tardaríamos un año en construirte una casa para eso...” Le dije, Gabriel, negocios son negocios, lo que yo tengo para ganar aquí en comisiones es suficiente motivo para instalarme donde sea, y miré hacia la casa modelo...

Gabriel, sorprendido, me dijo: “¿Vivirías en la casa modelo?” Mi respuesta no fue inmediata, aunque por dentro gritaba SI SI SI SI... traté de contenerme y le dije: “como te dije, es mucho dinero en comisiones, haría eso y más, ¿acaso tú no lo harías?” Gabriel se rio y recuperó el entusiasmo, en su mente estaba contando los billetes de la venta de todos sus lotes y casas, cómo iba a decir otra cosa que: “Listo Nico! Instalate en esa casa cuanto antes, pagame el uso de gas y electricidad y nada más y a vender!!!”

Acababa de resolver un problema, pero no solo había resuelto un problema, acababa de conseguir una casa, amoblada, con piscina, sin pagar renta y muy cerca de la casa de mis hijos... si esto no era un milagro, ¿entonces qué? Pero no, no era un milagro, era el principio de una nueva vida en la que comenzaría a experimentar un gran potencial que tenemos todos los seres humanos.



Barrio Jardines de Escobar, casa modelo, mi casa, mis hijos, año 2008.

Efectivamente, ese año 2008 “vendí todo” como le había asegurado a Gabriel; gané dinero, compré un nuevo auto y al año siguiente me mudé a otra casa, dentro de ese mismo barrio; pero, esta vez, pagando renta.

A diario rezaba el Padre Nuestro en español, latín y Arameo. Era mi manera de mantener la conexión con La Fuente y de sentirme protegido. La vida con mis hijos iba bien, los veía dos días a la semana, dormían en mi casa, al otro día los llevaba al colegio, se quedaban un fin de semana completo conmigo y el otro con la madre. Aunque la relación con mi ex no era fácil, la llevábamos bien, sorteando sus chicanas, gambeteando la situación conseguía tener una vida con mis hijos bastante satisfactoria.

El año 2009 gané más dinero, me hice independiente como agente inmobiliario y constructor. Conocí mucha gente, me hice de muy buena fama precisamente por mi honestidad. Pero nadie sabía mi historia, veían en mí, supongo, alguien confiable y nada más. Crecí mucho, me contactaban personas diciendo “me han hablado muy bien de vos” ... y así todo iba perfecto.

Mis rezos cotidianos intensificaban la conexión, volví a escribir, a canalizar. Cada día escribía más y más. Aún no meditaba, rezaba con ojos cerrados y entraba en una especie de trance, sobre todo cuando rezaba en Arameo, rezo que aprendí de copiar fonéticamente ese idioma, tal cual hacemos con los mantras en sanscrito.

En el año 2010 me sentía muy bien, vivía en una casa más grande, más cómoda, mis hijos tenían habitaciones cinco estrellas, cada uno con su TV, su juego

Play Station, los llevé a esquiar, les compré su cuatrimoto... Ese año me sentía muy próspero, como que todo lo que me había propuesto lo había conseguido, entonces, sentí la necesidad de dar un paso más en mi compromiso con el Cielo.



Pie del Cerro Catedral, San Carlos de Bariloche, pista de esquí, Argentina, año 2010.

Quería demostrar mi gratitud, hacer algo más significativo que rezar el Padre Nuestro en tres idiomas. Recordé que un amigo que se había radicado en la provincia de Salta, al norte de Argentina, me había comentado de una señora que en un cerro daba sanaciones, canalizaba a la Virgen María y a Jesús y hacía verdaderos milagros.

Decidí ir a ese cerro, no a pedir nada o a sanar, me sentía muy dichoso, pero significaba un reto ir hasta el extremo norte de mi país, solo a decir GRACIAS.

Fuimos a Salta mi pareja de entonces, Lorena, la que sería luego la madre de mi cuarta hija, Ambar; y yo. Llegamos un viernes a la tarde; pero al Cerro de la Virgen, donde la señora María Livia canalizaba, iríamos el día siguiente, el sábado. Y así fue.

Llegamos al pie del cerro el sábado alrededor de las 09:00hs AM, subimos caminando hasta la cima, lo cual nos demoró unos 30 minutos. La altura complicaba el ascenso, no estaba acostumbrado a ello. Pero conforme subíamos, me

embargaba una alegría conocida pero extrañada. Lloraba mientras caminaba, ocultando mis lágrimas, era algo muy personal, muy mío.

No había flores ni aspersores que emitieran aromas, pero se sentía un intenso olor de jazmines, algo extraordinario. Miles de personas asistieron ese día. Formados en fila, esperando pasar al sitio en el cual la señora María Livia te hacía imposición de manos, lo cual producía que muchos se desmayaran, otros lloraban como niños...

Esperando nuestro turno cantábamos el Rosario, rezábamos todos, los miles allí presentes, en voz bajita, en un ambiente de profunda emoción y conmoción interior, ¡aquello fue maravilloso!

A las 7:00hs PM nos tocó pasar a ese lugar en donde recibiríamos la imposición de manos. Yo iba solamente a decir “¡Gracias!” Y así fue, cuando la señora María Livia llegó a mí, posó su mano sobre mi hombro derecho y yo, solamente dije “gracias”. Sentí paz, eso fue todo.

Bajamos del cerro a las 9:00hs PM, llegamos al hotel, dormimos, al otro día amanecemos, visitamos a mi amigo, el que me había contado de la existencia de esa señora, quien vivía hacía unos años allí en Salta, nos llevaron al aeropuerto y regresamos a Buenos Aires.

Pero antes de bajar del cerro, Lorena quería dejar una nota en la capillita que estaba allí mismo, donde había una larga fila de gente para depositar en una urna su pedido a la Virgen. Le dije que no, que ya era muy tarde, que, además, yo no quería pedir nada, solo fui a decir “gracias”. Ella insistió y cedí. Tomé una hoja y en ella escribí “GRACIAS, aquí estoy, incondicional, dispuesto, mi querido Jesús, cuando tú digas...”

Como reza ese dicho “cuidado con lo que pides, pues puede hacerse realidad”, así fue. El domingo siguiente, de regreso a mi casa, lo primero que hice y como cada domingo fue abrir la computadora y revisar los correos electrónicos para organizar mi semana (no había Whatsapp en esa época) Uno de ellos decía “Seminario Litios 1 y 2” Abrí ese correo, leí algo de Atlántida, Cristales de la Nueva

Generación, Jesús, Metatrón... y respondí al correo inscribiéndome al seminario. No tenía idea de qué se trataba, pero algo muy fuerte en mí me impulso a hacerlo.

Unas semanas después estaba en ese grupo de cinco personas, dirigido por Andrea Castells, formadora de Litios 1 y 2 y Maestra de Yoga, en su centro de Yoga Arama, en Ing Maschwitz, Escobar, Pcia. de Buenos Aires. Me sentía como “sapo de otro pozo” pues hablaban de extraterrestres con una naturalidad de locos, jajajaj

La experiencia en ese seminario significó un nuevo punto de inflexión en mi vida, desde ese día de octubre de 2010 mi vida dio una “salto cuántico”. Había sido equipado con una nueva “defensa”, hasta entonces el Padre Nuestro en los tres idiomas era mi único recurso, mi escudo y mi espada. Pero, a partir de allí, recibí una nueva y poderosa herramienta, indispensable para “abrir camino en esta jungla que llamamos mundo”.

Los cristales Litios han sido y son aún, el machete con el cual abro camino en esta jungla plagada de depredadores, de energías distorsionadas, de entidades discordantes, de desorden y confusión, de hechicerías y hechiceros disfrazados de benefactores.

Era lo que me faltaba y llegué a ello gracias a mi viaje a Salta. Cualquiera podría decir que aún si no hubiera hecho ese viaje al Cerro de la Virgen, el correo me hubiera llegado de todos modos. Sin embargo, sé que, aunque me hubiera llegado de todos modos aquel correo, si no hubiera hecho ese viaje a Salta, pues no hubiera tenido los ojos para verlo y mucho menos la actitud para responder y aceptar la invitación. Por lo cual, una cosa va de la mano de la otra, sin dudas. Gané el derecho a los Litios, a tener esta maravillosa herramienta en mi poder, cuando hice ese gesto de irme a Salta solo a agradecer sin distraerme en nada más. Demostré, así, mi compromiso, mi disposición y llegó la respuesta. Así funciona para todos.

Muchos esperan que primero les llegue lo que piden para luego pagar por ello... y este es el error, pues primero hay que ganarse las cosas, hay que asumir la condición para ganarse el reconocimiento. Hay que sentirse algo para luego ser ese algo. Así los niños primero juegan a ser adultos para luego ser adultos.



Cerro de la Virgen, Salta, Argentina, Septiembre 2010.

[Acerca del Cerro de la Virgen, aquí comparto una breve reseña de este lugar y de la Señora María Livia:](#)

Virgen del Cerro – Inmaculada Madre Del Divino Corazón Eucarístico De Jesús. En el año 1990 comienzan las apariciones de la Santísima Virgen en Salta (República Argentina) a una mujer.

María Livia Galliano de Obeid es una mujer casada desde el año 1970, madre de tres hijos. Su vida hasta el año 1990 fue muy simple, como ama de casa cumpliendo sus deberes y llevando una vida muy tranquila y feliz en su hogar con su esposo y sus hijos.

Ella nunca imaginó ver a la Virgen y nunca lo pidió. A principios del año 1990 comienza a tener las primeras manifestaciones sobrenaturales, siendo ella misma la primera sorprendida. Un día escucha una voz interior que le habla, esta voz es extraordinariamente hermosa y sobrenatural, e inmediatamente produce un cambio en su corazón.

Estos coloquios se suceden a partir de allí con frecuencia. La voz que le habla se presenta como la “Madre de Dios”. La señora al principio no comenta de esto a nadie, ella quiere guardar este secreto que tiene con la Madre de Dios; no obstante, esto, aunque lo disimula muy bien, hay un cambio muy elocuente en ella, porque siente un inmenso deseo de recogimiento y una gran felicidad en su alma.

Sin embargo, poco tiempo después, movida por un gran deseo de compartir esta dicha y felicidad, siente la necesidad de confiarse a su esposo y a su hija mayor, y lo comparte también con su pequeño entorno familiar, padres y hermanos; lo hace de manera espontánea y natural. En ese entonces María Livia reflexiona en su interior y piensa que esto no va a trascender más allá de la intimidad de su alma.

Con este pensamiento ella abre cada vez más su corazón a la Santísima Virgen; y el diálogo entre ambas se va haciendo cada vez más íntimo.





La capilla construida en honor de la Santísima Virgen María bajo la advocación de INMACULADA MADRE DEL DIVINO CORAZON EUCARISTICO DE JESUS, se realizó con el trabajo de servidores y de peregrinos que concurrían al lugar.

Una vez obtenidos los permisos correspondientes para llevar a cabo la construcción, se comenzó con la misma el primero de mayo de 2001, fecha en la que se construyó la base en la que se instaló una cruz de madera donada especialmente para ese fin. A partir de esa fecha comienza el rezo del Santo Rosario los sábados por la tarde, oportunidad en la que suben cada vez más peregrinos. A esos días se le suman peregrinos que suben a visitar el lugar los días de semana, haciéndolo por un sendero peatonal construido para acceder al lugar, desde la base del cerro, recorriendo 1500 metros y subiendo 500 metros de altura para llegar a la cima del cerro más alto próximo a la ciudad de Salta, en el barrio de Tres Cerritos.

En la base del ascenso, en bolsitas de cinco Kg se acopiaba el material necesario para la construcción de la capilla al lado de la CRUZ. Allí se acopiaba el cemento, la arena, la ripiosa. Se hacía lo mismo con las tejas, la madera, el hierro, clavos y alambre. El agua se juntaba en botellas. Todo se acopiaba en la base del cerro, y los peregrinos, sobre todo el sábado, levantaban lo que su físico podía soportar, y trasladaban el material hacia la cima. Era una hora de caminata con el

peso sobre los hombros, subiendo una fuerte pendiente. Oportunidades no faltaron de peregrinos que subían y bajaban en más de una ocasión en el mismo día. Así, en un plazo de sesenta días, hasta julio de 2001, se subieron 60.000 Kg de material que se usó en la construcción de la capilla hasta la entronización de la Santísima Virgen el 8 de diciembre de 2001.

En la construcción se utilizó piedra y laja del mismo lugar. Estas también eran extraídas y trasladadas por peregrinos y servidores, especialmente los días feriados en los que se realizaban jornadas de trabajo de varias horas, y mediante cadenas humanas se acercaban las piedras y lajas al lugar, mientras se rezaba y alababa al SEÑOR y a la INMACULADA MADRE DEL DIVINO CORAZON EUCARISTICO DE JESUS.

La mano de obra es la de los servidores y de los peregrinos que concurrían al lugar y ofrecían su trabajo para que se cumpla con el pedido de la Santísima Virgen. Hubo jornadas en la que muchísimos peregrinos arribaban al lugar a la madrugada, subían las bolsitas con materiales y luego en el lugar trabajaban en los muros, techos y patios hasta la hora del Rosario, para luego regresar a sus hogares. Muchas jornadas eran cientos de servidores y peregrinos trabajando en esta gratísima tarea.

Solo un operario rentado trabajó desde el comienzo, cuidando el lugar y realizando todo tipo de tareas. La providencia de DIOS FUE MANIFESTÁNDOSE DIA A DIA. Así las personas colaboraban con materiales, y con su trabajo. Un devoto de la Virgen donó la construcción del camino para vehículos, el que empezó en agosto del 2001 y se terminó días antes del 8 de diciembre de 2001, cuando se entronizó la Imagen en la capilla, y cuando se había terminado en su totalidad la parte más importante de la obra.

Grande fue el trabajo de jardinería y conservación del suelo realizando plantaciones, siembras y muros, sin dejar de mencionar los palenques armados para que los peregrinos descansen y puedan realizar sus oraciones sentados.

Con el correr de los días y los meses se mejora continuamente el lugar, los accesos, baños, luz, agua, puestos médicos, senderos de accesos, estacionamientos, barreras, rampas, caminos, escaleras, forestación, cartelera indicadora y muchas otras obras que hacen a la calidez y tranquilidad del lugar para mayor comodidad de los peregrinos que visitan el SANTUARIO.

En el lugar se reparten gratuitamente estampas, rosarios y no se aceptan limosna ni objetos de valor, como tampoco se permite ningún tipo de comercio o venta, desde la base del cerro hasta la cima donde está el SANTUARIO.

Desde el 8/12/2001 a Junio/2003 se repartieron 200.000 estampas a otros tantos peregrinos que concurren a rezar a la Santísima Virgen y a recibir la ORACION DE INTERCESION que realiza la Señora que recibe los MENSAJES luego del rezo del Santo Rosario.

Esta es una ORACION individual en silencio de CORAZON a CORAZON, que se realiza cada sábado, en presencia de la Santísima Virgen y de Nuestro Señor Jesucristo por espacio de cinco o seis horas según la cantidad de peregrinos, terminando la jornada muchas veces a las 22 horas.

Por esta Oración de Intercesión, la Santísima Virgen pide a nuestro Señor Jesucristo por las necesidades e intenciones del peregrino.

En la actualidad el Santuario dispone de estacionamientos para vehículos, caminos de accesos adecuados tanto vehicular como peatonal, servicios médicos y sanitarios por cualquier emergencia, grupos de seguridad y comodidades para 10.000 peregrinos alrededor de la capilla.

Los días Sábados doscientos servidores de la Inmaculada Madre del Divino Corazón Eucarístico de Jesús, trabajan desde muy temprano, cubriendo las distintas áreas y cumpliendo las funciones necesarias para que la jornada se desarrolle sin sobresaltos, en perfecta armonía, silencio y oración.-

9na Parte

Mis primeros pasos.

En 2011 completé mi formación en la técnica “Cristales Litios” alcanzando el nivel: “Sacerdote Luminoso de Diamante III”. En paralelo con esta formación completé también la técnica GAIADON HEART (técnica desarrollada por Sarania Savery), alcanzando el nivel de Maestro Facilitador Gaiadon Heart. Ya tenía “mi escudo y espada de Luz” dejé de sentirme vulnerable antes “las sombras”.

Fue un año maravilloso, pero fue mucho mejor el año 2012 en el cual realicé varios retiros en la cordillera de los Andes, San Alberto, Mendoza. Allí viví experiencias de sanación profunda y de aprendizaje intensivo además de fuertes revelaciones.



Cordillera de los Andes, 2012

Todo iba “viento en popa”, en lo material me iba muy bien, y en lo metafísico me iba cada vez mejor. ¿Qué era lo que seguía? Pues, no tardaría mucho en llegar el nuevo capítulo de mi vida, otro reto que superar, otra instancia que vivir.

Llegó el 21 de diciembre de 2012, el día “del Fin del Mundo” según muchos anticipaban; pero déjame decirte que para mí sí fue un “fin del mundo” pues, el año siguiente, el 2013, comencé decididamente enfocado en la nueva realidad, ya sin conexión alguna con el viejo YO. Vendí todos mis activos, me dedicaba al rubro inmobiliario y construcción. Vendí mi camioneta, me deshice de todo, ya que sentía que todo aquello, lo mundano, mis compromisos comerciales, laborales, etc. me estaban deteniendo.

2013 fue un año de introspección total, no salía de mi casa, solo meditaba, escribía, meditaba, escribía. No trabajaba, no tenía contacto con nadie, vivía con el dinero ahorrado, comía pan casero y bebía agua, eso era todo; y meditaba y escribía.

Las experiencias eran cada vez más intensas, el estado de sintonía que alcancé en ese año fue inusual, extraordinario, maravilloso. En mis meditaciones y viajes astrales hablaba con mis Guías, llegué a verlos en imágenes fugaces. Ya no había nada en el mundo que me retuviera... estaba dispuesto a irme. Sentía cada día más fuerte la sensación de que me iba de este plano y lo acepté.

En tres ocasiones experimenté fiebre repentina, mientras meditaba, mientras escribía. Pensé que había llegado la hora; y en las tres ocasiones fui a recostarme en la cama para que no encontraran mi cuerpo en el suelo, así pensaba, así de decidido estaba.

Cuando todo estaba listo para partir, cuando ya había soltado todo lo material y sin proyecto en esta vida... Lorena me informó que estaba embarazada, mi cuarta hija estaba en camino. A diferencia de lo que había ocurrido con Débora, Lorena me había conocido en “mi nueva etapa” y no esperaba de mí otra cosa más de lo que había visto y veía. Sin embargo, el instinto es más fuerte y las cosas se complicaron, yo no iba a regresar “al mundo”, no iba a retroceder.

Todo se había terminado allí. Aunque tuvimos una relación más basada en el cariño y en la amistad, ese día el vínculo se había cortado. Aún hoy conservamos una muy buena relación basada en el respeto, tenemos una hija en común de la cual no me he desligado por supuesto, pero no soy un padre “normal”, de hecho, no soy normal prácticamente en nada.

En 2014 había escrito cientos de páginas y todo estaba allí apilado en un rincón, no sabía qué debía hacer con toda esa información. Entonces pensé en publicar mi segundo libro, pero antes de enviarlo a la editorial imprimí cinco copias a modo borrador del libro y se las di a algunos amigos que eran parte del grupo de meditación de los martes. Quería asegurarme de que fuera legible y entendible el mensaje. Pues no, nadie entendió nada y, no solo eso, pocos pasaron de la tercera o cuarta página, inclusive a un par de ellos les había dado dolor de cabeza leer apenas las primeras páginas.

Entonces, Lorena fue quien me sugirió que antes de publicar otro libro, escribiera en un blog o en Facebook y de esa manera iría verificando la receptividad de la gente, aprendería a escribir de una manera más entendible por el público. Si bien yo tenía mi cuenta de Facebook que utilizaba para estar en contacto con mis hijos y amigos; no quería mezclar las cosas, por lo cual decidí crear una nueva cuenta con el nombre “estar para ser”, el cual era mi “marca”.

Así fue como comencé a publicar extractos de lo que sería mi segundo libro y poco a poco comenzaron los comentarios, los “Me Gusta” y las objeciones, las cuales valoraba muchísimo porque me obligaban a mejorar la escritura, a poner ejemplos explicativos e ilustrativos de lo que quería compartir. Todo ello fue enseñándome a escribir...

Los martes daba mis charlas y meditaciones y luego solamente escribía, publicaba y meditaba. Comencé a dar terapias con Cristales Litios en ese año y crecía lentamente la difusión de lo que hacía. Pero el sitio en el que vivía era un pueblo, por lo cual, a Débora y a mis hijos les incomodaba lo que hacía, no querían relacionarse con un “raro”, con un “padre especial”. Dejaron de involucrarme en sus actividades escolares, me fueron excluyendo de sus vidas.

La situación con Lorena no estaba bien, aunque éramos amigos y nos respetábamos mucho, había tensión lógica entre ambos, teníamos una hija en común y necesidades económicas que resolver, pero mi postura era definitiva, no regresaría “al mundo”, no retrocedería, confiaba en que las cosas se resolverían, pero Lorena no confiaba mucho en ello.

En mis meditaciones tenía contacto con “seres”, mis Guías, quienes me inspiraban mucha confianza y quienes seguían mi evolución. Los acontecimientos no estaban sujetos al paso del tiempo sino a mi maduración en el proceso. Conforme iba abriéndome, aceptando la nueva realidad se iban dando los acontecimientos. Confiaba plenamente en el proceso y en mis guías y me dejaba conducir. Pero entiendo que Lorena y las demás personas de mi entorno no dieran crédito a ello y por eso su ansiedad y desconfianza.

Para distender la situación con Lorena decidí tomar distancia y en agosto de 2014 fui de visita a la provincia de Neuquén, a donde vivía uno de mis mejores amigos, Gabriel. Allí daría una charla y taller. Sería mi primer taller fuera de mi grupo de los martes. Y así fue. El día 10 de agosto de 2014 impartí mi primer taller al público, asistieron a él una sola persona y, por supuesto, mi amigo Gabriel.

Pero lejos de considerarlo un fracaso, aquella experiencia fue para mí todo un éxito pues, no solo lo confirmé por la emoción de aquella muchacha, maestra de Yoga, quien al finalizar me miró con sus ojos húmedos de lágrimas y me dijo un gracias profundo y eterno, sino que, al ver lo mismo en los ojos de mi amigo, quien me conocía de mi pasado y a pesar de todo ello estaba tan emocionado y sorprendido como esa mujer, allí me di cuenta de que esto iba en serio, de que tenía que difundir el mensaje, la enseñanza, La Palabra. Aquella experiencia me ayudo a creer en mí, una de las grandes limitantes que he tenido ha sido esta: el descrédito con el que cargo consecuencia de las dificultades que coseché en mi infancia y adolescencia por ser “el raro”.

Antes de ese viaje a Neuquén, recuerdo que estaba en mi escritorio escribiendo el taller en Power Point y de pronto me embargó una profunda sensación de ansiedad: “¿para qué sirve todo esto que estoy escribiendo!? ¿A quién le importa? ¿Qué tengo que hacer?, ¿cuál es mi objetivo en esta vida carajo? Y una voz suave, no sé si desde mi interior o desde afuera de mí, me dijo: “La Palabra” y mi mirada se dirigió automáticamente hacia el rincón en donde estaban apiladas todas las hojas que había escrito. De eso se trataba, de difundir La Palabra... así completé la composición de aquel primer taller.

Por eso, en Neuquén, al ver la emoción de esa mujer y de Gabriel, entendía que debía seguir ese camino, compartir La Palabra. Y así iba a ser... sentí ese día que mis palabras tenían poder.

De regreso a Buenos Aires, luego de aquel viaje a Neuquén; una mujer de México me escribió por Facebook preguntándome si tenía pensado viajar a ese país en algún momento, mi respuesta fue que no. En ese momento, sentía que estaba muy cerca de irme, de morir, estaba esperando el “desprendimiento” como le llaman mis Guías a la muerte. De hecho, luego del suceso del 11 de agosto de 2004, he dibujado imágenes que vi en ese proceso, a través de las cuales me explicaban situaciones de la vida. Una de esas imágenes es esta en la que se ven alas enraizadas a la tierra. La tercera imagen en la secuencia de imágenes que vi, mostraba el tallo cortado y las alas volando hacia arriba. A esa tercera imagen, quien me enseñaba esto, a quien llamo “mi Guía”, lo denominó “el desprendimiento”.

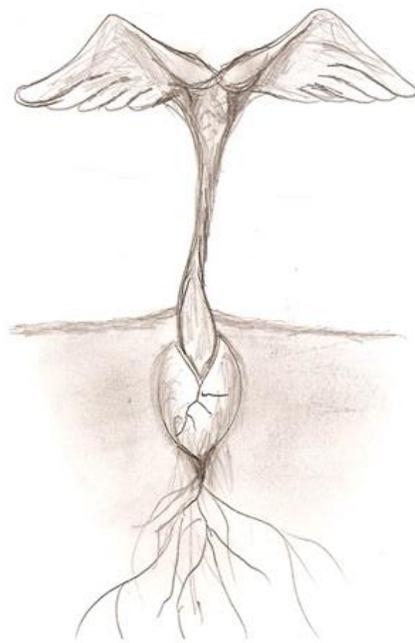


Imagen de la primera secuencia de tres, que dibujé luego del suceso del 11 de agosto de 2004.

Por esta razón, porque pensaba que pronto me desprendería de este cuerpo y de esta realidad, quería dejar escrito todo lo que pudiera y a diario empeñaba horas escribiendo en el blog, en Facebook y corrigiendo el libro que publicaría.

Ante mi respuesta negativa a viajar, esa mujer, quien era terapeuta holística en México; me dijo, muy decidida: “entonces yo iré a verte, ¿crees que puedes enseñarme lo que sabes en pocos días?” Le respondí que le daría un resumen de todo en cuatro días. Me preguntó cuánto le cobraría por el curso. Al ver que ella era terapeuta holística y considerando que pronto me iría y que mi mayor interés era que se difundiera mi mensaje, pensé en no cobrarle, ¿de qué me serviría el dinero a dónde iba? Mejor que ella reciba la información y la difunda. Y así fue, le dije que no le cobraría, que el pago era voluntario pero que no era condición.

Eran varias las personas que me escribían a diario haciéndome preguntas al respecto de lo que publicaba, contándome sus problemas personales, etc. pero había una mujer, también de México, que a diario me escribía diciendo “que tengas un bendecido día” y nada más.

Recordé a esta mujer y le escribí a la que me había dicho que vendría a mi país a tomar el curso de cuatro días; le dije que se pusiera en contacto con esta otra persona que tal vez querría viajar con ella. Marta, la primera, me dijo: “Pero Nicolás, México es muy grande, ¿de qué estado es esa mujer?” Busqué en su perfil y le dije, es de San Francisco del Rincón, Guanajuato. Y Marta me respondió, “Ah, es aquí cerquita, yo vivo en León, Guanajuato”. Nada es casualidad.

En octubre del 2014, Marta (León), María (San Francisco del Rincón) y Nancy (León) fueron a mi país, a mi casa en Argentina a tomar ese curso de cuatro días.



Escobar, Argentina, María, Marta, yo y Nancy, año 2014.

El último día del curso, todos estábamos muy emocionados, ellas y yo. Las tres me invitaron a México, y no conformes con ello, me dijeron “debes venirte a vivir, esto que tú enseñas, allí nadie lo sabe, no existe.” Me sonreí, pensando que pronto me iría de este mundo y les agradecí por la invitación sin decir más.

Unos días después, Marta me volvió a escribir por Facebook, ya desde su país. Y me preguntó si estaría dispuesto a viajar a León, Guanajuato, México a dar un taller allí en el Centro Holístico ELIXIR el cual era propiedad de Nancy. Le dije que sí, claro. Quedamos en que ella se encargaría de todo, que le enviara información del taller para difundirlo, precios y eso.

Le dije que el taller duraría cuatro días y que el precio lo fije ella, que fuera lo suficiente para pagar mis gastos y ya. Y me olvidé del tema hasta finales de enero que me escribió diciéndome “ya tengo tus boletos de avión...”

En febrero de 2015 fueron a Argentina a tomar el mismo curso que tomaron Marta, María y Nancy, tres mujeres más, dos de ellas de Colombia, quienes también eran terapeutas holísticas; y una tercera, Analía, argentina radicada en España, quien era Maestra de Yoga en una ciudad cercana a Granada, en el sur de ese país. Lo mismo ocurrió con ellas tres, me invitaron a su país a dar el taller. Les dije lo mismo que a Marta, y ahí quedó el asunto.



Escobar, Argentina, Analía de España a mi izquierda y las dos mujeres de Colombia a los lados, febrero 2014.

A finales de febrero de 2015 llegué a León, Guanajuato, México para dar el taller “Consciencia Crística Grado 33”, mi primer taller, el mismo que luego, en mayo de ese año di en varias ciudades del sur de España.

León, 2015, Centro Holístico ELIXIR y Siete Luminarias, Valle de Santiago.



Estuve en León once días, cinco dando el taller y seis dando consultas individuales desde las 9 AM hasta las 8 PM de cada día. Sin embargo y a pesar de no haber conocido prácticamente nada de León, sentía a aquel sitio muy familiar, algo me vinculaba.

A diferencia de lo que me pasó con España a donde fui luego de aquel primer viaje a México; en León, Guanajuato; sentí algo especial. No era un sitio más, era “el sitio” y sería mi nuevo lugar de residencia. Cuando regresé a Escobar, Argentina, a la casa de Lorena en donde vivía por entonces; luego de mi primera visita a León en marzo de 2015, pocos días después comencé a extrañar esa sensación que había experimentado en mi viaje a México.

En esos días se comunicó conmigo Analía, de España, para informarme que ya tenía mis boletos, que viajaría a finales de mayo. Comencé a enfocarme en ese siguiente viaje, estaría en aquel país un mes. Decidí mudarme de la casa de Lorena a un sitio en el que pudiera estar solo y tranquilo. Comenzaba a darme cuenta de que algo significativo se estaba gestando, esa sensación que estaba teniendo desde 2013 de que me iría pronto, del “desprendimiento”, no se trataba de desencarnar, de morir; sino de irme de Argentina... todo eso comenzaba a tener sentido... el desprendimiento consistía en cortar las raíces para volar a una nueva realidad.

Dado esto, considerando que no me iría aún de este plano sino de la geografía en la que había vivido toda mi vida hasta ese momento, comencé a enfocarme de otra manera en mi tarea; más atento a mis siguientes pasos.

Llegó el mes de mayo, yo vivía solo en un departamento ubicado en Nordelta, sobre el río. Un lugar muy bonito y tranquilo, ideal para escribir, para estar en introspección. Sería ese mi último lugar de residencia en Argentina.

Volé a España con un nudo en la garganta, nadie fue a despedirme, era como un “alma en pena”, como esas almitas desencarnadas que vagan por los sitios en los que solían vivir cuando estaban encarnadas, pero sin que las vea nadie. Así me sentía, nadie estaba atento a mi vida, nadie me preguntaba nada, solo Lorena, la madre de mi hija Ambar, estaba al pendiente de mi situación y por razones obvias.

Luego de doce largas horas de vuelo llegué al aeropuerto en Madrid, de allí hice conexión a Málaga y desde Málaga viajé en ómnibus hasta Granada en donde estaría Walter, el marido de Analía, esperándome para llevarme a Cullar Vega, mi destino final, ubicado a 15 minutos de Granada. Allí hice base, en un departamento que me habían rentado, el cual estaba a pocos metros de la iglesia en la cual cada domingo a las 7 AM hacían detonaciones durante varios minutos y desde donde salían procesiones, así como en las películas del siglo pasado. Me sorprendió mucho ver eso, pensé que eran tradiciones olvidadas, pero no dejaba de ser algo particular, pintoresco.

Allí conocí personas extraordinarias, muy valiosas. Un grupo muy cálido fue el que se formó y quienes me acompañaron durante todo ese mes que estuve allí. Fue una experiencia inolvidable. España me conectó con mi abuela paterna María Esther González, hija de españoles oriundos de Orense, Galicia, España. Mi abuela me cocinaba las típicas comidas españolas, pero lo que más me gustaba era la tortilla española.

Una de las mujeres del grupo, Paty, trajo a mi departamento una tortilla española casera, hecha por ella misma; cuando la probé exclamé: “es como la nuestra” (me refería a la que comía en Argentina, sin darme cuenta de que no era “nuestra” sino de España) Entonces Paty, quien la había cocinado me dijo gentilmente: “Ah sí, ¿allá la hacen, y cómo le llaman?”, y mientras le respondía diciendo “tortilla española” nos reímos juntos y le conté la historia de mi abuela oriunda de Galicia.

El trato que recibí de todos allí fue maravilloso, sin embargo, seguía pensando en León, Guanajuato, México. Algo me ligaba a ese sitio. Y no tenía pensado regresar, es decir, no habíamos quedado en nada firme luego de mi primer viaje.

Y como solía suceder, cada vez que anhelaba algo, el Cielo respondía. Estando allí, en España, me escribió Nancy preguntándome cuándo tenía pensado regresar a León, mi corazón se salía del pecho. Le respondí que no tenía planes de regresar, que estaba en España y con boleto de regreso a Argentina para junio.

Nancy me respondió, con esa soltura y libertad de alma que la caracteriza: “¡pues cambia tu boleto y vente a México!”. Días después, se comunicó de nuevo conmigo, esta vez estaba además su hijo Mario. Me sugirieron que diseñara un taller enfocado en algunos temas puntuales y más sencillos; pues, el primer taller estuvo “extraordinario” según sus palabras, aunque no entendieron mucho de lo que hablaba...

Recordé que al finalizar mi primer taller en León, platicué con Mario (hijo de Nancy) y al preguntarle qué le había parecido, me respondió: “Genial Nico, estuvo padrísimo, aunque no se entendió mucho de lo que hablabas, pero las meditaciones muy buenas” Para mí, lejos de haber sido un halago, fue un golpe duro pues, si mi misión de vida es Difundir La Palabra y la palabra que difundo (el mensaje) no se entiende, entonces, menudo problema el mío. Hablé con Analía y le pedí que cambiara mi boleto de regreso, que en vez de ir a Buenos Aires iría a México. Y así fue.

Mientras tanto, allí en España íbamos recorriendo ciudades del sur, conociendo gente maravillosa, llevando el mensaje, sembrando dudas más que certezas, abriendo los ojos, tocando corazones.

Un día, una de las personas del grupo me dijo: “Nicolás, deberías cambiar el nombre del taller pues aquí, la gente es o muy religiosa o anti religión y tu taller menciona al Cristo, por lo cual, para los religiosos tú no eres sacerdote por ende no puedes hablar de Jesús y por ello no vendrán; y para los anti religión, mencionas al Cristo y tampoco vendrán por eso mismo” Le respondí a Mane, el marido de Paty, quien me hizo amablemente esta sugerencia; que ese era el nombre del taller y que si las personas no eran capaces de sortear sus prejuicios e incomodidades, ese era su problema y no el mío. Venían no más de cinco o seis personas por taller, por charla, más los diez aproximadamente que eran “mi grupo” que me seguía a todos lados allí en España.

Luego surgió otro tema, una de las chicas del grupo me informó que habían creado un blog para “desenmascaramme”, pues decían que yo era un demonio, un enviado de la oscuridad que estaba sembrando confusión. Lo primero que sentí fue una sensación de halago, que alguien o algunos se tomaran el trabajo de crear un blog para hablar de mí, pues, ¡wow! Señal de que estaba llegando profundo, a las heridas.

Les dije a todos que no se inquietaran, que no me molestaba, que me sentía halagado, que a mi Maestro (Jesús) lo han tratado de peor manera; así que, como él dijo: “Ningún siervo es mayor que su Señor, ustedes correrán la misma suerte que yo...”

Luego me enteré de que ese grupo estaba formado por algunos maridos de mis seguidoras, celosos y muy religiosos quienes al escuchar los comentarios de sus esposas luego de mis charlas se enfurecían por lo que decían y por el entusiasmo con el que ellas hablaban. Uno de esos hombres, de los más intensos detractores que tenía allí, unos días antes de irme de España me pidió una consulta y pensé que vendría con alguna idea de vengarse o increparme. Me consagré al Cielo, como hago a diario, y lo recibí de todos modos. Lejos de lo que yo imaginaba, me contó alguno de sus problemas de salud, genéticos, y me pidió que lo ayudara, eso hice...







Me fui de España con un nudo en la garganta, feliz de conocer a personas que sentía conocía de toda mi vida. Brillí, Aurora, Paty y Mane, Analía y Walter y más... Pero, al mismo tiempo, entremezclado estaba el sentimiento de entusiasmo por regresar a León, Guanajuato, México.

Luego de 22hs de viaje, llegué a mi querido Bajío. Allí estaba Nancy esperándome. De allí nos fuimos a Doña Chilaca donde estaba un grupo de personas para darme la bienvenida.



Me sorprendió no encontrar en ese comité de bienvenida a otras personas más que había conocido en el viaje anterior a León. Luego me enteraría de lo que había sucedido.

En mi viaje anterior, el primer viaje a León, yo estaba aún con la idea de que pronto me iría, me “desprendería” y, por eso, cedí mis contactos y la información del taller a una de las personas que me representaba allí en León; quien se encargaba de organizar al grupo, de difundirme. Esa persona siguió organizando el grupo, pero no para mis talleres y charlas, sino para sí misma, como si lo que ella proponía estuviera dentro de lo que yo hacía.

En aquel primer viaje yo no hablé de los Cristales Litios, de hecho, los usaba solo como herramienta de sanación en las terapias, pero no los vendía ni los proponía. Pero las personas me preguntaban “qué era eso que tenía en mi mano”, se referían a la Vara de Melchisedec que siempre tenía en mi mano durante los talleres y que usaba en las terapias de sanación.



Dado el interés de algunos acerca de los Cristales Litios, cuando regresé a Argentina luego del primer viaje a León, decidí contactar a Litios Alemania, la central; y pedirles que me pasaran el contacto de un formador en México para derivarles a las personas de León que querían aprender la técnica de sanación con estos cristales.

Así fue que contacte a alguien de Ciudad de México y le propuse que viajara a León a formar a esas personas. Llegamos a un acuerdo, uno de los puntos centrales era que mi comisión por contactarla con esas personas debía ser materializada en Cristales y no en dinero y que esos cristales debían depositarse en el Centro Holístico ELIXIR para que todos pudieran usarlos en las meditaciones que se dieran allí. Yo no quería dinero para mí, te recuerdo que por entonces seguía con la idea del “desprendimiento”.

Entonces, en este regreso a León luego de España, me encontré con la noticia de que jamás se entregaron esos cristales en ELIXIR y de que el dinero quedó en otras manos y de que se usó con otro fin; quien, precisamente, debía comprar esos cristales y dejarlos en el centro holístico tomó una decisión sin consultarme.

Entiendo que esta persona supuso que jamás regresaría a México y tomó su propia decisión, entonces, cuando supo que regresaría; y como método de defensa, comenzó a atacarme, a hablar muy mal de mí y dado que era la persona a la cual le había cedido mis contactos, pues... me dejó muy mal parado, creó mucha confusión.

Nadie me decía nada en claro; nadie quería verse involucrado en este asunto y preferían tomar distancia. Me di cuenta de esto que relato luego de varios días, uniendo las piezas de un rompecabezas... Me sentí muy decepcionado y luego de un mes de estar en León, en este segundo viaje, decidí regresarme a Buenos Aires, Argentina.

Estaba hospedado en una casa que me había prestado mi queridísima Rocío, a quien por entonces yo le decía “madrina” y ella “ahijado”. Rocío es un actor fundamental en toda mi historia en México. Ya la había conocido en el primer viaje, pero en este regreso, su participación fue fundamental, no solo por prestarme una casa en León donde me hospedé; sino por su apoyo incondicional de siempre, hasta hoy mismo inclusive.

Antes de tomar la decisión de regresarme, hablé con Xochilt Ayala, una de las chicas del primer grupo que no se había apartado de mí, a quien había alentado a que se formara en una técnica que le resonara y comenzara su trabajo para el Cielo. Así lo hizo y teníamos, y tenemos, una muy linda y sana relación de amistad con ella, de mutuo agradecimiento.

Vino Xochilt a verme y le pedí que me ayudara con una decisión, estaba enojado y sabía que no tenía claridad para decidir con sensatez. Entonces ella con sus cartas hizo su trabajo y, el mensaje fue claro “tu familia te está esperando” decía esa carta... ¡Listo! De ahí hacia la oficina de Aeroméxico y de regreso a casa.

Estaba triste, sí, muy triste. En León me sentía “en casa” y de pronto esto, un golpe en la boca del estómago. Como si el fantasma de Argentina me siguiera. Como si esa sombra oscura que vi flotando sobre mí en el suceso del 11 de agosto de 2004, aún estuviera acosándome.

Fue un regreso gris, triste, de desilusión. No tenía a donde ir en Argentina, solamente una persona podría recibirme, era Lorena, la mamá de mi hija más pequeña. Y así fue, me recibió en su casa, gentilmente. Estuve allí un mes aproximadamente, ya sin expectativa alguna de regresar a México. Quedaba el viaje a Colombia, pero, por alguna razón sentía que no iba a darse ese viaje. De hecho, la persona que estaba coordinándolo allí, cada vez que se enfocaba en ello sufría un accidente hasta que un día me llamó diciendo que yendo a comprar los boletos sufrió la fractura de una costilla. Le dije: “déjalo, no insistas, no es el momento”

Ese mes en Argentina, sin viaje a la vista, me enfoqué en seguir escribiendo, tenía confianza profunda en que el Cielo me mostraría el siguiente paso. Y así fue. Nancy se volvió a comunicar conmigo, otra vez con su hijo Mario, ambos me preguntaron que cuándo regresaría; les conté lo que me pasaba, la manera en la que me fui y por qué. Ellos lo sabían, claro. Entonces Nancy, con su entusiasmo y optimismo contagioso me dijo: “vente! Este es tu lugar... León es tu casa...” Y se volvió a encender la llama...

Quiero aclarar que todo el dinero que había recibido del primer viaje a León y del viaje a España y del segundo viaje a León, lo había distribuido entre mis hijos, por entonces, cuando hablé con Nancy, no tenía un centavo. Por ende, no tenía con qué viajar a México.

Pero confié en el Cielo y en ese sentimiento intenso en mi corazón que me impulsaba a regresar a León.

Hablé con Rocío, de quien no pude despedirme antes de mi regreso repentino a Buenos Aires; pues ella vive en Monterrey y eventualmente viajaba a León. La llamé y le expliqué lo que había ocurrido, sentía que le debía una explicación pues había sido muy amable y considerada siempre conmigo. Y se ofreció a ayudarme para regresar, entonces, solo le pedí que me ayudara con el boleto, que ni bien estuviera allí se lo pagaría. Dado que no tenía tarjeta de crédito, no podía comprar un boleto de avión desde Argentina.

Enseguida apareció el recuerdo de mi Maestro Juan. Muchos años atrás, cuando apenas nos estábamos conociendo, un día en la oficina de mi padre en la concesionaria de autos que él tenía y en la que yo trabajaba; Juan vino a visitarnos y en un papelito, Post it, escribió con un bolígrafo: “Yo Soy el poder de evolucionar a través de toda dificultad” me lo dio y me dijo: “me dieron este mensaje para ti, guárdatelo, es tu consigna de vida”. En ese momento no le di mucha trascendencia. Pero en ese año 2015, agosto para ser exacto, recordé ese mensaje y le di sentido.

“Mi vida estará plagada de dificultades” me decía mientras me miraba al espejo, y reía. Y completaba diciendo: “YO SOY el poder de evolucionar a través de toda dificultad” y pronto recuperaba la confianza, la determinación y buscaba la solución a la dificultad que sea y ésta aparecía, así ha sido desde entonces.

Rocío me compró el boleto con su tarjeta. En noviembre 2015 viajé de nuevo a León, esta vez me hospedé en la casa de Nancy, otro gesto de grandeza y hospitalidad de esta maravillosa persona quien ya se ha ganado un lugar especial en mi corazón.

Charlas, meditaciones, terapias... haciendo lo mío, alentado por Nancy y su maravillosa familia, sus hijos y su genial marido, Mario, con quien compartimos un vicio común, ¡los chocolates! ¡Qué linda gente, Dios los bendiga siempre!

Un día Nancy me anticipó que por la noche habría una junta en su casa con gente que me quería proponerme algo. No entendía de qué se trataba, pero yo estaba totalmente consagrado al Cielo y confiaba en mis Guías. Resultó que ese grupo de gente, algunos de los que habían participado en mis talleres, meditaciones, etc. Querían proponerme que me quedara en México a vivir, que me focalizara en México. Que ellos me apoyarían con mis gastos y esas cosas, inclusive con boletos de avión para ir a ver a mis hijos a Argentina y regresar cada determinado tiempo.

Era una propuesta muy tentadora, pero, sentía que significaba un compromiso que me limitaría en algún momento pues, si algo tengo claro es que mi mensaje incomoda, sacude y tarde o temprano tocaré tu herida y no te sentirás muy cómodo y si, además, me estás manteniendo, pues... las cosas se mezclarían y habría conflicto de roles e intereses contrapuestos...

Ya había vivido una experiencia muy triste en León, no quería otro episodio como ese, aunque luego viviría otros más... “yo soy el poder de evolucionar a través de toda dificultad” me repetía esta frase cada vez que me venían con algún chisme: “oye, fulana está diciendo de ti esto y aquello... que eres un arcángel caído, que eres un reptiliano, que abusas de las mujeres en tus sesiones, bla bla bla..” Aprendí a no darle importancia al chisme.

No estaba acostumbrado a que hablaran de mí, al menos no me enteraba. Cuando sales del anonimato te encuentras con una realidad diferente, en la que te enteras tantas cosas de ti que ni tú sabías... jajajaj

Se acercaba diciembre, un mes sensible, de nostalgia, de familia... la decisión de quedarme en León ya estaba tomada, aunque no en el modo que me habían propuesto. Decidí regresar a Argentina, ordenar algunas cosas, despedirme de mis hijos y entonces sí volvería a León a comenzar ya decididamente mi nueva etapa.

Así fue, hablé con mi padre, él rentaba espacios gastronómicos en una plaza de compras en un sitio de veraneo en la playa, Necochea, en el sur de la Provincia de Buenos Aires. Le dije que quería rentarle el restaurante de pastas, para esa temporada enero-febrero 2016. Me respondió que sí y que él me ayudaría. Me dijo: "Entonces te vuelves y te quedas en Argentina", le respondí que no, que eso lo hacía para ganar dinero y dejárselo todo a Lorena, la madre de mi hija Ambar y el resto a mis otros tres hijos con los que tenía muy poca comunicación por la mala relación con su madre.

Hablé con Nancy y con Mario, les compartí mi decisión y me dijeron que en marzo cuando regresara, que contara con su casa para hospedarme. No dejaban de acariciar mi corazón con su hospitalidad. Insisto, ¡qué linda gente!

Regresé a Argentina, me fui a Necochea con mi padre, hicimos el negocio hasta mediados de febrero y el 6 de marzo volé de regreso a León, dejando allí todo el dinero que había ganado.

Pero en ese período, en Argentina, escribí y publiqué mi segundo libro: "33 Reflexiones para el Despertar de la Consciencia". Vine a León con una maleta llena de ejemplares, casi cien. Los vendí a todos en las primeras pláticas que di en el Parque Los Cárcamos y en mis talleres.

Otro dato importante de mi experiencia en Argentina, en esa etapa en Necochea, fue lo sucedido con Martín. Un muchacho que había contratado como cocinero. Tenía un problema, era adicto a la cocaína. A diario consumía esa droga pero, yo no entendía cómo podía costearla. Al final me contó la verdad, él trabajaba para el narco de allí, quien le suministraba dosis diarias que no le cobraba, sino que se las cargaba “a su cuenta” y Martín le pagaba trabajando para él, cumpliendo con los encargos que su patrón le encomendaba y por los cuales ya tenía varias causas penales.

Martín había estado dos veces en la cárcel, por robo, por portación de drogas y armas de fuego. Pero me costaba mucho relacionar eso con la persona que yo veía. Tenía un corazón maravilloso, no podía creer lo que me contaba, Martín sufría sobre todo el hecho de no poder ver a su hijo de 12 años, pues su ex esposa lo mantenía lejos y era totalmente entendible. Martín no me hablaba mal de ella, la entendía, pero sufría por no ser el padre que su hijo necesitaba.

Me sentí tan identificado, me sentí tan cerca de Martín, que me propuse ayudarlo, hacer todo lo posible para rescatarlo de esa situación, tal vez, en el fondo quería rescatarme a mí también.

A diario, mientras él cocinaba y yo hacía otras tareas en el restaurante, hablábamos de la vida, estaba dándole un taller de incógnito jajajaj; me había propuesto ayudarlo. Un día Martín me vio leyendo el libro que acababa de publicar, el mío, y me dijo: “¿Te gusta leer?”, le dije: “no tanto, más me gusta escribir...” y me miró sin entender. Entonces le aclaré la situación: “este libro lo escribí yo...” Abrió los ojos redondos, no sabía si le estaba haciendo una broma o si era en serio. “Si, de verdad” le dije y le mostré la tapa del libro en donde estaba mi nombre.

“¡Le compro uno!” me dijo; y le regalé ese mismo ejemplar que tenía en mis manos. Al cabo de unos días le pregunté cómo iba con la lectura del libro y me respondió: “yo no soy bueno para leer, pero se lo regalé a mi mamá y ahí está leyéndolo, ¡no lo suelta!”

Me fui de Necochea hacia Buenos Aires, desde donde partiría para León, con un sabor agridulce; Martín era una batalla perdida, no pude ayudarlo, lo intenté a diario, intenté convencerlo de que se alejara del narco, de que se escapara lejos, que se fuera con su hijo y la madre de su hijo, que comenzara una nueva vida. Su respuesta era siempre la misma: “jefe, yo le vendí el alma al diablo, mi vida no es mía” y eso me partía el corazón.

Unos meses después, estaba en León ya instalado y me escribió Martín por el Messenger de mi Facebook diciendo: “Hola Nico, me costó encontrarte, pero al fin te ubiqué, me fui de Necochea, dejé todo aquello, estoy viviendo en otro lugar (que aquí no diré por supuesto) estoy limpio... con mi hijo y su madre, trabajo de albañil en una obra, tengo tu libro, ¡GRACIAS HERMANO!”

¡Qué alegría para mi corazón! Qué lindas lágrimas que lloré esa tarde. Habíamos ganado la batalla, otra más.



Mi restaurante de pastas en Necochea, enero de 2016

10ma Parte

La traición

En el año 2009, cuando estaba en pleno crecimiento como agente inmobiliario de pronto me quedé sin producto, había vendido todas las casas de mi inventario. Entonces, una persona con quien nos llevábamos muy bien en cada encuentro de amigos de allí de Escobar; me propuso que ofreciera su servicio de construcción de casas.

Juan Carlos, quien se dedicaba a la construcción y a quién había conocido a través de “el turco”, el hermano de mi amigo “el flaco” Esteban; me propuso esto que te cuento; vender su servicio de construcción, conseguirle a esos clientes un terreno y el proyecto de construcción de su casa.

Así comenzó aquella sociedad en 2010, sin firmar papel alguno, la confianza y cariño que yo tenía hacia mi amigo “el flaco” Esteban, transmitida a su hermano “el turco” y a Juan Carlos quien conocí a través de él; todo eso mantuvo los acuerdos en la palabra. Luego me arrepentiría de ello, pero fue otra de mis lecciones.

Comencé a ofrecer el servicio de construcción de casas a mis clientes y en paralelo la relación con Juan Carlos se hacía más cotidiana y de amistad. Nos hicimos buenos amigos, nos divertíamos mucho juntos.

En 2011, yo estaba focalizado en mi formación en Litios y en Gaiadon Heart, pero no desatendía mi trabajo, el cual consistía en vender los servicios de construcción que realizaría Juan Carlos. Pero, quien daba la cara ante los clientes era yo, en quien confiaban eran en mí.

Juan Carlos tenía varios negocios de construcción, uno de ellos se focalizaba en obras viales, movimiento de suelos, construcción de carreteras, etc. Estaba en un proyecto muy grande con su socio en ese negocio y decidió usar el dinero que mis clientes habían pagado para construir sus casas en aquel otro proyecto. La idea de Juan Carlos era simple, usaba momentáneamente ese dinero, retrasaba un poco las obras de mis clientes y luego lo devolvía, claro, si acaso no lo perdía en el camino.

La cuestión es que yo no sabía de aquel movimiento y cuando me enteré era tarde, el dinero se había perdido. Todos los contratos con mis clientes los había firmado Juan, era él el responsable de la construcción, yo vendía y él construía. Por ello, al enterarme de lo sucedido le informé que daba por terminada nuestra relación comercial, que informaría a mis clientes de ello y así lo hice.

De catorce obras en curso, solo salieron perjudicados por todo aquello uno o dos clientes; Juan Carlos incumplió con la construcción de sus casas, entonces uno de ellos presentó una denuncia por estafa contra la empresa de la cual Juan Carlos era el presidente y en contra de Juan Carlos y contra mí individualmente.

Me enteré de esto en 2012, casi dos años después. Sonó mi celular y atendí, me hablaban de un Juzgado Federal por una denuncia de estafa en mi contra. Por mi espalda corrió un frío sudor.

En esa época tenía en mi grupo de meditación de los martes a un amigo a quien había apoyado con algunos asuntos personales y estaba muy entusiasmado conmigo, muy agradecido. Él conocía muy bien a Juan Carlos y decidió apoyarme cuando se enteró de lo sucedido, puso a sus abogados a mi disposición, sin cobrarme un centavo. Pero no eran especialistas en Derecho Penal sino civil y comercial. De todos modos, eso era mejor que nada.

Uno de los abogados me acompañó al juzgado, debíamos ir a enterarnos formalmente de cuál era la acusación. Así fue, luego de ello, nos reunimos para “preparar una estrategia”. Le dije a Claudio y a Analía, ambos abogados del estudio; que la estrategia sería decir la verdad de lo ocurrido ya que la acusación era falsa.

Juan Carlos, luego de mi alejamiento, dijo a todos los clientes que yo había desaparecido con el dinero de todos ellos y que él pondría su propio dinero para cumplir la obligación que había asumido al firmar los contratos. Cuando leí las declaraciones de Juan Carlos en esa misma causa, todas esas mentiras, tuve que hacer un gran esfuerzo para mantener la calma, sobre todo porque Juan Carlos, en ese momento, era la pareja de mi hermana...

Presentamos la respuesta formal ante el juzgado, la cual era un relato simple de la verdad. Juan Carlos aseguraba que él no había recibido el dinero de ese cliente, el que denunciaba, sino yo y que jamás se lo había entregado a él, y como no teníamos recibos internos que acreditaran el movimiento de ese dinero y que efectivamente él lo había recibido, pues yo no tenía prueba alguna más que mi palabra.

Claudio, el abogado, me insistía en que el mundo del derecho no es el mundo real y que con decir la verdad no se ganan los juicios. Le expliqué que no se trataba de ganar el juicio, sino de mantenerme en la verdad, esa era mi única armadura y no solo en ese tema, en la vida.

A los veinte días aproximadamente me llamó Analía, la otra abogada y me dijo: “Nicolás, ¿estás sentado?”, no entendía qué me quería decir, le dije “No” y me dijo: “entonces sentate porque no tengo una buena noticia para vos... quedaste imputado en la causa por estafa... ya que como te advertimos no presentaste prueba de tus dichos”.

Mis dichos eran la verdad, era el relato de lo que había ocurrido, no era tan difícil de entender. Resulta que el día del acuerdo con aquel cliente, fuimos Juan Carlos y yo a la oficina de Nestor, el denunciante, quien no tenía en su poder el dinero sino en la caja de seguridad del banco que estaba justo debajo de su edificio. Entonces Nestor y Juan Carlos firmaron el contrato, yo tomé ambas copias y fuimos hasta la caja de seguridad, allí entraron Nestor y Juan Carlos, este último recibió el dinero y me hizo una seña afirmativa, entonces entregué su copia del contrato a Nestor y allí terminó todo. Pero no tenía pruebas de aquello y Juan Carlos en su respuesta formal decía que él no había ido ese día, que jamás había recibido el dinero y que no conocía a Nestor.

Luego de la noticia de Analía, quedé consternado, no podía creer lo que estaba ocurriendo. Todas mis certezas de pronto tambaleaban... Volvimos a hablar con los abogados y Claudio me dijo: “Nicolás, esto es serio, no tienes una sola prueba para comprobar lo que dices, ya estás imputado en una causa por estafa eso te mancha para toda la vida, vas a juicio...” Yo seguía pensando que no podía

ser real lo que me estaba ocurriendo. En un momento vino la frase a mi mente, de nuevo: “YO SOY el poder de evolucionar a través de toda dificultad”... pero nada pasaba... no aparecían ideas, soluciones, alternativas.

Claudio me dijo: “Nicolás, mi sugerencia es que te busques un estudio jurídico especialista en causas penales” Le dije que no tenía el dinero para costear eso, pero que de todos modos insistiría con lo mismo, la verdad. Entonces Claudio y Analía tuvieron un breve diálogo que no alcancé a entender; Claudio regresó a la charla conmigo y me dijo: “Mira, tenemos una última instancia, podemos presentar una respuesta a la respuesta del Juez, pero si presentamos lo mismo, será el mismo resultado” De pronto se encendió algo en mí y le dije SI, presentemos la misma versión, la verdad. Entonces Claudio hizo una exclamación de resignación, como dando por perdido el caso y así quedó.

Quince días después de eso, me llamó Analía y me dijo: “Nicolás, ¿estás sentado?... pero esta vez su voz sonaba diferente... Mirá, no sé quién te ayuda de arriba, pero quedaste absuelto totalmente de la causa...” La alegría me embargó el alma, lloraba y reía a la vez. Le pregunté qué había pasado, si era usual ese tipo de revés en una causa así. Me dijo que no era usual hacer lo que yo hice, decir la verdad sin pruebas, pero que el hecho que hizo cambiar de opinión al Juez fue una prueba que presento Nestor, el denunciante; era un video de la cámara de seguridad del banco, donde estaba la caja de seguridad, en el cual aparecía toda la escena como yo la había relatado, Juan Carlos recibiendo el dinero directamente de Nestor.

La verdad había ganado... había pasado una gran prueba. Sí, dudé.. claro que sí, soy humano, pero mis dudas y mis miedos no me hicieron cambiar mi postura, no me desdije, seguí firme en mi decisión de decir la verdad, con las piernas temblando, pero allí permanecí y, realmente, me sentí muy orgulloso de mí mismo, sentí que merecía el Cielo... pero no iba a ser tan fácil.

El Juez me absolvió, Juan Carlos quedó imputado. A continuación, se encargó de decir a todo el mundo que yo había comprado al Juez, que por mi culpa él estaba siendo imputado injustamente en una causa de estafa. Te recuerdo que Juan Carlos era la pareja de mi hermana, con quien tenían una hija, cenaban con

mi familia, mis padres, vivían en el mismo barrio cerrado (clúster) en el que vivían mis hijos con su madre, Débora.

Débora se hizo amiga de Juan Carlos y ambos amplificaban los rumores en mi contra, Débora encontraba en ello “la prueba de que ella tenía razón” de que yo era el demonio que ella había dicho que era. Juan Carlos se justificaba ante la sociedad de un pueblo como era Belén de Escobar echándome culpas a mí y yo era el raro, el mesiánico, el sospechoso ideal... todos creían sus dichos por supuesto.

Legalmente quedé absuelto, pero socialmente me condenaron entre Juan Carlos y Débora; no solo eran rumores, chismes, Débora estaba tan empeñada en destruirme que se contactó con la dueña de la casa que yo rentaba en ese momento para informarle de estos rumores, para “prevenirla” de un estafador... La dueña de la casa creyó en Débora y decidió entrar a la casa mientras yo no estaba y cerró todas las puertas con llaves nuevas, me dejó afuera y adentro quedaron la mitad de mis cosas, las que jamás recuperé.

Me sugirieron hacerle una demanda, pues lo que hizo esa mujer era totalmente ilegal. Pero, francamente, sentí que si lo hacía ganaban ellos no la demanda, sino que lograban lo que en realidad querían: distraerme, enfadarme, llevarme a su juego... Allí fue cuando me fui a vivir a la casa de Lorena, quien estaba ya, en ese momento, embarazada de mi cuarta hija, Ambar.



11ma Parte

Sanando mis heridas con mamá.

Llegué a León, Guanajuato, México; el miércoles 9 de marzo de 2016, ya con la idea de establecerme aquí. Me hospedé, una vez más, en la casa de Nancy y su familia, en Cumbres del Campestre.

Maru, una terapeuta muy profesional en lo suyo, en constelaciones familiares, con quien teníamos una linda amistad, acababa de abrir un Centro Holístico en San Jerónimo, León. Me invitó a dar mis terapias y talleres allí, y claro, con gusto acepté. Apenas dos días después de haber llegado a León estaba dando mi primer taller en el Centro Ciru-hua.

Comenzó a formarse un nuevo grupo, gente nueva que recibía mis enseñanzas con gratitud, sorpresa y curiosidad. Conocí allí a quien sería mi siguiente compañera de camino, y mi próxima sanación; Virginia del Rocío (Vicky). Y esto, lejos de lo que imaginaba, incomodó a varios. Es que, de algún modo, ellos me veían como alguien no humano pues, cuando advirtieron que tenía una compañera, una novia, algunos lo tomaron a mal, no encajaba en la idea que tenían acerca de cómo debía ser su Guía.

Otra vez... “YO SOY el poder de evolucionar a través de toda dificultad”

No tengo dudas acerca de que mi relación con México no comenzó en esta vida y, ni bien me radiqué aquí, el pasado vino a cobrarme algunas facturas pendientes, eso que llamamos: karma. Acepté pagarlas, por supuesto. Pero esto, solo yo lo entendía, y ante los ojos de los demás seguramente era una superficialidad, una cuestión carnal y, aunque si así hubiera sido, ¿Cuál era el problema? ¿qué les hizo pensar que un Guía en un cuerpo humano no es humano?

La relación con Vicky me fue “regresando a la Tierra” cada vez más, tal cual me decían algunas personas de mi entorno, me veían cada vez “más humano”. Lo que ellos no entendían era que en realidad lo que me estaba “terrenalizando” no era esa mujer sino el hecho de que ya no estaba “listo para el desprendimiento” sino

totalmente con los pies sobre la tierra y focalizado en difundir mi mensaje, La Palabra.

Mi respuesta a aquel planteo fue la siguiente: “ustedes no están en mis zapatos, no saben cómo y dónde me duele “ser Nicolás”, así que no me juzguen por mis defectos, tomen el fruto que les comparto y dejen que viva mi vida como puedo y como quiero.” No les gustó mi respuesta, no les gustaba que les dijera eso, entonces, en una ocasión en la cual me exhortaron los más cercanos a mí, les dije: “ninguno de ustedes me ha preguntado jamás cómo me siento por estar lejos de mis hijos, por no ver crecer a mi hija pequeña, a mi único hijo varón por no acompañarlo...pero se molestan porque estoy con una mujer sin ver que tal vez es lo que necesito o lo que debo experimentar...”

Fue aquel otro sacudón que desarmó a aquel grupo, otro que se disgregaba, que no pasaba la prueba. Y otra vez afirmaba: “YO SOY el poder de evolucionar a través de toda dificultad” y seguía mi andar.

La relación con Vicky no fue nada fácil, nada sencilla, sin dudas estaba pagando viejas cuentas con México, con la vida. Es que nadie escapa de sus cuentas pendientes. Ella encarnaba la personalidad de mi madre, de la parte negativa de mi madre; y de mi exesposa Débora, como si la vida me dijera: “Oye cabrón, no has resuelto este tema, crees que te escaparás de este asunto, aquí lo tienes, aprende, supéralo y serás libre...”

La relación con Vicky fue pura enseñanza y pago de cuentas, por supuesto que con momentos alegres; pero siempre intensa y al borde del abismo. Era un tema que no podía dejar inconcluso, debía superarlo para cerrar esa etapa definitivamente. Sabía que era mucho más que una relación de pareja lo que allí estaba en juego.

Mientras tanto seguía dando charlas y talleres de un día o dos como mucho. Terapias individuales con los Cristales Litios y algún que otro viaje a Siete Luminarias, Cerro Culiacán...

A través de Vicky pude entender a mi madre, conforme me enteraba del pasado de mi novia mexicana, las similitudes con mi madre aumentaban y ello me permitía comprenderla. Un día sentí que ya estaba listo para perdonar y le dije a Vicky: “debo viajar a Argentina, necesito pedirle perdón a mi madre” Su respuesta fue: “¿entonces terminamos?” no supe qué decirle, sabía que volvería a México, pero no sabía con qué sentimientos regresaría.

Me fui de México en junio del 2016, con idea de regresar un mes después. Llegué a la casa de mi padre, él vivía solo allí. Estuve unos veinte días conviviendo con mi padre, ambos solos. Aproveché para pedirle perdón por todo lo que quería que me perdonara y por lo que debiera perdonarme. Fue una experiencia maravillosa, él pidiéndome perdón por el padre que había sido y yo pidiéndole perdón por el hijo que no había sido... casi nos peleamos de nuevo discutiendo a ver quién había sido peor, si yo como hijo o él como padre... jajajaja qué lindo momento.

Luego, fui por mi madre, la fui a buscar, fuimos a tomar algo, como novios en una cita. No se esperaba lo que vendría. Le pedí perdón, no solo por lo que tuvo que vivir a partir de que se hizo madre tan joven sino por todo lo que la vida le había hecho, por no haberla comprendido, por no haberla querido como ella necesitaba, por haber estado tantos años enojado con ella. Entendí que me lastimó desde sus heridas, que obviamente ella sufría más que yo los golpes que me daba y las humillaciones que me hacía, pues ella me lo decía luego, llorando: “perdón hijo, no quise hacerlo, me duele más a mi te lo juro...” y yo, sobrado de rabia la rechazaba.



Con mi padre.

Fueron días de sanación, de perdón, de alivio. Y esto fue gracias a Vicky quien, sin proponérselo, sin imaginarlo vino a esto a mi vida, a mostrarme heridas aún no resueltas. Como pareja fuimos un desastre el uno con el otro, desde un punto de vista superficial y humano; pero fuimos lo que cada uno necesitaba del otro para ver y sanar lo que teníamos pendiente. Espero que Vicky pueda decir lo mismo hoy, lo deseo con todo mi corazón.

Estando allí en casa de mi padre, me puse a escribir el tercer libro, “El Camino hacia la Plenitud del Ser” el cual terminaría en diciembre, de nuevo en Argentina; y que publicaría allí mismo. Pero antes de regresar a México, en junio de 2016, estando aún en casa de mi padre, Vicky me escribió y me dijo: “Compro un boleto y me voy para Argentina, ¿tienes donde hospedarme?” Y así fue, viajó, y conoció Argentina.

Regresamos a México, seguimos la rutina, yo dando mis talleres de uno o dos días, terapias, charlas, meditaciones en Cárcamos los domingos. Así hasta diciembre que decidí ir a pasar navidad y fin de año con mis padres e hijos.

Vicky decidió acompañarme y, aunque no estábamos muy bien en la relación, me pareció justo. Mi sentimiento era de gratitud por lo que había producido ella en la relación con mi madre. Sin embargo, los cortocircuitos iban aumentando y la relación con Vicky se hacía cada vez más áspera.

De todos modos, viajamos juntos a Argentina, pasamos allí 3 meses, desde diciembre hasta marzo. En ese período terminé de escribir el tercer libro y lo publiqué en mi país pero me traje casi cien ejemplares a México.

Lo más sobresaliente de esos tres meses en Argentina fue darme cuenta de que no funcionaba el esquema de talleres de un día o dos, era necesario un nivel mayor de compromiso y regularidad para conseguir verdaderos cambios, para que el conocimiento que estaba compartiendo no solo llegara a los oídos de las personas, sino que se hiciera realidad en sus vidas.

La noche del 31 de enero, eran ya las 2:00hs AM de la madrugada; sobre la casa de mi tío Enzo, donde estábamos hospedados, apareció una nave, sí, no era una luz en el cielo, era un platillo volador con una luz verde que giraba marcando el contorno redondo de aquel aparato. El cielo estaba nublado, con pequeñas nubes que dejaban espacios entre una y otra. Esta nave se estacionaba sobre las nubes tiñéndolas del mismo verde de la luz que giraba en su contorno. Pensé que todo Buenos Aires hablaría de aquello al otro día. Sin embargo, no fue así.

La primera vez que vi esa nave estaba acostado y pude divisarla a través de la ventana sobre la cabecera de mi cama. Enseguida desapareció elevándose hacia arriba en vertical. Por alguna razón supe que regresaría y me vestí para ir al patio desde donde la vería mejor. Y así fue, segundos después de salir del dormitorio, volvió a estacionarse sobre las nubes, su luz giraba lenta marcando el contorno y allí estaba, otra vez sobre nosotros. Volvió a desaparecer y a aparecer tres veces más moviéndose en vertical. Hasta que el cielo se quedó sin nubes y ya no apareció de nuevo.

Siempre están allí, aquí, conmigo, con nosotros... pero no siempre se dejan ver. Aquella vez querían darnos una señal, evidentemente. Asocié aquel suceso con lo que estaba gestando en aquel momento, la Escuela de Servidores del Plan Mayor. Un nuevo esquema para compartir y difundir la sabiduría que a través mío entra en este espacio-tiempo.

Esos días recordé las Escuelas de Egipto, posteriores a las de Atlántida, a donde se retiraron “los del UNO”, los Maestros y Sacerdotes Atlantes; allí había tres niveles de enseñanza, era un sacerdocio; es decir, consagrabas tu vida a la iluminación. Estuve en esas Escuelas, fui Maestro allí. Esto lo recordé en el suceso del 11 de agosto de 2004.

Así surgió la Escuela de Servidores del Plan Mayor (ESPM) la cual consiste en un Seminario de 2 años, que actualmente sigo impartiendo, cursos cortos complementarios de temas específicos y formación en la Técnica de Sanación (Gestión de las energías) con los Cristales Litios.

Regresé a México en marzo de 2017 con esta idea y muy entusiasmado, enseguida anuncié el inicio del Seminario. Además, quería incorporar a otras personas que había conocido allí. Una de ellas es Fernando.

Fernando es Curandero Maya Tzotzil, nos conocimos en abril de 2016, cuando yo estaba hospedado en la casa de Nancy. Fernando estaba dando un taller de “Tambor Maya” en León y Nancy asistió a ese taller. Un fin de semana ella me contó de su experiencia en el taller y de Fernando, a quien le habló de mí y aquel dijo que quería conocerme.

El lunes siguiente teníamos planeado ir a Cóporo, una zona arqueológica Chichimeca a una hora de León, en Ocampo. Nancy me preguntó si podía invitar a Fernando y por supuesto que sí, le respondí. Ese lunes por la mañana nos conocimos Fernando y yo, en la casa de Nancy, antes de salir con rumbo a Ocampo.

Fue como reencontrarme con un amigo de toda la vida. Los dos nos reímos mucho al vernos. Él, chaparrito de 1,5 m de estatura y yo, 1,9 m, sin embargo, Fernando tiene el corazón de un gigante. Fue “amistad a primera vista” jajaja Fuimos a Cóporo y realizamos una ceremonia juntos maravillosa. Allí comenzó una bonita amistad.

Regresando a marzo de 2017, estando en León, organizando el lanzamiento de la ESPM, “casualmente” Fernando estaba en León, de visita, él vivía en Chiapas, en San Cristóbal de las Casas. Le comenté de mi idea y accedió a formar parte,

eventualmente claro, no como alguien estable y cotidiano. Fernando viajaba mucho, había vivido en Canadá con la comunidad Crees; donde aprendió muchas cosas de su filosofía, vivió en Francia, donde reside actualmente, actuó en dos películas, una de ellas es “Apocalypto”, de Mel Gibson donde Fernando hace del curandero Maya que quita los corazones para el sacrificio.



Fernando en Apocalypto



Fernando en la vida real.

En ese mismo mes, marzo de 2017, convoqué a una charla de lanzamiento de la Escuela de Servidores del Plan Mayor y vinieron unas treinta personas. Mi expectativa era iniciar el Seminario “Descodificación del Mecanismo Humano y la Naturaleza del Ser” con al menos 3 personas. Pues bien, se inscribieron 15 personas en el primer llamado.

Estaba muy entusiasmado, pero a la vez, era toda una prueba. Me puse a editar el contenido de cada clase, más de mil páginas. Fue un trabajo duro, pero muy estimulante. Y conforme daba los temas en las clases, semanales, 4 horas por clase; la energía se movía, las personas se conmovían... ¡funcionaba! Tal cual fue en Egipto, salvando las distancias, por supuesto.



Sitio en el que comencé a dar el Seminario.

El 2017 fue un año increíble, de inicios, de novedades, de mucho crecimiento y revolución interna en mí y en muchos más. El Seminario estaba conmoviendo no solo a los que lo hacían, sino a mí también. Recuerdos antiguos, de viejas épocas emergían y me conmovían.

En abril de 2017 organizamos con Fernando un retiro en Toniná, la pirámide y ciudad Maya más grande descubierta hasta ahora. Esa zona arqueológica está en medio de un área en conflicto por lo cual prácticamente nadie lo visita. Comunidades Mayas son los que ejercen la administración del lugar.

Cuando convoqué a la gente de León, de mi grupo, a que fuéramos a Toniná, muchos me decían “no, es muy peligroso, nos van a secuestrar...” Entonces hablé con Fernando quien estaba en su casa en Chiapas y lo puse al tanto de la situación. Me dijo que sí, que era cierto todo eso pero que con su presencia nada de eso nos ocurriría. Para mí su respuesta fue suficiente garantía de seguridad.

De todos modos, antes de ir a ese viaje, hicimos varias meditaciones para limpiar toda deuda con la comunidad Maya, con ese lugar en particular, con México. En una de esas meditaciones, una de las personas, de las más sensibles, se quebró en llanto luego de la meditación y me dijo: “te están esperando, te quieren sacrificar...” Al principio me preocupé, pero, enseguida recordé: “YO SOY el poder de evolucionar a través de toda dificultad” y le respondí, pues, mi vida no es mía sino de quien me la dio, si tienen más poder que quien me hace despertar cada mañana, entonces, no tengo nada que hacer al respecto.

Fuimos a Chiapas, ¡una experiencia maravillosa e inolvidable! Pero no todo fue color de rosas...

Viajamos en avión hasta Tuxtla Gutiérrez, cerca de San Cristóbal de las Casas. Allí comimos esperando al segundo grupo que viajaba en otro avión. De pronto el mesero nos avisa que los maestros, en protesta, iban a cerrar el acceso a la ciudad y que ello podía retenernos más de un día. Les dije a todos “vámonos”.



Comiendo en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas

Algunos querían conocer Tuxtla, turistar... lo cual me molestó... les recordé que no vinimos a eso. Arriándolos como a niños, así nos fuimos de Tuxtla hasta un lugar en la carretera donde esperaríamos al otro grupo. Y así fue. Desde allí todos, unos quince, nos fuimos a San Cristóbal de las Casas, pero en un ambiente de cierta tensión.



San Cristóbal de las Casas, Chiapas, México, abril 2017.

Llegamos al hotel y descansamos, al otro día, temprano iríamos a Toniná, a 2hs en auto. Cenamos con Fernando, nos dio la bienvenida y todo marchaba bien. Fuimos a dormir sin más que reportar.

Al otro día partimos con rumbo a Toniná. Llegamos cerca del mediodía, nos detuvimos a almorzar en un sitio que no recuerdo su nombre, muy regional. Cuando entramos a la zona arqueológica Tonina, la pirámide de 75 metros de altura, se imponía majestuosa. Mi corazón se salía de mi pecho, en un momento me asusté, sentí muy intensa la energía conforme me acercaba.

Fernando caminaba delante nuestro hasta que llegamos al control de acceso, atendido por unos jóvenes de la comunidad Maya, quienes al verlo a Fernando demostraron respeto hacia él. Nos acompañaron todo el tiempo, no había nadie

más, no había turistas, ni policía, solo esos muchachos Maya y nosotros. El trato fue extraordinario, su respeto hacia Fernando era evidente y hacia nosotros por carácter transitivo, claro.

Mi corazón recuperó la calma, supe que tenía historia con ese lugar, no iba allí de casualidad. Había temas pendientes seguramente. Pero enseguida me enfoqué en la ceremonia que hicimos, la cual inició Fernando con su tambor Maya y luego continué yo con un mensaje que canalicé allí mismo.



Fernando, yo y Mario (hijo de Nancy) antes del viaje a Chiapas.



Fernando iniciando la ceremonia en la pirámide Tonina, abril 2017. Junto a él, uno de los muchachos de la comunidad Maya que custodia el lugar.



Zona arqueológica Toniná, Chiapas, México.

Pero lo más intenso no fue lo que experimentamos en aquella ceremonia sino lo que sucedió la noche de ese día, de regreso en el hotel, en San Cristóbal de las Casas. Pero antes, no quiero dejar pasar una anécdota que se dio en el transcurso de la visita a Toniná. Cuando terminamos la ceremonia, cada uno pudo tomarse una pausa y hacer lo que tuviera ganas; hacía mucho calor, entonces unos se fueron a la sombra, otros a la cúspide de la pirámide y yo me quedé platicando con uno de los muchachos de la comunidad Maya que cuidaba el sitio.

Hablando con él comenzaron a venirme recuerdos del pasado... El muchacho me invitó a recorrer el lugar y me iba contando de qué trataba cada edificio, cada construcción. Cuando llegamos al laberinto, le pregunté cuál era el sentido de él, de un laberinto junto a la pirámide. No supo qué decirme y allí vino la información, entonces comencé a canalizar.

“El laberinto se usaba para comprobar el miedo, para soltarlo, antes de la ceremonia del sacrificio, Aquí, los jaguares, se perdían en la oscuridad (era un laberinto oscuro, a ciegas) y no les era fácil hallar la salida. Mientras ellos caminaban a ciegas, escuchaban el canto del Ilol (sacerdote Maya) el cual los inspiraba, los envalentonaba.

De aquí, los que salían del laberinto por la puerta correcta, pues eran tres puertas o salidas, iban a la siguiente experiencia, la cancha de juego de pelota. Allí el que convertía el “gol” ganaba el derecho a ser sacrificado y pasar a la otra vida. Imagínate, un juego tan difícil como esa y, además, saber que si conviertes te cortarán la cabeza, tienes que tener ausencia total de miedo a la muerte. Por eso antes, pasas por el laberinto. Luego, en la pirámide trunca, una mujer los esperaba con un disco afilado con el cual cortaban su cabeza. Y, ¿Por qué una mujer y no un hombre? Pues, porque era el femenino quien reclamaba lo suyo, el cuerpo. La Tierra, Madre Tierra, es el femenino, es el cuerpo que rige los cuerpos, así como el cuerpo de mamá nos da un cuerpo.”

El muchacho me miraba sorprendido, pensó que era arqueólogo o historiador, pero no, le dije que lo estaba recordando y se sonrió, pensó que tal vez le estaba haciendo un chiste.

La noche en el hotel fue tremenda. Nos fuimos a dormir sin problema, cansados todos por supuesto por el sol, el viaje de ida y vuelta a Toniná, etc. Pero durante la noche tuve una pesadilla, me sentí rodeado de seres de muy mala vibración, los cuales me “invitaban” a que me fuera de allí, o allí me quedaría... Desperté de la pesadilla y para mi sorpresa, la pesadilla seguía, esos seres estaban allí, a mi alrededor. Acepté la invitación de irme “para salvar mi vida”, me senté en la cama, busqué mis calcetines para comenzar a vestirme y mientras me colocaba el primero me di cuenta de que no tenía a donde ir, estaba hospedado en la casa de Nancy en León y Nancy y su hijo Mario estaba allí conmigo, en ese hotel... Entonces, me quité ese calcetín, regresé las piernas debajo de la sábana y tomé mi vara de Melchisedec y comencé “la lucha”. No era en contra de nadie sino invocando la Luz y cortando todo ligamento con esas entidades que pudiera darles derecho sobre mí.

En esa habitación estábamos durmiendo cinco hombres, en la cama en la que yo estaba, una cama matrimonial, estaba junto a mí Jaime, quien se despertó al percibir lo sucedido y, según me dije al otro día, vio “viejitos” muy chaparritos con pelo canoso y muy largo que les cubría el rostro alrededor nuestro. Inmediatamente se cubrió con la manta y procuró recuperar el sueño. Reíamos al otro día cuando me contaba su experiencia “el pedo era contigo no conmigo así que yo me desligué del drama...” me decía.

Sí, al otro día me reía del hecho, pero los minutos en que estuve sintonizando la Luz, llamando a mis Guías, pidiendo ¡¡¡ayuda!!! Me sentí realmente acosado, amenazado y acorralado. Fue muy feo realmente. Lo que aquella mujer en la meditación anterior al viaje había visto, se estaba materializando. Evidentemente había dejado algunas cuentas pendientes allí.

Sin embargo, luego comprendí lo que había ocurrido. En la ceremonia que llevamos a cabo con Fernando en la pirámide de Toniná, me enfoqué en limpiar la magia negro que rodeaba a ese lugar, y eso, evidentemente molestó a algunas entidades. Aquellas comunidades, “juegan” mucho con estos temas y hacen rituales y manipulaciones que son, en realidad magia negra, desordenan le “campo

cuántico” así como quienes arrojan plástico y residuos químicos al mar y a los ríos y alteran el equilibrio natural, así mismo sucede con el equilibrio energético y así como en esos mares y ríos surgen formas de vida alteradas, del mismo modo, un campo energético interferido altera las formas de vida que allí existían.

Estas entidades se sintieron “atacadas” por mí, desafiadas y sí, eso mismo había ocurrido solo que no era YO quien las desafiaba sino el mismo Orden Natural que canalicé y que invoqué a través mío. Esto mismo me sucedió en otros sitios de aquí de México donde también había mucha manipulación de la energía, Cóporo, Cañada de la Virgen y otros más.

Cuando le conté esto a Fernando, simplemente rio... como si no fuera la primera vez que alguien le contaba algo así de ese lugar.

Ese día, el día siguiente al de Toniná, fuimos a otra ceremonia organizada por Fernando con uno de los pocos Iloil que quedaban vivos. Allí vivimos una experiencia de sanación intensa.



Mientras el IloI realizaba su tarea sobre mí (foto anterior) se me acalabró la pierna derecha pero, no quise distraerlo así que aguanté y enseguida se soltó solito el calambre. Algo había tocado ese anciano en mí, algo se estaba acomodando. Pero lo que no se acomodaba era la tensión en el grupo.

Al otro día, la mitad del grupo expresaba incomodidad, disconformidad hacia mí, el grupo estaba dividido en dos, unos en rechazo, en disconformidad y otros tratando de bajarle al tema. Tanto fue así que la mañana antes de irnos de Chiapas, habíamos quedado en desayunar para despedirnos de Fernando y la mitad del grupo no asistió... fue un desaire que me molestó mucho y a Fernando también, pero no le dio trascendencia.

Fuimos al aeropuerto en un clima de alta tensión. Yo, simplemente trataba de no entrar en la provocación pues entendía que aquellas entidades que me visitaron por la noche no habían podido conmigo directamente y lo estaba intentando de un modo indirecto, a través de aquellas personas. Por ello, me propuse no responder a las provocaciones, actué con indiferencia y en silencio.

Despegó el avión desde Tuxtla con rumbo a Ciudad de México, allí teníamos la conexión CDMX-León. El tiempo de vuelo desde Tuxtla a CDMX era de poco más de 1 hora. Pero, luego de 50 minutos de vuelo, el comandante de la nave informa que por problemas de clima debía desviarse a Veracruz, allí descendimos y esperamos 3 horas. La tensión en el grupo aumentaba... Entonces, convoqué a algunos, los más receptivos y les sugerí que hiciéramos una sanación para armonizar el tema, si no, no llegaríamos a León...

Así fue, hicimos una meditación en el aeropuerto de Veracruz y enseguida los altoparlantes llamaron a embarcar. Despegamos hacia CDMX, felices de por fin retomar el regreso. Cuando el tiempo de vuelo para llegar al destino se había cumplido, comenzamos a mirarnos entre todos los pasajeros, el avión volaba en círculos sobre CDMX, muy alto.

Comenzaron las especulaciones, “seguro el Popo está en erupción...” “tormenta eléctrica” “problemas gremiales” El comandante, una vez más nos informó que debía desviarse, esta vez hacia el aeropuerto de Acapulco. Allí estuvimos poco más de una hora esperando, pero sin descender del avión...



En el avión detenido en el aeropuerto de Acapulco, abril de 2017.

Al fin despegamos hacia el aeropuerto Benito Juárez de la CDMX, esta vez sí pudimos aterrizar solo que eran ya más de las 12 de la noche y ya no teníamos vuelos para León, sino hasta las 06:00hs AM. Nos quedamos en el aeropuerto durmiendo como podíamos, en el suelo, en sillones...

Hicimos una ronda allí mismo, nos tomamos de la mano, soltamos cada uno sus quejas y tensiones, lloraron algunos, nos abrazamos todos, nos agradecemos la experiencia y, ¡bingo! Nos interrumpió el altavoz llamándonos a abordar un nuevo avión en otra puerta. Por fin, luego de 24hs, llegamos a León sanos y salvos y con una gran lección aprendida.

Los días siguientes varios experimentaron diarreas, descomposturas de todo tipo, el mismo Fernando estuvo cuatro días en cama luego de aquella experiencia y yo tuve una diarrea con infección que tardé ocho días en sanar. Habíamos movido muchas cosas... ¡todo para bien!

12da Parte

El último adiós.

El proceso de sanación estaba terminando. Mis guías estaban allí, estuvieron allí todo el tiempo, observando este proceso preparatorio para dar a mi vida el sentido y misión por el cual encarné. Pero antes de ello, antes de enfocarme en el objetivo principal, debía sanar muchas cosas, no solo las que correspondían a esta vida sino muchas más que tenían origen en un pasado remoto.

Todo lo que tuve que vivir, inclusive desde el parto complicado en el que nací, ahogado, casi sin aire; todo ello era parte de un proceso que debía superar para “ganarme la condición”, el derecho de Ser.

Jamás estuve solo, ni desamparado; a pesar de que muchas veces así me sentí. Mis Guías respetaron el libre albedrío, eso es Ley Universal. Me dejaron equivocarme, experimentar, pero siempre estuvieron y están para darme una señal y mostrarme la salida, para mostrarme el modo de ordenar el desorden. Pero no había terminado aún el proceso de sanación, de “desprendimiento” del pasado; quedaba una instancia más.

Desde aquel miércoles 11 de agosto de 2004 tenía una espina clavada en el corazón, mis hijos eran un problema sin solución, eran mi cruz. En el año 2018 ya había sanado las heridas con mamá, con papá; pero faltaban las heridas más recientes, las que tenía con mis hijos, por no estar junto a ellos, por sentirme excluido de la vida de mis tres primeros hijos. Débora me odiaba, me odia, es algo que excede lo terrenal y humano; en su odio y desprecio a lo que soy y represento, quiso desaparecerme de su vida y, para ello, tenía que eliminarme de la vida de mis hijos, de lo contrario estaría vinculada a mí a través de ellos. Y lo logró.

Pero yo tenía que darme cuenta de ello y aprender a respetar el libre albedrío de mis hijos, así como mis Guías respetaron mi libre albedrío y me dejaron experimentar, equivocarme, desobedecer a mi Maestro. Pero tuve que pagar las consecuencias de mi curiosidad y desobediencia, claro.

En 2018 estaba dictando el Seminario “Descodificación del Mecanismo Humano y la Naturaleza del Ser” en varios grupos. Uno de esos grupos estaba formado por argentinos que lo tomaban On Line pues yo estaba radicado ya en León, Guanajuato, México.

Uno de los alumnos de ese grupo había comprado un terreno en Punta del Este, Uruguay, en el cual desarrollaría un proyecto inmobiliario de gran envergadura. Pero él no tenía experiencia en ese tipo de negocios y sabía que yo sí.

En otro momento, previo al de esa conversación en la que Santiago me comentó de su inversión en Uruguay; habíamos hablado acerca de que él quería alcanzar un estado de paz como el que veía en mí, estar así “sin problema alguno”. En esa ocasión le respondí que yo tenía tantos problemas como cualquiera y que esa paz que él percibía no significaba la ausencia de problemas... sino consciencia y autosuperación.

Entonces él, me replicó diciendo: “Nico, ¿qué problemas podés tener vos?” le dije: “Mis hijos, vivo a 8,000 Km de donde ellos están creciendo y no puedo verlos, olerlos, escucharlos. Es un problema que no tiene solución y así lo acepto.” Él no dijo nada, respondió con silencio y allí quedó la cosa.

Cuando me estaba contando de su inversión en el terreno, en Punta del Este, esperando la sugerencia de alguien que había tenido experiencia en ese tipo de negocios, además de mí “intuición holística”; surgió la idea de que ambos nos ayudáramos mutuamente. Yo podía ayudarlo a él aportando mi experiencia, la que él no tenía en ese negocio y él podía ayudarme acercándome a mis hijos pues, Uruguay está a solo 2hs de Buenos Aires y los tendría muy cerca.

Además, me dijo: “aquí, en Uruguay, podrías seguir dando tus cursos y talleres on line, no habría problema con eso”. Le pedí unos días para meditarlo, para que ambos lo meditáramos. Lo pensé y cuanto más lo pensaba más me entusiasmaba la idea de estar cerca de mis hijos, sin dejar de hacer lo que estaba

haciendo y, además, con otra actividad que me daría dinero extra para aportar a mis cuatro hijos. Todo cerraba, ¡era un plan perfecto! Bueno, así parecía...

Viajé a Buenos Aires, Argentina, en noviembre de 2018, estuve allí unos días y desde allí viajamos juntos, Santiago y yo a Punta del Este, Uruguay a comenzar el proyecto inmobiliario. Fue una experiencia muy interesante, Punta del Este es un lugar bellísimo y muy cercano a mi país.

Todo el 2019 estuve enfocado en organizar la empresa constructora y apoyar al equipo en la construcción de los casi doscientos departamentos que formaban parte del proyecto. Al mismo tiempo seguía dando mis cursos on line por la tarde. Pero, lo que parecía posible se fue convirtiendo en imposible. Cumplir los dos roles se me estaba haciendo muy difícil, no podía enfocarme en ambas cosas. Para dar mis cursos debía estar en sintonía y conexión, la cual perdía cuando me conectaba con los temas de la empresa constructora, de la obra, etc. Al final, y honrando mi compromiso con Santiago, me enfoqué totalmente en el tema por el cual estaba allí.

Sí, fue algo similar a lo que había ocurrido en 2003 cuando luego del suceso en San Nicolás, debido al empleo de Gerente General que había conseguido, olvidé todo lo demás, dejé de rezar, de “mirar Orión” y todo eso... Pero esta vez, en Uruguay, no fue tanta la desconexión, por suerte reaccioné antes de que fuera peor.

A mediados de 2019, aún no había incorporado a todo el personal que necesitábamos en la empresa constructora. Cientos de entrevistas y no dábamos con los perfiles que necesitábamos. “¿Qué pasa con Uruguay, no hay gente capacitada?” le decía yo a algunos amigos uruguayos. Uno de ellos me comentó que los jóvenes con capacitación y ambición se iban del país, por eso me estaba costando conseguir el perfil que buscaba para la empresa.

Se me ocurrió entonces contactar con universidades para organizar cursos cortos empresariales, de capacitación de los jóvenes a fin de que puedan incorporarse a empresas o bien irse del país hacia una vida mejor. Igor, uno amigo uruguayo, me contactó con el dueño de una de las universidades privadas más conocidas de ese país.

Gustavo era un joven inquieto, abierto, espontáneo, era dueño de una universidad muy conocida en Uruguay. Hablamos unos cuantos minutos de la vida, le conté lo que hacía en México, él me contó algunas cosas de su vida. Hasta que en un punto me dijo: “Nicolás, deja de lado la idea de los cursos, en cambio, quiero que des una charla a los alumnos explicando las cosas que tú sabes...” Me quedé sorprendido, no esperaba eso, no había ido para eso.

“¿Pero de qué tema quieres que hable Gustavo?” le dije, y él me respondió rápido y convencido: “Quiero que desarrolles una charla acerca de «Por qué nos pasa lo que nos pasa»” Y así fue. Unas semanas después estaba frente a cientos de alumnos dando una charla y enseñando una muy sencilla y rápida técnica de meditación a alumnos universitarios.

El mensaje que el Cielo me estaba dando era claro, “zapatero a sus zapatos”. Allí me di cuenta de que debía regresar a lo mío, a mi pasión. Pues durante la charla y luego de ella fue como “volver a respirar aire puro”. Esto sucedió en julio de 2019. En agosto regresé a León, pero solo unos quince días, necesitaba una dosis de mi León. Convoqué al grupo, di una meditación en Parque Los Cárcamos y era todo lo que necesitaba para convencerme de regresar a la senda.

Volví a Uruguay y le comuniqué a Santiago que me regresaría a León, que a partir de 2020 ya no estaría en la empresa. Santiago no lo creía, la vida que estaba viviendo en Punta del Este era el sueño de muchos, nadie renuncia a algo así. Bueno, yo sí...

El objetivo principal, por el cual acepté la idea de irme a Punta del Este, Uruguay era el de estar más cerca de mis hijos y tener cierta convivencia con ellos. Eran adolescentes, ya no eran niños totalmente manipulados por su madre. Sin embargo, en casi 14 meses que estuve en Uruguay solo me visitaron dos veces.

El trabajo que su madre había hecho sobre ellos fue perfecto, mis hijos no tenían intención de verme, de estar conmigo, para que fueran a Punta del Este debía rogarles. Pero hubo un suceso que rompió mi ceguera y me permitió (me obligó) ver la realidad. Unos días antes de Semana Santa de 2019 le había enviado boletos

del ferry que une Buenos Aires con Montevideo, Uruguay. Para que pasáramos esos días juntos. Como era costumbre, su madre me pedía dinero a cambio de enviármelos, como si estuviera rentando a mis hijos unos días. Pero eso no era lo peor, sino el abuso. Pues me pedía una suma inicialmente, se la daba, al otro día me pedía más, se la daba, al otro día otro tanto y cuando me negaba me decía; “¿querés ver a tus hijos o no?”

Esa vez, días antes de Semana Santa de 2019, estaba enredado en esa situación. Pero el día anterior a la fecha en que ellos debían embarcar en el ferry e ir a Uruguay donde yo estaba esperándolos, su madre me llamó pidiendo más dinero y esta vez me negué, confiando en que mis hijos, ya grandes, comprenderían el abuso y la manipulación de ella y vendrían de todos modos. Pues no, ellos estaban confabulados con Débora...

Sí, lo cierto es que ellos no querían problemas con su madre, una persona muy difícil de tratar. Pero, precisamente, su madre es su primera gran prueba en la vida, su primer obstáculo a superar. Fue una gran desilusión, me sentí un verdadero estúpido. Qué distorsionada tenía mi visión acerca de mis hijos, yo pensaba que ellos estarían felices de tenerme cerca y mucho más en un lugar tan bello como es Punta del Este, Uruguay; pero no.

Lo ocurrido en la universidad y esto que cuento con respecto a mis hijos, le quitó todo sentido a la intención de continuar allí. El dinero que ganaba era importante, claro, no era poco. Pero no es dinero lo que me motiva en esta etapa de mi vida.

En diciembre de 2019 terminé mi relación con la empresa constructora y con Uruguay, me regresaría a León. Santiago me pidió que por favor me quedara hasta marzo, había unos temas pendientes, difíciles y quería mi ayuda. Acepté, por supuesto, él había sido muy gentil conmigo en varios temas.

En enero comenzó el rumor de una gripe peligrosa en China, estábamos esperando productos sanitarios, aberturas y otros artefactos de aquel país, los rumores de un posible cierre del puerto encendían todas las alarmas. En febrero,

nos enteramos de que efectivamente se había cerrado el puerto en China y no llegarían los productos que necesitábamos para continuar la obra. Suspendimos actividades y vi que era ese el momento de dar el paso al costado, de salirme del ruedo.

Hablé con Santiago y le dije que daba por terminada mi participación en el negocio, que me regresaba a México tal cual le había adelantado meses atrás. Compré boletos de regreso a México para el 22 de marzo y decidí disfrutar de Punta del Este el resto del tiempo hasta la fecha del vuelo. Jamás imaginé lo que sucedería casi inmediatamente de anunciada mi renuncia.

A finales de febrero de 2020 se intensificaron los rumores acerca del famoso virus. Uruguay todavía no tomaba ninguna medida y se podía disfrutar la playa y todas las propuestas de aquel hermoso lugar. Pero marzo trajo vientos de cambio, inició la cuarentena, ¡todos adentro! No se podía salir sino solo a un solo sitio o dos, el supermercado y la farmacia. Todos con cubrebocas, máscaras, guantes; no se veía a nadie en la calle.

Al principio pensé que se trataba de una amenaza real; pero, ni bien comencé a investigar, a buscar información en las redes, los números y los datos no cuadraban. En febrero había ido una semana a Argentina, fue mi despedida de mis hijos sin saber que ya no los vería por un largo tiempo. Allí visite varios sitios plagados de personas de todo el mundo, “turistíé” como suele decirse.

Estuve todo marzo en Uruguay, en mi depto. de Punta del Este, encerrado e investigando, buscando datos que avalaran las medidas que se estaban tomando, pero nada. Entonces, comencé a revelarme. Salí a la calle y me fui a la playa más cercana, a unos 200 metros; en marzo el clima es muy ventoso, no da para quedarse mucho tiempo en la playa, pero estaba aburrido de estar encerrado. Me regresé sin que nadie me dijera nada, bueno, no me crucé ni a un solo ser humano, ¿quién me diría algo?

Al otro día hice lo mismo, pero esta vez me fui a una playa más lejana, unos 700 metros, la cual está refugiada del viento, “la mansa”; es una bahía y el mar no hace olas. Allí vi unas cuatro personas, puntitos negros en la distancia contrastados por la arena. Estábamos a un par de kilómetros una persona de la otra. La playa de la bahía se deja ver en una extensión de varios kilómetros, era muy sorprendente ver un sitio que usualmente está atestado de gente, de pronto vacío.

Enseguida apareció un helicóptero negro sobrevolando la playa y con megáfono intimidándonos para que regresáramos a nuestras casas antes de ser sancionados. ¡No podía creerlo! El mundo había cambiado radicalmente. Un auto recorría el boulevard Roosevelt, sobre el cual estaba el edificio en el que vivía, advirtiendo a la gente para que no salieran de sus casas; parecía una de esas películas apocalípticas, ¡increíble!

A pocos días de la fecha de mi vuelo de regreso a México, recibí un correo de Copa Airlines en el cual me informaban que el aeropuerto de Panamá había cerrado, que mi vuelo se había cancelado. Estaba sin trabajo, sin ingresos, en Punta del Este y sin poder irme a México. Por otro lado, Argentina había tomado medidas muy restrictivas, ¡demasiado! Ir a mi país significaba encerrarme 15 días en un hotel para “leprosos”, luego encerrarme en un domicilio, pero, no tenía domicilio en Argentina... México era mi único destino, aquí tenía aún un depto. esperándome y una vida en pausa lista para poner en “play” de nuevo.

Hablé a la embajada de México, dado que tenía la residencia mexicana, podía sumarme a los vuelos humanitarios que se estaban organizando en todo el mundo. Me apunté en la lista y esperé... Quiero destacar el nivel de profesionalismo de los jóvenes de la embajada de México en Uruguay, su gestión fue ¡excelente! Una semana después de apuntarme en aquella lista para ser “rescatado” y transportado a México; me llamaron de la embajada para darme dos noticias, una buena y otra mala. La buena era que ya tenía un lugar en el avión de la Fuerza Aérea Mexicana para regresar a México; pero la mala, era que ese avión salía de Argentina y que al entrar en mi país era muy probable que ya no me dejaran salir de él por las restricciones que el gobierno había impuesto a sus ciudadanos. Me

preguntaron si asumiría el riesgo o no, que de todos modos ellos seguirían gestionando mi “salvo conducto”.

Les dije que quería regresar a México pero que si existía el riesgo de que me encerraran en Argentina, prefería quedarme en Uruguay y esperar. Al menos allí tenía donde quedarme por unos 5 meses más, pues el contrato de alquiler del departamento en el que estaba ya había sido pagado y me quedaba tiempo para usarlo. Pero nadie sabía cuánto se demorarían las restricciones aquellas.

Un par de días después, me volvieron a llamar de la embajada y me dijeron, con mucho entusiasmo, “Señor, su salvo conducto está garantizado, podrá regresar a México sin problemas” ¡Bingo! Hago un paréntesis aquí, pues quiero destacar algo; suelo escuchar cómo los mexicanos se quejan de la falta de profesionalismo de sus compatriotas, de lo informal de su país, etc. Si pudieran verse a ustedes como yo los veo, como yo vi a esos jóvenes en esa experiencia de “rescate”, sabrían lo chingones que son.

Saldríamos de Uruguay en un avión de la Fuerza Aérea de ese país, el cual aterrizaría en el aeropuerto Ezeiza, de Argentina; allí abordaríamos el avión de la Fuerza Aérea Mexicana con rumbo a Chile y de allí a Ecuador a cargar combustible y luego, por fin a México.

Salimos un sábado de Uruguay y llegamos el lunes a la noche a México... se hizo interminable y muy estresante todo aquello pues en cada aeropuerto nos trataban como a enfermos, como si fuéramos una amenaza para la humanidad. Ver los aeropuertos de Uruguay, Argentina y Chile vacíos, cerrados... era una película de ficción.

Por fin, en abril de 2020 regrese a México. El aeropuerto Benito Juárez estaba casi como siempre, con gente yendo y viniendo, con todos los negocios abiertos... dije: “este es mi lugar”... sentí una inmensa alegría por regresar a un país que aún no había perdido la cordura, un país que gracias a todo eso de lo que siempre los propios se quejan, estaba casi al margen del absurdo internacional basado en una amenaza invisible, improbable y con un olor nauseabundo a

mentira... así como las “armas de destrucción masiva” que tenía Irak y por lo cual descargaron sobre esa gente toneladas de explosivo.

Ni bien llegué a León, comencé a buscar sitio para rentar, comencé a organizar propuesta de cursos, talleres, meditaciones... lo usual. Y de a poco fui regresando al presente, al que había dejado en pausa para viajar al pasado. Pero ese “viaje al pasado” me sirvió de muchas maneras, para soltar las amarras que aún me detenían, que me distraían. Creo no equivocarme al decir que fue ese mi “último adiós” al pasado.



Con el Ing. Figueroa, apenas iniciando los trabajos en la obra, movimientos de suelo.





Punta del Este, Uruguay.

13era Parte

El presente, 2023

La respuesta a la pregunta que lleva de título este relato *¿Quién es Nicolás?* se va escribiendo conforme vivo los acontecimientos de mi vida. En cada suceso descubro y me encuentro con una parte de mí y me libero de otras que no eran mías, que no soy, que no pertenecen a este rompecabezas. Hoy, a mis 52 años, miro hacia atrás y veo todo lo que he vivido, no sé si mucho o poco, pero suficiente para merecer saber quien soy pues, de eso se trata, de descubrirnos para que, al hacerlo, comencemos a vivir nuestra verdadera vida y propósito.

Cuando descubrimos quién somos, no solo nos descubrimos a nosotros sino, más importante aún, descubrimos a quien nos Creó pues lo que somos y el que somos es lo que nuestro Creador ha diseñado y decidido. La verdad de nosotros mismos es el Plan de nuestro Creador, el para qué nos creó el cual está manifestado en nuestro potencial, en lo que somos capaces de ser y hacer singularmente.

Pero, para descubrir quiénes somos, debemos movernos, experimentarnos, observarnos, comprobarnos, debemos quitarnos los ropajes hasta llegar a la piel, a lo irrenunciable. Debemos perderlo todo para encontrar lo imperdible, lo esencial.

Luego del último adiós, sentí que ya no había amarras con el pasado. Por supuesto, las restricciones en los aeropuertos, en los traslados internacionales, etc. todo eso ayudó para que me focalizara en mi presente y nada más, en México y en ningún otro sitio a dónde ir.

Desde 2020 y hasta la fecha he vivido nuevas experiencias que han ido confirmando mi acierto, que han ido revelando la Presencia del Cielo en la Tierra y a mi como Canal y Guía.

Los sucesos que hemos experimentado desde 2020 hasta hoy son conocidos por muchos, por todos los que han participado en los retiros, talleres, cursos... no voy a hablar de eso, de eso mejor que hablen los testigos, los que lo han vivido.

Aquí, en este trabajo quise contarte lo que nadie más que yo te puede contar, para que sepas quién soy, o, al menos, para que tengas una idea más cercana a quién puedo ser.

Como todo lo que hacemos solemos dedicarlo a alguien o a algunos, quiero dedicar este relato al niño que he sido. A ese niño introvertido, tímido y temeroso, muy sensible, que vivió enfermo los primeros años de su vida, asma, alergias y la peor de todas las enfermedades, una profunda tristeza.



Yo a mis 5 años.

No encajaba ni en mi familia, ni en la escuela, me sentía el “patito feo” y tal cual ese cuento, todo cambió el día en el cual me di cuenta de que no era “un pato”, sino otra cosa... Pero para quien ha vivido toda la vida intentando y creyendo ser una cosa y luego se entera que no lo es, no es fácil librarse de esa costumbre, de esa identidad. Se trata de morir al que creíamos que éramos y no somos, para que, entonces y solo así podamos nacer a la nueva identidad del que somos en realidad.

El suceso del 11 de agosto de 2004 no fue el principio de nada, ni el final, fue una de las experiencias más significativas que he vivido, más sobrenaturales y su impacto fue necesariamente intenso a fin de romper la personalidad en la que estaba atrapado. Así como debe romperse la cáscara para que pueda liberarse el pichón y comenzar a vivir su vida.

Desde aquel suceso he quedado en sintonía con un aspecto de mi mucho más profundo, más esencial, el cual me acerca a La Fuente. Dado que somos creación de Dios, cuando vamos a nuestra esencia nos acercamos a nuestro Creador. Esto es lo más significativo que puedo interpretar de aquel suceso.

No importa qué es lo que me hace diferente a ti, lo más importante de todo esto y por lo cual he realizado esta exposición es lo que nos iguala a ti y a mí. Porque mucho de lo que he vivido seguramente te sonará familiar, parecido o lo será en algún momento de tu vida y, qué bueno que pueda ayudarte o inspirarte desde mi experiencia. Que así sea.-